

COMENTARIO EXEGÉTICO AL
TEXTO GRIEGO DEL NUEVO TESTAMENTO

1^a y 2^a
TESALONICENSES



editorial clie

M.Th. Samuel Pérez Millos

DEDICATORIA

Dedico este libro a quienes seguros del inminente regreso de Jesucristo, le sirven cada día apoyados en la gracia, mientras aguardan de los cielos Su venida que nos librar  de la ira venidera.

INDICE

I TESALONICENSES

Prólogo	11
Capítulo I.	13
La iglesia en Tesalónica.	13
Introducción general.	13
La ciudad de Tesalónica.	14
La fundación de la iglesia.	15
Autenticidad de la epístola.	21
Autor.	29
Destinatarios.	31
Motivo.	31
Lugar de redacción.	33
Fecha.	33
Cuerpo doctrinal.	34
El texto griego.	35
Principales textos griegos para la epístola.	35
El griego koiné.	35
Análisis del texto griego.	42
Aparato crítico del texto griego.	42
Otras precisiones sobre el texto griego.	43
Bosquejo.	43
Exégesis de la epístola.	44
Pablo y los tesalonicenses (1:1-10).	44
Saludos (1:1).	44
Acción de gracias (1:2-10).	61
Gratitud por las virtudes de la iglesia (1:2-3).	61
Gratitud por el ejemplo de la iglesia (1:4-7).	71
Gratitud por el compromiso de la iglesia (1:8-10).	95
Capítulo II.	117
Ejemplo de servicio.	117
Introducción.	117
La conducta del apóstol (2:1-3:13).	118
La honestidad del apóstol (2:1-4).	118
El trabajo del apóstol (2:5-8).	132
El ejemplo del apóstol (2:9-12).	143
La preocupación del apóstol (2:13-3:13).	156
Preocupaciones por los conflictos de creyentes (2:13-20).	156

Capítulo III.	189
Interés por la fe.	189
Introducción.	189
Preocupación por la firmeza de la fe (3:1-10).	190
El envío de Timoteo (3:1-5).	190
El informe de Timoteo (3:6-10).	207
Preocupación por el desarrollo de los creyentes (3:11-13).	216
Capítulo IV.	229
Testimonio y esperanza.	229
Introducción.	229
Parte exhortativa (4:1-5:22).	231
La santidad de vida (4:1-8).	231
El amor cristiano (4:9-10).	249
La vida ordenada (4:11-12).	254
La esperanza cristiana (4:13-18).	258
La certeza cristiana (4:13-14).	258
El traslado de la iglesia (4:15-17).	265
El aliento de la esperanza (4:18).	278
Capítulo V.	281
Mirando al futuro, viviendo el presente.	281
Introducción.	281
El día del Señor (5:1-11).	283
La manifestación (5:1-3).	283
La amonestación (5:4-8).	291
La seguridad y el aliento (5:9-11).	302
La ética cristiana (5:12-22).	308
Reconocimiento del liderazgo (5:12-13).	308
Ayuda fraternal (5:14-15).	317
Deberes espirituales (5:16-22).	323
Deseo, peticiones y despedida (5:23-28).	337
Deseo (5:23-24).	337
Peticiones (5:25-27).	342
Despedida (5:28).	346

II TESALONICENSES

Capítulo I.	353
Afrontando las pruebas.	353
Introducción.	353
Autenticidad de la epístola.	354
Autor.	354
Destinatarios.	354
Motivo.	354
Lugar de redacción.	355
Fecha.	355
Cuerpo doctrinal.	355
El texto griego.	356
Principales referencias de texto griego para la epístola.	356
El texto griego de la epístola.	356
Análisis del texto griego.	362
Aparato crítico del texto griego.	362
Otras precisiones sobre el texto griego.	362
Bosquejo.	363
Exégesis de la epístola.	363
Saludo (1:1-2).	363
Autor (1:1).	363
Bendición (1:2).	367
El creyente en la tribulación.	368
El modo de afrontarla (1:3-4).	368
El tiempo de la tribulación (1:5-10).	373
El resultado de la tribulación (1:11-12).	388
Capítulo II.	395
El tiempo de la venida del Señor.	395
Introducción.	395
El día del Señor (2:1-17).	396
El tiempo presente (2:1-2).	396
La apostasía precedente (2:3a).	403
El hombre de pecado (2:3b-5).	404
El control divino (2:6-9).	412
La situación de los incrédulos (2:10-12).	425
La seguridad del creyente (2:13-17).	430

Capítulo III	445
La conducta cristiana.	445
Introducción.	445
Las amonestaciones prácticas (3:1-15).	446
Confianza respecto a los tesalonicenses (3:1-5).	446
Instrucciones para con los desordenados (3:6-13).	456
Instrucciones para con los desobedientes (3:14-15).	468
Bendición y despedida (3:16-18).	474
Bendición (3:16).	474
Despedida (3:17-18).	476
Bibliografía.	479

PRÓLOGO.

El apóstol Pablo anima al joven Timoteo con estas palabras: *“Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que usa bien la palabra de verdad”* (II Timoteo 2:15). Este pasaje resuena hasta nuestro días enseñándonos la importancia de tener una comunión con Dios, y de utilizar Su Palabra correctamente, con el fin de estar *“siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros”* (I Pedro 3:15).

La gran oportunidad que tenemos de inquirir, profundizar, meditar y aprender de la Palabra de Dios a través de estos comentarios exegéticos tan completos anima al alma a amar al Creador y Dios de la Palabra. La posibilidad de llegar a la palabras originales y entenderlas de una forma simple nos permiten ampliar nuestro conocimiento y la transformación que éste debe traer a nuestras vidas cotidianas.

Las dos cartas a los Tesalonicenses tienen mucho material afectivo, práctico, teológico y lleno de esperanza. Saber que seremos arrebatados cuando Cristo venga, entender cómo reconocer a los falsos maestros y de qué manera vivir una vida santa son algunos de los temas que el apóstol Pablo desarrolla para mantener nuestra fe y mirada en *las cosas de arriba*.

Samuel, el autor de este comentario, cumple las palabras de Nehemías 8:8 *“Y leían en el libro de la ley de Dios claramente, y ponían el sentido, de modo que entendiesen la lectura”*. Nos lleva de la mano, página a página, descubriendo las maravillas del texto sagrado; la sencillez con la que aprendemos es simplemente fantástica.

Para un joven pastor que está comenzando su carrera pastoral, es imprescindible tener un buen material. Sin duda esto hace honor al que escribe y, sobre todo, a Aquel que lo capacitó para llegar a esta calidad de comentario.

Joel Daut

Pastor de l'Église Protestante Évangélique Vannes-Séné, Francia.

CAPÍTULO I

LA IGLESIA EN TESALÓNICA.

Introducción.

Las dos *Epístolas a los Tesalonicenses* son los escritos más antiguos de la Iglesia y, como mínimo se trata de los dos primeros escritos por el apóstol Pablo. Ambos fueron redactados durante el segundo viaje misionero, muy al principio de la extensión del evangelio fuera del entorno de Judea y de Asia. Están dirigidos a una de las primeras iglesias establecidas en Europa, luego de haber recibido el apóstol la visión del varón macedonio, tras haberle sido impedido predicar el evangelio en Asia.

El escrito de la *Primera Epístola a los Tesalonicenses*, abre de par en par las puertas que nos permite adentrarnos en las circunstancias que rodearon el establecimiento de las primeras iglesias. El apóstol Pablo descubre las dificultades a que estaban sometidas las primeras comunidades cristianas, que eran objeto de las intrigas y persecuciones promovidas por quienes no estaban dispuestos a permitir que el cristianismo progresara, especialmente iniciadas por el sector judío establecido en las poblaciones donde nacían las iglesias. Pero también se aprecia el corazón de los misioneros, especialmente el del apóstol Pablo, sometido a las tensiones de los enemigos por un lado y a las preocupaciones sobre lo que podría ocurrir con creyentes nuevos en la fe. En esa misma forma se considera el modo en que se establecía y precisaba la doctrina bíblica atendiendo a cierta falta de conocimiento en algunas verdades de la fe cristiana, como era lo relacionado a la muerte de los creyentes y al traslado de la iglesia.

También se aprecia la continua campaña levantada contra el apóstol Pablo, no sólo en lo que tiene que ver con persecuciones y violencia contra su persona, sino la maledicencia y continuas calumnias acusándolo de intereses espurios que celosamente ocultaba cuando fundaba las iglesias buscando su beneficio personal.

Las dos *Epístolas* dan una excelente panorámica de la ética cristiana en relación con las costumbres corruptas de la sociedad en que se habían establecido, marcando profundas diferencias en cuanto a formas de vida. Pero también se descubre que ya en las iglesias nacientes y a pesar del ministerio de los apóstoles, se manifestaban algunos problemas de relación y de moral que tenían que ser resueltos.

La ciudad de Tesalónica.

Fue fundada en el año 315 a. C., como consecuencia de un movimiento de unión de poblaciones antes separadas que se integran para mayor seguridad, formando una ciudad estado. Este movimiento de integración fue organizado por Casandro de Macedonia, quien dio nombre a la ciudad llamándola **Qessalonivke**, *Tesalónica*, en honor de su esposa, hija de Filipo II de Macedonia. Situada en un núcleo de comunicaciones donde concurrían y se cruzaban distintas vías, la ciudad adquirió pronto un destacado renombre convirtiéndose en un centro comercial importante. Conquistada por roma hacia el 168 a. C. la hicieron capital de Macedonia. El desarrollo de la ciudad siguió durante el tiempo de la dominación romana, a pesar del saqueo ocurrido en la batalla de *Pidna*, donde fue derrotado Perseo de Macedonia. Por Tesalónica pasaba la célebre carretera llamada *Via Egnatia*, una importante ruta que atravesaba los Balcanes por su parte meridional. En la ciudad se asentaron principalmente tres comunidades: la judía, la romana y la italiana. Era una localidad con grandes avenidas e importantes edificaciones, si bien, apenas se conservan algunos elementos debido a que la actual fue edificada sobre los restos de la antigua Tesalónica.

Como toda ciudad del entorno greco-romano, la religión rendía culto a todo el Partenón de dioses que constituían su extensa mitología. Esto daba ocasión a prácticas licenciosas y a una moral libertina, donde el ejercicio de rituales pecaminosos era común. La comunidad judía realiza su culto en la sinagoga dedicando a ello especialmente el día del sábado, sagrado para los judíos. En cierta medida eran el contrapunto de moralidad frente al desenfreno propio de los idólatras gentiles. Como en la mayor parte de las ciudades importantes de Grecia, la presencia de otros grupos con prácticas religiosas propias de sus pueblos, era una realidad social, aportando sus conceptos y formas propias del culto que se rendía a las divinidades de los lugares de procedencia. Toda esta amalgama de manifestaciones religiosas formaba un abigarrado conjunto sumamente heterogéneo que se disputaban sus principios entre ellos procurando alcanzar a otros conciudadanos a sus valores y cultos.

Tesalónica era una ciudad con autonomía propia. Mientras que Filipos era una copia de Roma y su cultura, Tesalónica seguía fielmente la cultura griega. Como era propio del estilo de ciudades de influencia griega, tenía un gobierno democrático establecido. Todos los años elegía sus gobernadores a los que se les daba el nombre de *politarcas*. Sin embargo, para mantener la ciudad bajo el dominio romano, estaba establecido en ella un gobernador y con él los correspondientes lictores. Los tesalonicenses se consideraban como poco honrados para el

comercio, dispuestos siempre a defraudar, holgazaneando cuanto podían y deambulando por las calles y las plazas, viviendo del apoyo extranjero mucho más que del trabajo propio. Las más bajas pasiones afectaban a toda la sociedad creando una gran inestabilidad familiar y, sobre todo, matrimonial. La prostitución estaba asentada como algo natural en la ciudad. En sus comercios se vendían toda clase de artesanía local, junto con telas orientales de la más alta calidad. La población estaba formada, además de por los grupos étnicos antes mencionados, por una mezcla de distintos pueblos, macedonios y griegos, sirios y gentes de toda el Asia Menor. Por otro lado, las distintas religiones estaban también presentes en la ciudad, tanto del entorno pagano greco-romano, como egipcios y también judíos. En el extracto social, estaban presentes comerciantes, soldados romanos, esclavos y, como siempre, funcionarios al servicio del gobierno local y de Roma.

La fundación de la iglesia.

La iglesia en Tesalónica fue establecida por el ministerio de evangelización llevado a cabo en el segundo viaje misionero del apóstol Pablo, al que acompañaban Silas y Timoteo (Hch. 15:40, 16:1-3).

Lucas relata el viaje después de describir la obra en Filipos y el gran incidente ocasionado por la acusación de los propietarios de una mujer adivina que daba gran ganancia a sus amos y a quien el apóstol Pablo liberó de la posesión diabólica a que estaba sometida (Hch. 16:18). Por esta causa Pablo y Silas fueron azotados, como era costumbre entonces, y puestos en la cárcel de donde salieron libres por la acción divina que sacudió la cárcel por medio de un terremoto. Ese hecho trajo como resultado la conversión del carcelero y los suyos, quedando junto con Lidia de Tiatira como el grupo primero de cristianos en esa ciudad.

Cuando salieron de la ciudad de Filipos, los dos misioneros se dirigieron, siguiendo la calzada militar empedrada de la *Vía Egnacia*, en dirección hacia occidente hacia la ciudad de Anfipolis. Debía ser la primavera del año 50. No se sabe como hicieron el viaje, pudiera ser que cabalgando o, lo más seguro, caminando. Teniendo en cuenta que la situación física de los dos, no era la más apropiada debido a que sus espaldas estaban todavía con las heridas de la paliza recibida, debieron hacer el camino entre las dos ciudades, que habitualmente se cubría en diez horas, en dos etapas de cinco horas cada día. El camino que seguían era muy hermoso, atravesando por un valle lleno de campos en que se cultivaba el lino, y en donde había muchas plantaciones de árboles frutales. Caminar en primavera por aquella carretera era muy

agradable porque el viento fresco de las cimas nevadas del Pangeo mitiga el calor del mediodía en aquellas latitudes. Los arroyos del deshielo corrían por las montañas y atravesaban los valles en dirección al golfo Estrimónico. Fuentes de agua cristalina cercanas a la carretera permitían a los viajeros apagar su sed. Posiblemente en la tarde del segundo día de viaje, si lo hicieron a pie, llegaron al valle del río Estrimón. En una península formada por un recodo del río estaba la ciudad de Anfípolis, en la orilla sudeste del lago Taquino, rodeada de montes y con una magnífica vista al mar Egeo. Muy probablemente, se hospedaron en alguna posada para pasar la noche. Es posible que caminasen por la ciudad a la mañana siguiente, dándose cuenta que la población no tenía gran importancia y, además, no debía haber en ella sinagoga judía, lugar por donde Pablo comenzaba la evangelización en las ciudades adonde llegaba.

Así que dejando Anfípolis, tal vez en el cuarto día de viaje, se dirigieron hacia el golfo Estrimónico y los montes costeros. El camino iba discurriendo en momentos bajo la espesura de los árboles y otras recorría serpenteante los valles que atravesaba, teniendo siempre a la vista el mar. En la carretera que seguían había lugares de gran belleza para descansar. Posiblemente hicieron las diez horas que había entre Anfípolis y Apolonia en una sola jornada, de manera que atravesando bosques de castaños, los viajeros llegaron a Apolonia. La ciudad estaba situada sobre una altura a la orilla sur de un lago. Una escarpada montaña la separaba de la península de Athos. Como ocurrió con Anfípolis, los misioneros no se detuvieron en la ciudad, sino que atravesándola siguieron camino hacia Tesalónica.

Luego de una marcha larga por la zona de los lagos de Migdonia, alcanzaron el último sistema montañoso situado a la orilla este del golfo de Tesalónica. Bajo los montes se extendía el mar, intensamente azul. En la lejanía se perfilaban los montes del Olimpo. A los pies de Pablo y Silas se extendía la ciudad de Tesalónica, la ciudad más importante de Macedonia, con uno de los mejores puertos comerciales del Egeo. Estaba unida con Roma por la famosa carretera llamada *Via Egnacia*, prolongación de la *Via Apia*, que iba hasta Bizancio. Siguiendo la carretera entraron en la primera gran ciudad de Europa. Los edificios se elevaban como si quisieran formar un gran anfiteatro, escalonados desde el mar. Numerosas calles y avenidas ajardinadas formaban parte del entramado de la urbe. En ella había numerosas termas, teatros, lugares de esparcimiento. Las líneas de navegación establecidas en su puerto, eran también motivo de atracción de muchos que se asentaban en la ciudad. Aquel era un lugar ideal para establecer una iglesia que tuviese alcance, no sólo para el entorno, sino para extenderse a muchas

partes del mundo romano. Esa orientación en el modo de trabajar de Pablo, daría el resultado esperado, como él mismo recuerda en el escrito: *“Porque partiendo de vosotros ha sido divulgada la palabra del Señor, no sólo en Macedonia y Acaya, sino que también en todo lugar vuestra fe en Dios se ha extendido”* (1:8).

En la ciudad localizaron la sinagoga. En ella había también un barrio ocupado mayoritariamente por judíos. No sabemos como, pero los viajeros se hospedaron en casa de uno de ellos que tenía por nombre Jasón (Hch. 17:7). Pablo encontró trabajo en la ciudad, de modo que se podía mantener, tanto él como sus compañeros, aunque esto suponía un esfuerzo fatigoso, como recordaría a los tesalonicenses: *“Porque os acordáis, hermanos, de nuestro trabajo y fatiga; cómo trabajando de noche y de día, para no ser gravosos a ninguno de vosotros, os predicamos el evangelio de Dios”* (2:9). La sinagoga judía era grande, con una rica decoración, resultado de las ofrendas de los ricos mercaderes y de los banqueros judíos establecidos en la ciudad. Como siempre la reunión en la sinagoga estaba formada por judíos, prosélitos y gente interesada en la religión judía, entre los que se encontraba un grupo numeroso de mujeres.

Pablo siguió su inveterada costumbre de concurrir el sábado a la sinagoga. Era el mejor modo de comenzar la evangelización al predicar a quienes eran conocedores de la Escritura. Generalmente a los visitantes, sobre todo si eran maestros procedentes de Jerusalén, se les pedía que comentasen la lectura bíblica o que exhortasen a la congregación. Esto ocurrió durante los tres sábados consecutivos en que el apóstol y su compañero Silas, visitaron la sinagoga. No quiere decir que estuvieron sólo durante tres semanas en Tesalónica, por los escritos apostólicos se evidencia que Pablo estuvo con la iglesia bastante tiempo, trabajando para no serles carga, cosa que no hubiera sido necesaria si el tiempo fuese sólo de tres semanas.

El mensaje de Pablo sobre la condición de Jesús como Mesías y Salvador, ocasionaba siempre tensión y discusión con los líderes y los judíos más tradicionales de la sinagoga. El término griego *discutió*, no significa necesariamente que fuese una discusión en los términos que habitualmente entendemos nosotros, la palabra expresa la idea de un diálogo en contraste de opiniones. Esta discusión tenía como base la Escritura y la interpretación de ella que ponía de manifiesto que Jesús era el Mesías esperado. No argumentaba Pablo, era Dios, por medio de su Palabra quien hablaba a los oyentes. El apóstol demostró con la Palabra que Jesús era el Cristo y que, como la Escritura había anunciado, debía padecer y resucitar de entre los muertos. No sabemos

cual fueron los textos que sirvieron de base a la predicación, pero, posiblemente tomó alguno de los pasajes mesiánicos del Antiguo Testamento y sobre él, apoyándose en otros muchos, demostró que Jesús era el Cristo y que conforme a la Escrituras debía morir y resucitar. Eso fue lo que el mismo Señor hizo con los discípulos de Emaús (Lc. 24:26-27). La teología judía había distorsionado la interpretación de la Escritura ante la dificultad de reconciliar sufrimientos y muerte del Mesías, con su reinado de esplendor y gloria. Para ellos, el Mesías prometido, el Cristo de Dios, no podía padecer y morir, sólo reinar. El apóstol expuso claramente la Palabra haciéndoles ver que ambas cosas estaban ya anunciadas de antemano. Sin duda demostró que el Mesías sufriente, el coronado de espinas, el desechado entre los hombres, el varón de dolores experimentado en quebrantos, era el que había venido para salvar a su pueblo de sus pecados. Esa era la piedra de toque, la cuestión polémica, el determinante de la aceptación o del rechazo, el tropiezo para muchos de los judíos. La Persona y obra de Jesucristo fueron expuestos ante aquel auditorio durante tres sábados. La Cruz fue presentada no como una forma de maldición definitiva, sino como el medio por el cual, considerando Dios a su Hijo Jesús como el reo del pecado, lo hacía maldición para que los malditos por el pecado pudiesen, por fe en Su nombre, encontrar la bendición de la salvación. Con determinación Pablo decía que a ese Jesús, que es el Cristo es al que estaba anunciando.

Lucas dice que como consecuencia de la predicación del evangelio “*y algunos de ellos creyeron, y se juntaron con Pablo y con Silas; y de los griegos piadosos gran número, y mujeres nobles no pocas*” (Hch. 17:4). Era un grupo, posiblemente no demasiado numeroso, *algunos* de ellos, es decir, algunos de los judíos que se congregaban en la sinagoga. Siempre fueron pocos los que se convertían a Cristo de los judíos. Su religión y las enseñanzas recibidas por tantos años, condicionaban grandemente su posición respecto a Jesús, de modo que sólo los que habían sido persuadidos, es decir, convencidos por la Palabra que el apóstol exponía, creyeron en Cristo. Estos se unieron a Pablo y Silas, como correspondía a quienes tenían la misma fe y creían en el mismo Señor. El núcleo de la iglesia en Tesalónica se había formado después de tres semanas de predicación en la ciudad.

Sin embargo, aunque no eran muchos los judíos que creyeron, una gran multitud de gentiles que se reunían también en la sinagoga y que creían en el Dios de Israel, como el único y verdadero Dios, aceptaron a Jesús como Mesías y Salvador. Estos gentiles, creyentes no habían sido circuncidados, por consiguiente no se consideraban prosélitos, pero eran tenidos como *piadosos*. Una gran congregación de cristianos surgía en

la ciudad. Todavía algo más que Lucas enfatiza es que de entre todos aquellos gentiles *piadosos*, había también un alto número de mujeres principales, o prominentes en la sociedad tesalonicense. Estas mujeres o bien ocupaban posiciones destacadas en la ciudad o, tal vez, eran esposas de autoridades locales. Más bien debiera ser lo primero, es decir, mujeres que estaban en la alta sociedad de Tesalónica.

La salida de tantos cristianos de la sinagoga de los judíos generó celos en los que permanecieron fieles al judaísmo, probablemente más intensos en los líderes de la sinagoga. Además, en el resto de los días de la semana, y en el tiempo sucesivo, Pablo seguía predicando el evangelio por las casas. Lo hacía en el poder del Espíritu (1:5), de modo que, bendiciendo Dios el ministerio, muchos más se convertían y se agregaban a la iglesia. Los misioneros estaban hospedados en casa de Jasón. El nombre es griego, aunque bien pudiera tratarse de un judío convertido. Esa era una traducción del nombre hebreo *Josué* o *Jesús*. No tenemos evidencia bíblica para situarlo en el ámbito del judaísmo o de los gentiles, pero, lo más probable es que se tratase de un judío. En la casa de Jasón, convertido a Cristo, se reunía también la iglesia, como era habitual en los primeros tiempos del cristianismo. Teniendo también convertidas entre las mujeres principales de la ciudad, no era de extraño que en los salones de las casas de aquellas personas de la alta sociedad, se predicase también el evangelio e incluso, se reuniese algún grupo de la iglesia. El ministerio de Pablo y Silas, calaba en el espíritu de los oyentes, basado siempre en la Escritura y complementándolo con el respaldo de una vida de dedicación y entrega personal al servicio. Pablo se hacía todo a todos para ganar al mayor número posible (1 Co. 9:20). El evangelio irrumpió en Tesalónica no desde la teología fría de la fe, sino desde el poder admirable del Espíritu Santo, operando milagros y repartiendo dones a los creyentes (1:5). Por otro lado, la instrucción doctrinal para la iglesia, superados los principios elementales de la fe, proseguía a un cada vez mayor conocimiento. Posiblemente el énfasis que se hizo, motivado por las circunstancias sociopolíticas en aquel tiempo, tenía que ver con la segunda venida de Cristo. El conflicto político entonces ponía en discusión quien sería el próximo emperador romano, si Británico, el hijo de Mesalina, o Nerón, el hijo de Agripina. Es probable que a los cristianos se les enseñara a no poner su atención en cosas temporales, sino a proclamar que sobre todos los emperadores y reyes del mundo estaba el Rey de reyes y Señor de señores, Jesucristo, que había prometido venir al mundo y establecer su reino sobre las naciones. Estas enseñanzas pudieron muy bien haber llegado al conocimiento de los judíos. Ellos temían que como había ocurrido en Roma, con el decreto de expulsión, pudieran ser expulsados de las provincias romanas, por consiguiente debían utilizar cuanto les fuera

posible para congraciarse con los romanos. Esta bien podía ser un arma a utilizar contra los cristianos, que tenían un Rey que no era Cesar.

La acción dirigida contra Pablo y Silas, comenzó por formar una banda de hombres ociosos, dice Lucas que eran *frecuentadores de la plaza*, gentes que deambulaban por los lugares de esparcimiento. De alguna manera consiguieron reunir un buen número de estas personas y con ellas se dedicaron a perturbar en la ciudad. Siempre los alborotadores arrastraban consigo a otras personas que, sin saber de que se trataba, los acompañaban y se integraban en el alboroto. Todos estos fueron conducidos a la casa de Jasón, con el propósito de sacar a Pablo y a Silas y entregarlos al populacho, para llevarlos a la asamblea del pueblo, acusarlos y juzgarlos (Hch. 17:5).

Aprovechando la situación socio-política dentro del imperio, como se ha considerado antes, intentaban amotinar las gentes contra Pablo y Silas, presentándolos como quienes trataban de subvertir el orden establecido. En casa de Jasón no fueron encontrados. No se dice la razón, pudiera ser que estuviesen en otra casa de la ciudad con creyentes, o que viendo como se presentaban las cosas los hubiesen escondido en algún lugar. Sintiéndose burlados se ensañaron con los que encontraron en la casa, Jasón y un grupo de hermanos que fueron arrastrados fuera y conducidos a los *politarcas*, nombre que los griegos daban a las autoridades de la ciudad, especialmente en el entorno macedonio, quiere decir que se trataba de las autoridades macedonias y no de las romanas. Puestos delante de las autoridades lanzaron a grandes gritos la acusación contra ellos, presentándolos como los que generaban disturbios por todo el mundo, tratando de subvertir el orden establecido. El término que Lucas utiliza para referirse a *mundo*, *oijkoumevnhn*, literalmente *tierra habitada*, es una expresión que hace referencia al Imperio Romano. Estos hombres eran peligrosos porque generaban conflictos revolucionando en todas los lugares del Imperio, a donde podían llegar. Es probable que una acusación semejante les pareciese excesiva a las autoridades de la ciudad (Hch. 17:6). A Jasón, presente delante de las autoridades, lo acusan de hospedar a sediciosos. La segunda acusación tenía que ver con lo que todos aquellos, esto es, Pablo, Silas y los cristianos se oponían a las leyes del Cesar y a él mismo, presentando a Jesús como otro rey. Los acusadores habían tomado enseñanzas del cristianismo para distorsionarlas y servirse de ellas contra los cristianos. Los judíos eran especialistas en cómo manipular las cosas y la gente. Así habían hecho con Jesús en la acusación ante Pilato. Sublevando las masas, pueden presentar ante las autoridades evidencias de que las acusaciones son

ciertas, presionando con multitudes enardecidas para que dicten la sentencia condenatoria que están buscando (Hch. 17:7-8).

Pablo y Silas tuvieron que salir precipitadamente de Tesalónica. Los enemigos suponían una seria amenaza para ellos y sus vidas peligraban. Una vez más los mensajeros salen perseguidos por quienes no son capaces de asimilar las verdades bíblicas, pero la iglesia quedaba establecida en la ciudad. Un lugar más de Grecia tenía un testimonio permanente del evangelio que se extendería a todo su entorno alcanzando a muchos para Cristo.

Autenticidad de la epístola.

La autenticidad paulina de estos dos escritos, no puede dudarse. Documentos antiguos de la Iglesia contienen referencias a ellos. En cuanto a la *Primera Epístola* hay referencias en la patrística, como es el caso de Ignacio y Pastor de Hermas. Ireneo la cita como escrito de San Pablo, atribuyéndola a él el *Fragmento de Muratori*, Marción, Tertuliano, Clemente de Alejandría y Orígenes. Incluso la crítica moderna reconoce el estilo y la doctrina de esta *Epístola*, con las otras cuatro grandes del apóstol Pablo, Romanos, Gálatas y la Primera y Segunda a Corintios.

Tan solo un grupo de *liberales*, especialmente de la escuela Holandesa, niegan la autoría de Pablo, basándose en que –según ellos– no hay enseñanzas dogmáticas en el escrito. Estos olvidan el párrafo de la *doctrina del traslado o arrebatamiento de la Iglesia*. Aseveran que no puede ser de Pablo porque las exhortaciones son tan simples que no corresponden con el carácter y estilo del apóstol. Tratan de hacer ver que la *escatología* está tomada de la *Primera a Corintios*, 15 y, por tanto, tiene que ser un escrito posterior.

La evidencia paulina de la *Epístola* es clara. El vocabulario que el autor utiliza cuando se refiere a los judíos es comparativamente igual al que el apóstol usa en otros de sus escritos (cf. 2:14-16). Tratado de este modo el vocabulario general es también semejante al que usa el apóstol, especialmente en cuanto a estructura de las oraciones y forma de las declaraciones. Los nombres de personas que se mencionan en el escrito coinciden con aquellas a las que Lucas cita en *Hechos* (1:1; 3:2, 6, comp. Hch. 15:40; 16:1-3, 19; 17:4, 10, 14; 18:5). El autor se identifica con Pablo, que no puede ser otro que el apóstol, a quien acompañan dos colaboradores, Silvano y Timoteo, con quienes realizaba su segundo viaje misionero, luego de la separación de

Bernabé. Finalmente la teología de la carta armoniza plenamente con el pensamiento paulino.

La autenticidad de la *Epístola* como paulina es aceptada hoy por la mayoría de eruditos de todos los sectores, desde el mundo liberal hasta el más conservador. Sin embargo, hay discrepantes, especialmente desde el sector liberal más crítico que presentan argumentos buscando demostrar la no autoría del escrito como de Pablo, llegando a considerar este escrito como *seudoeπίγραφο*, esto es como firmado por el apóstol pero siendo obra de otro, lo que colocaría la *Epístola* como una falsificación. Los liberales señalan también como una evidencia de autoría que el orden de los dos escritos es inverso a como aparecen, es decir, que la segunda carta debió haberse escrito antes que la primera, presentando como principales argumentos los siguientes: a) La segunda carta es más breve que la primera, lo que hace suponer que en el corto espacio que separan ambas, se haya escrito primero una carta más corta sin los temas que aparecen como resultado del tiempo de la presencia de la iglesia y que se tratan en la primera. b) Es evidente que en la *Primera Epístola* se hace referencia a creyentes de la iglesia que ya habían muerto, lo que permite entender que este escrito debiera ser el segundo, puesto que desde la fundación de la iglesia es más lógico que creyentes hubiesen muerto antes del segundo escrito. c) La organización eclesial que se supone mencionada en 1 Ts. 5:12, 13, no es propia de una iglesia recién fundada, y supone un tiempo desde el establecimiento de la congregación, lo que se adaptaría mejor si la *Primera Epístola* fuese realmente la segunda. Estos argumentos no tienen fundamento firme para invertir el orden de las cartas. No hay razón alguna para pensar que el primer escrito debe ser más corto que el segundo, lo que también sería argumento para invertir el de la *correspondencia corintia*. Tampoco es válido y definitivo el argumento de la muerte de creyentes que se produce en cualquier momento y que en un entorno de persecución pudieron haber ocurrido inmediatamente después de la fundación de la iglesia. En cuanto al tiempo necesario para que la iglesia presente una organización, es ignorar que el apóstol Pablo no dejaba ninguna congregación establecida sin los correspondientes ancianos, enviando en ocasiones urgentes a sus colaboradores directos para que lo hiciesen en todas las iglesias (Tit. 1:5).

En contra de la autenticidad se han pronunciado algunos liberales como F. C. Baur¹. Este crítico convenció a algunos con sus argumentos. Sin embargo, las afirmaciones de Baur están condicionadas y viciadas por la filosofía parcial hegeliana sobre la que descansa. Para él la base distintiva está relacionada con la *necesaria* confrontación antijudía, de manera que todo el pensamiento del apóstol Pablo queda bajo una misma óptica distintiva, lo que es deshonesto. Por otro lado, argumentan también que cuanto contenga un pensamiento escatológico, considerado como apocalíptico, no puede ser de Pablo. Afirman que la salvación en el pensamiento del apóstol es siempre un acto de fe, identificándola con la muerte y resurrección de Cristo. Por tanto, se exige rechazar como de Pablo pasajes tales como 1:10; 2:14-16; 4:13-18; 5:1-10. Sin embargo, en una lectura sin prejuicio se aprecia que en el pensamiento paulino están presentes conceptos escatológicos. Como rabino instruido en las Escrituras, tenía un conocimiento amplio de la profecía, de manera que conocía bien la de Daniel, de donde se marcan pensamientos de desarrollo en los escritos del apóstol, que sigue líneas de enseñanza concordantes con otros escritos del Antiguo Testamento. No podría ser de otro modo puesto que él mismo afirma que “*toda la Escritura es inspirada por Dios*” (2 Ti. 3:16).

La argumentación contraria a la autoría del apóstol Pablo, se puede sintetizar de este modo: a) No hay enseñanza directa sobre la justificación por fe, ni nada en contra de la justificación por las obras de la ley. Pero no siempre se requería la controversia, ya que las iglesias tienen un contexto diferente y lo que era preciso abordar entre los gálatas, no lo era entre los tesalonicenses. b) Es un escrito con un contenido doctrinal muy limitado, contra lo que es habitual en el apóstol Pablo. Con todo, no siempre los escritos han de ser un compendio de doctrina, de modo que a situaciones puntuales corresponden tratamientos concretos, en este caso más bien se trata de aclarar algún concepto doctrinal. c) No es posible que en un corto período de tiempo una iglesia hubiese podido alcanzar con el evangelio un territorio tan grande (1:8). Pero la lectura del relato histórico de Hechos (Hch. 17:6) pone de

¹ F. C. Baur, *Paulus*, Stuttgart, 1845, pag. 480 ss.

manifiesto que la obra de los misioneros era tan eficaz que se les acusa de *trastornar el mundo entero*. d) El autor emplea palabras muy fuertes contra los judíos, mientras que habla de ellos con un afecto entrañable en otros escritos: “*Porque deseara yo mismo ser anatema, separado de Cristo, por amor a mis hermanos, los que son mis parientes según la carne*” (Ro. 9:3). Esta argumentación deja de tener sentido con la simple lectura de la *Epístola a los Gálatas*. e) El escrito tiene una forma excesivamente paulina, con pasajes similares a otros del apóstol, lo que pone de manifiesto un trabajo *seudoeπίgrafo*. Esto contradice abiertamente las proposiciones anteriores por las que se consideraba el escrito lejano a la autoría de Pablo. Mas bien este es un argumento favorable a la autoría paulina, puesto que el mismo autor usa los mismos argumentos y formas en sus escritos.

Dejando las críticas contrarias a la autoría consideremos las evidencias internas y externas que señalan al apóstol Pablo como autor de la *Epístola*:

a) El proemio presenta al autor como *Pablo* (1:1), confirmándolo de nuevo más adelante cuando justifica las razones por las que no ha visitado la iglesia (2:18). Nadie que no fuese el apóstol utilizaría simplemente su nombre sin añadir ningún otro título, es decir, sólo había para los creyentes de la iglesia primitiva un hombre que pudiera escribir a una iglesia fundada por él con la autoridad apostólica y este era Saulo de Tarso, el apóstol Pablo.

b) Las personas que se mencionan tanto en el primer versículo como más adelante (3:2, 6), Silvano y Timoteo, se identifican por medio del libro de *Hechos*, como compañeros de ministerio del apóstol en su segundo viaje misionero (Hch. 15:40; 16:1-3, 19; 17:4, 10, 14; 18:5).

c) La forma epistolar es típica de Pablo, como se aprecia comparándola con otros de sus escritos, tales como Romanos, 1 Corintios, 2 Corintios, Gálatas, etc. que son consideradas por la Alta Crítica que niega la autoría de *I Tesalonicenses*, como del apóstol Pablo. Es cierto que el escrito, como los anteriores, lleva la forma propia de la correspondencia epistolar de aquel tiempo, introduciéndolos con la identificación del autor, a la que

generalmente añade su condición de *apóstol de Jesucristo*, seguida de unas palabras de salutación en las que se identifica a los destinatarios, para proseguir después con el cuerpo de la carta que siempre contiene partes doctrinales y aplicativas, cerrándola con una salutación final.

d) Comparando el vocabulario con otros escritos de Pablo se detecta una notable identidad. Según Hendriksen: *“mas de 4/5 de las palabras usadas en 1 Tesalonicenses se encuentran en las, así llamadas, epístolas paulinas mayores (Romanos, 1 Corintios, 2 Corintios, y Gálatas). Si a éstas añadimos las epístolas carcelarias (Efesios, Filipenses, Colosenses, y Filemón), entre las que deben ser consideradas como genuinamente paulinas, hallamos que casi 9/10 de las palabras que el autor emplea en 1 Tesalonicenses ocurren también en estas ocho epístolas (las cuatro mayores y las cuatro carcelarias). Y si a éstas, también agregamos las pastorales (1 Timoteo, 2 Timoteo, Tito), el porcentaje resulta aún más alto”*. Hendriksen mismo dice como llegó a estas conclusiones: *“Con el fin de llegar a estos porcentajes anoté cuidadosamente en tarjetas, y por orden alfabético, cada palabra que encontré en 1 Tesalonicenses (hice lo mismo con 2 Tesalonicenses) y, usando Moulton and Geden’s Concordance (Concordancia de Moulton y Genden) para el Nuevo Testamento, cotejé el uso de estas palabras en las epístolas mayores de Pablo, en las carcelarias y en las pastorales. Sobre esta base fue que llegué a mis conclusiones. Como estas conclusiones concuerdan en lo principal con aquellas obtenidas por J. E. Frame, A Critical and Exegetical Commentary on the Epistles of St. Paul to the Thessalonians (en The International Critical Commentary) (Comentario crítico y exegético de las epístolas de San Pablo a los Tesalonicenses –en el comentario crítico internacional). Creo que la referencia a las páginas de la mencionada obra prueba ser suficiente”*².

e) Lo que ocurre con las palabras sucede también con frases. Hendriksen hizo el siguiente trabajo comparativo³:

² W. Hendriksen. *1 y 2 Tesalonicenses*. Subcomisión literatura cristiana de la Iglesia Cristiana Reformada, Grand Rapids 1980, pág. 29.

³ W. Hendriksen. o.c., pag. 30.

1:2 en nuestras oraciones	Ro. 1:10.
1:3; 3:11, 13 nuestro Dios y Padre	Gá. 1:10.
1:5, 6; 2:2, 17 en mucho (ejn pollh`)	Ro. 9:22.
2:4, 15 agradando a Dios	Ro. 8:8.
2:5, 10 Dios es testigo	Ro. 1:9.
2:12; 5:24 quien les llama	Gá. 5:8.
2:12 a fin de que vivan vidas dignas de Dios	Col. 1:10.
2:18 una y otra vez	Fil. 4:16.
3:2 colaborador de Dios	1 Co. 3:9.
3:2 el evangelio de Cristo	Ro. 15:19.
3:5 en vano (eijç kenovn)	2 Co. 6:1.
3:8 vosotros estad firmes en el Señor	Fil. 4:1.
4:1 en el Señor Jesús	Ro. 14:14.
4:11 trabajando con sus manos	1 Co. 4:12.
4:13 no queremos que ignoréis	Ro. 1:13.
4:15, 17 nosotros que estamos vivos	2 Co. 4:11.
4:17 estar con el Señor	Fil. 1:23.
5:9 por medio de nuestro Señor Jesucristo	Ro. 5:1.
5:10 vivir juntamente con Él	2 Co. 13:4.
5:18 en todo (ejn pantiv)	1 Co. 1:5.
5:24 que os llamó	Gá. 5:8.
5:26 ósculo santo	Ro. 16:16.

Es también cierto que algunas frases o expresiones sólo aparecen en las dos *Epístolas*, sin que esto suponga como los críticos pretenden, que no son escritos de Pablo. Sin embargo, las comparaciones anteriores ponen de manifiesto que sólo el mismo autor puede repetir las mismas frases y palabras en otros escritos atribuidos a él. Las frases que no aparecen en otros lugares es propio y natural de la ocasión y tema del escrito.

f) El escrito es propio del carácter del apóstol Pablo. Se expresa en ella como es habitual, dando gracias a Dios por los destinatarios, a quienes tiene en alta estima y está interesado en todo cuanto tenga que ver con ellos. Como en otras de sus epístolas dice que les recuerda constantemente en todas sus oraciones (1:2; cf. Ro. 1:8, 9). Revela también aquí el deseo de volver a verles, que es común en otros de sus escritos (2:17, 18; Ro. 1:11; Fil. 2:24). Como hizo en otras ocasiones envía a uno de sus colaboradores para que visite la iglesia, cuando no le es posible a él ir en persona (3:2; Fil. 2:19-23). A pesar de los problemas que siempre existen entre los

creyentes, les dedica elogios, además de alentarlos (1:3, 6-10; 2 Co. 8:7; Fil. 4:15-17). Como es habitual en los escritos de Pablo, todas las perfecciones que puedan manifestar los creyentes son atribuidos a la gracia de Dios, tomándolo como manifestación de la elección y del poder del Espíritu (1:4, 5; Ro. 8:23, 28-30; Gá. 5:22-25; Fil. 1:6). Hace defensa de su ministerio y expone las razones que le motivan para predicar el evangelio y establecer iglesias, ante la maledicencia de sus enemigos que le acusan de motivos ocultos en todo ello, para lo que les recuerda como entró en contacto con quienes son ahora miembros de la iglesia (2:1-12; 1 Co. 2:1-5; 3:1, 2). En su condición de apóstol hace referencia a su autoridad (5:27; 1 Co. 16:1). En todo esto se aprecia que la identidad del escritor con la forma habitual de escribir del apóstol Pablo, es idéntica, por lo que tiene que ser la misma persona.

g) La doctrina de la *Epístola* es concordante con la expresada por Pablo en sus otros escritos. Como prueba basta una mínima comparación con otros escritos en algunos puntos doctrinales. Así ocurre en cuanto al concepto caído del hombre que por su condición pecaminosa y la práctica del pecado está bajo la ira de Dios (1:10; 5:9; Ro. 1:18; 2:8; 9:22). El pecador está en tinieblas, en cuyo ámbito está esclavizado (5:5; Ro. 2:19; 13:12; 2 Co. 6:14). La elección eterna de los creyentes es también una nota común (1:4; Ro. 9:11; 11:5, 7). Dios ha determinado la santificación del creyente, junto con la seguridad de salvación, que glorifica a Dios (1:3-5; 3:13; 4:3, 7; 5:23; Ro. 6:1, 22; 11:36; 1 Co. 1:30; 10:31). Para que pueda producirse la santificación como experiencia de vida, Cristo murió por los creyentes (5:10; Gá. 2:20). Satanás actúa continuamente contra del cristianos a fin de apartarlos del camino de Dios (3:5; Ro. 16:20; 1 Co. 7:5; 2 Co. 2:11; 12:7). El cristiano está preservado por Dios hasta ser recogido por Cristo para estar a Su lado perpetuamente (1:10; 2:19; 3:13, 17; 4:17; 5:23; Ro. 8:18, 19; 1 Co. 15:50-58; 16:22).

En cuanto a evidencias externas, están las muchas referencias a las dos *Epístolas a los Tesalonicenses* en los escritos de los *padres de la Iglesia*. Clemente de Alejandría cita las palabras de 2:4, 5-7; 4:3-9, 17; 5:5-8, 13-15; 19:22. Clemente de Alejandría (a. 190-200) hace referencia en sus escritos a las dos *Epístolas a los Tesalonicenses*, considerándolas como escritos de Pablo. Ireneo,

contemporáneo de Clemente asevera que las dos cartas fueron escritas por Pablo, mereciendo mención especial su obra *Contra las herejías*, en donde cita directamente 1 Ts. 5:23, diciendo que es un escrito del apóstol Pablo. Tertuliano en su obra *contra Marción*, se refiere a los escritos apostólicos paulinos incluyendo en ellos a *1 Tesalonicenses*, con continuas referencias tanto a la primera como a la segunda. Orígenes (a. 210-250), hace continuas referencias a los dos escritos considerándolos como del apóstol. El *Fragmento Muratorio*, lista incompleta de los libros del Nuevo Testamento, que se data entre el 180-200, dice: “*Ahora, en cuanto a las epístolas de Pablo, lo que son, cuando y por qué fueron escritas y por qué razón fueron enviadas, ellas hablan por sí mismas a quien quiera entenderlas. En primer lugar escribió en extenso a los corintios para prohibir cismas provenientes de herejías, luego a los gálatas contra la circuncisión, y a los romanos sobre el orden en las Escrituras, intimando también que Cristo es el tema central en ellas –cada una de las cuales es necesaria para nuestra discusión, viendo que el bendito apóstol Pablo mismo, siguiendo el ejemplo de su predecesor Juan, escribe a no más de siete iglesias por nombre en el siguiente orden: A los corintios (primera), a los efesios (segunda), a los filipenses (tercera), a los colosenses (cuarta), a los gálatas (quinta), a los tesalonicenses (sexta), a los romanos (séptima). Pero... escribe una segunda, con el fin correctivo a los corintios y a los tesalonicenses*”⁴. También Eusebio afirma que Pablo escribió catorce cartas, si bien dice que algunos no consideran como del apóstol la *Epístola a los Hebreos*, este escrito del s. IV, ni siquiera menciona ninguna oposición a la autoría de *1 Tesalonicenses*⁵. Es evidente que en ningún escrito de la literatura cristiana de la iglesia primitiva se pone en duda o se cuestiona la autoría de las dos *Epístolas* como del apóstol Pablo.

Autor.

Luego de lo considerado en los párrafos anteriores sobre *autenticidad*, no es necesario más que afirmar lo que aparece en la introducción. El autor se identifica con *Pablo*, que en el contexto de la iglesia primitiva sólo podía referirse al apóstol de los gentiles.

⁴ Párrafo citado por Hendriksen, o.c., pág. 33.

⁵ Eusebio. *Historia Ecclesiastica* III. iii. 4, 5.

Como se ha dicho antes la Iglesia ha considerado el escrito como de Pablo, sin cuestionarlo a lo largo de los siglos.

Unos pocos datos sirven para recordar quien fue el escritor. Era de la tribu de Benjamín, y dentro del contexto religioso de su tiempo miembro del grupo de los fariseos (Hch. 23:6; Ro. 11:1; Fil. 3:5). Nacido en Tarso tenía por esa razón la ciudadanía romana (Hch. 16:37; 21:39; 22:25 ss.), lo que lleva consigo que sus padres habían residido en aquella ciudad por bastante tiempo antes del nacimiento de su hijo. Tarso era una ciudad con un alto nivel cultural, por lo que Pablo llegó a conocer bien la filosofía y cultura del mundo greco-romano. Es muy probable que fuese trasladado por sus padres profundamente religiosos a Jerusalén cuando era muy joven para que estudiase las Escrituras con los más cualificados maestros de entonces. Él mismo testimonia de haber aprendido con el Rabí Gamaliel (Hch. 22:3). Por el relato general de Hechos se aprecia que Saulo había llegado a ser miembro del Sanedrín con voz y voto en las decisiones de aquel tribunal, posiblemente uno de los miembros más jóvenes, llegando a dar su voto a favor de la muerte de Esteban, y liderando la persecución y muerte de los cristianos (Hch. 26:10). Según ciertas apreciaciones deducidas de sus escritos, su aspecto físico no era destacable, siendo además un orador de discurso pesado (2 Co. 10:10).

No hay ninguna evidencia bíblica por la que se pueda afirmar que Pablo hubiese conocido personalmente a Jesús, a pesar de sus palabras en el escrito a los corintios (2 Co. 5:16), que deben entenderse como una consideración de Jesús desde el punto de vista humano. Tal vez Saulo tuvo parientes cristianos (Ro. 16:7), pero, a pesar de ello, su condición anticristiana era evidente. La muerte por lapidación de Esteban, su discurso ante el sanedrín y su aspecto personal en aquella ocasión debieron haber impactado profundamente a Pablo (Hch. 8:1). Sin embargo fue el decisivo encuentro con el Señor resucitado, lo que le llevó a la conversión (Hch. 26:14). Después de esa experiencia pasó un tiempo en algún lugar al este del río Jordán, donde recibió revelaciones directas de Jesús y recicló su teología preparándose para el apostolado al que había sido llamado por elección divina. De ahí pasó al área de Damasco predicando el evangelio (Hch. 9:19 ss; Gá. 1:18). Ante las dificultades de entrar en los grupos cristianos en Jerusalén por su anterior relación como enemigo de la Iglesia, tuvo necesidad de que Bernabé le introdujera levantando toda prevención contra él. Su ministerio en Jerusalén debió ser por poco tiempo, debido a que los judíos helenistas procuraban matarle, por lo que regresó a su ciudad natal de Tarso. También fue Bernabé el que fue a buscarle a ese lugar

para que le ayudase en la enseñanza a los creyentes recién convertidos de la iglesia en Antioquía (Hch. 11:25-26).

Tiempo después fue llamado por el Espíritu y encomendado por la iglesia antioqueña para la obra misionera (Hch. 13:1-3). Su estrategia se convirtió en modelo para las misiones lideradas por él, consistente en predicar en la sinagoga a los judíos para establecer un núcleo de creyentes que fuesen también conocedores de la Escritura. Cada vez que la oposición contra él alcanzó un alto nivel, se volvía directamente a la evangelización de los gentiles (Hch. 13:46 ss.). Los judaizantes fueron sus más firmes enemigos en el ámbito de las iglesias que establecía, visitando las congregaciones para hacer que los cristianos fuesen una extensión del judaísmo, conminándolos a circuncidarse y guardar la ley ceremonial, especialmente la referida a las limitaciones establecidas en ella. Los continuos enfrentamientos con los judaizantes ocasionaron la necesidad de una consulta con los líderes de la iglesia en Jerusalén, en lo que se llamó el *primer concilio de la Iglesia*. En esa reunión dialogaron con los apóstoles y ancianos sobre el problema, alcanzando un consenso que se hizo extensivo a toda la Iglesia mediante carta circular, en la que las propuestas judaizantes quedaron sin respaldo, afirmándose la libertad de los creyentes con unos limitados mandatos que eran necesarios para mantener la comunión y unidad entre los creyentes de procedencia judía y los de ascendencia gentil (Hch. 15:28-29).

En el segundo viaje misionero, Pablo acompañado por Silas y Timoteo recorrió un amplio territorio visitando las principales poblaciones de la zona de Grecia, atendiendo el llamamiento hecho en visión por un varón macedonio que le solicitaba ayuda, por lo que pasaron a Macedonia iniciando la evangelización de Grecia y estableciendo iglesias, entre las cuales estaba la de Tesalónica.

Más adelante el apóstol llevó una ofrenda para los pobres de Jerusalén, llegado a la ciudad en Pentecostés (Hch. 21:14 s.). Con mucho tacto observó los ritos del templo. En ese lugar los judíos procedentes de Éfeso lo acusaron de violar la ley que prohibía el acceso al santuario de los gentiles, suponiendo que había introducido en el lugar a compañeros que no eran judíos, incitando a la multitud para que le diesen muerte. Para evitarlo intervinieron los soldados romanos, rescatándolo del gentío, llevándolo a Cesarea donde Félix, el gobernador romano, lo mantuvo en prisión durante dos años (Hch. 23:26). Dada la situación en que se encontraba y las demandas que los judíos hacían al gobernador para que lo llevase a Jerusalén y fuese juzgado allá de lo que le acusaban, Pablo apeló, en su condición de ciudadano romano el tribunal del César, siendo conducido prisionero a

Roma, donde estuvo en una casa alquilada con la custodia de un soldado romano (Hch. 28:1, 30). Lo más probable es que en el juicio no compareciesen los acusadores por lo que sería puesto en libertad, sobre el año 63. Muy probablemente, según su deseo, visitó España y la región del Egeo antes de ser encarcelado nuevamente por orden de Nerón, quien lo sentenció a muerte, siendo ejecutado en Roma.

Destinatarios.

El primer versículo los define claramente. La *Epístola* fue dirigida a la “*iglesia de los tesalonicenses*”. Los creyentes alcanzados por el mensaje del evangelio en la ciudad de Tesalónica y que quedaron allí cuando Pablo tuvo que salir precipitadamente de la ciudad. A estos cristianos residentes en la ciudad de Tesalónica, se dirige el escrito.

Motivo.

Cuando el grupo misionero liderado por Pablo abandonó la ciudad de Tesalónica, estuvo un tiempo corto en Berea y Atenas, lugar a donde se le unieron nuevamente sus dos colaboradores directos en el segundo viaje misionero, que eran Timoteo y Silas. Sin embargo, ambos fueron enviados por el apóstol para cumplir misiones de consolidación de las iglesias fundadas y afirmación en la fe de los creyentes que habían sido convertidos. Sabemos que Timoteo fue a Tesalónica (3:2), y Silas debió haber sido enviado a Filipos. El informe de Timoteo era positivo, la iglesia en Tesalónica se mantenía firme en la fe a pesar de las dificultades y el testimonio del evangelio había alcanzado lugares en el área de influencia. Pero, como iglesia recién fundada, los cristianos necesitaban consejos para orientar la marcha de la congregación, afirmar el testimonio personal de los creyentes y solventar algunas verdades que no estaban claramente asentadas. Además la persecución contra los cristianos había comenzado y cualquier palabra de aliento sería buena. Ante esta situación el apóstol escribe para dar ánimo a los cristianos en Tesalónica (2:14; 3:1-4). Los enemigos de Pablo, tanto los judíos rebeldes al mensaje del evangelio, como los judaizantes procedentes de Jerusalén, visitaban las iglesias recién fundadas para hablar mal del apóstol, procurando despertar sospechas sobre las razones que le motivaban para la fundación de las iglesias, todas ellas, conforme a sus enemigos, de interés personal para conseguir beneficiarse de los convertidos a Cristo. Ante esto Pablo sale en defensa de su ministerio y conducta (2:1-12). Los cristianos en Tesalónica, como en otros lugares del mundo greco-romano, vivían en un entorno de licencia moral y de prácticas pecaminosas propias del mundo idólatrico de entonces, de manera que las recomendaciones y

exhortaciones a una santidad real en medio de una sociedad impía, eran necesarias (4:1-8). En el tiempo desde la partida de Pablo hasta el informe de Timoteo, algunos cristianos habían muerto. Los creyentes tenían ciertas dificultades en la comprensión de lo que ocurre a los que parten para estar con Cristo y a lo que la *parusía* del Señor producirá en relación con éstos que han muerto y los que estén vivos entonces. Otra de las razones de la *Epístola* es recordar y reiterar la enseñanza sobre la situación de los muertos en Cristo y de los vivos en el tiempo en que venga a recoger a la Iglesia (4:14-18). La inminencia enseñada sobre el retorno de Jesús había despertado en algunos un estilo de vida impropio, viviendo sin trabajar y entrometiéndose en la vida de otros hermanos, lo que requería también una advertencia del apóstol (4:11-12). Finalmente además de instrucciones sobre la ética cristiana y las relaciones entre hermanos en Cristo (5:1-6, 24), se hacía necesaria alguna precisión sobre la Persona y obra del Espíritu Santo, que incluía la importancia de los dones espirituales, cuya falta de comprensión producía que se reprimiesen y se *apagase el Espíritu* (5:19).

A la vista del escrito se nota que la intención del apóstol no es la exposición doctrinal de algunas verdades de la fe, como ocurre con la *Epístola a los Romanos* y la *Epístola a los Gálatas*, sino más bien es un escrito pastoral, para animar a los creyentes en medio de las dificultades y conducirlos a una vida de testimonio entre el mundo corrompido de aquellos días. El cuerpo doctrinal más extenso en la carta tiene que ver con la *parusía*, la presencia, la manifestación, la venida de Cristo a recoger a su Iglesia (4:13-18). Aparte de recordarles la enseñanza sobre esto sirve al apóstol para alentar a quienes habían visto partir a los suyos, y en general a toda la iglesia.

Lugar de redacción.

Por el relato de Hechos y los detalles de la *Epístola*, Pablo envió a Timoteo para que visitase la iglesia en Tesalónica y le informase de la situación en que se encontraba. El apóstol partió para Atenas (Hch. 17) donde estuvo por poco tiempo, siguiendo luego a Corinto (Hch. 18:1). Allí se encontró con Timoteo y Silas que regresaron de las misiones que le habían sido encomendadas y dieron sus informes al apóstol (Hch. 18:1, 5). Por la salutación de la *Epístola* (1:1) se aprecia que tanto Silas como Timoteo, estaban con Pablo. Luego, con toda probabilidad, la carta fue escrita desde Corinto.

Fecha.

Determinar la fecha aproximada de la redacción del escrito requiere atender a alguna situación histórica, especialmente a un descubrimiento arqueológico. Según el relato de *Hechos*, la presencia de Pablo en Corinto tuvo lugar durante el tiempo del gobierno de Galio, el procónsul romano de Acaya. Desenterrando restos de Delfos, apareció una lápida que reproduce una carta a la ciudad escrita por el emperador Claudio, en la que se cita a Galio y su proconsulado. El emperador se refiere a él mismo como investido con el poder tribunicio por duodécima vez y aclamado como emperador veintisiete veces. Este reconocimiento le fue concedido veintisiete veces, por tanto, la carta desenterrada debe proceder del tiempo final de su reinado. La aclamación vigésimo séptima tuvo ocasión en el año 52 d.C. De modo que la presencia de Galio tiene que ser en ese año, aunque no se pueda precisar el año de su llegada a Acaya. Posiblemente Galio remitía a Roma el asunto de que trata la carta en piedra desenterrada, en el tiempo inicial de su presencia lo que supondría el año 51 d.C. Por *Hechos* sabemos que el apóstol fue llevado ante el gobernador poco después de su llegada, que estaría cercana al fin de la estancia de Pablo en Corinto. Como el ministerio allí duró unos dieciocho meses (Hch. 18:11), es posible que el escrito tuviese lugar en el año 50, aunque generalmente se prefiere datarlo en el año 51.

En base a esta datación, muy confiable, la *Primera Epístola a los Tesalonicenses* es, sino el primero, uno de los primeros escritos del apóstol Pablo. El único que podría ser anterior sería la *Epístola a los Gálatas*. Se trata, de cualquier modo, no sólo de primeros escritos de Pablo, sino de primeros escritos del Nuevo Testamento, de ahí la importancia que debe darse a las dos *Epístolas* como referente al pensamiento circulante en la iglesia del tiempo de los apóstoles.

Cuerpo doctrinal.

A pesar de las críticas liberales en el sentido de que el contenido doctrinal de la *Epístola* es pequeño, e incluso pobre comparado con los escritos de Pablo, el objeto de ella no era enseñar doctrina, sino alentar y aclarar algunos asuntos necesarios. Con todo la doctrina está presente en el escrito, pudiendo destacarse:

Teología propia. Dios el Padre es el Padre personal de cada creyente (1:1, 3). Los que no han creído y se han vuelto a Dios viven oponiéndose a Él en un servicio voluntario a los ídolos (1:9; 4:5). De Dios parte el llamamiento a salvación, que supone un llamamiento a ser cristianos (1:1). Dios es el que guarda al creyente para la venida de Jesucristo, por tanto quien garantiza la seguridad de salvación (5:23). Es

también el testigo y juez de nuestra conducta (2:4; 3:13; 4:1; 5:10). El mismo Dios es el remunerador de los actos humanos (2:16; 4:6).

Cristología. La Iglesia se sustenta y descansa en Cristo (1:1). La esperanza cristiana es Jesucristo mismo (1:3). Jesús es el ejemplo de vida cristiana (1:6). El Señor es esperado en su manifestación por todos los creyentes (1:10; 2:19; 3:13). Nuestro Señor es el que *hace crecer* la Iglesia (3:12). Jesús es el Señor en igualdad con el Padre (3:11-12), por tanto, principio de gracia y de paz al igual que el Padre (1:1). Es el juez sobre el comportamiento del cristiano (4:6).

Pneumatología. Se aprecia una clara distinción entre el Espíritu, el Padre y el Hijo. Es la Persona Divina que comunica poder a los creyentes (1:5). Es el principio de vida nueva que permanece en todo aquel que ha creído, como don divino (4:8). El Espíritu fortalece y comunica gozo a los fieles (1:6).

Soteriología. Jesucristo es el único medio de salvación (5:9, 10). Fue muerto por los judíos (2:15), pero resucitó (4:14).

Eclesiología. La Iglesia se sustenta en Dios Padre y en el Señor Jesucristo (1:1). La autoridad de la Iglesia descansa en Dios y procede de Él (2:2-4).

Escatología. El retorno de Cristo para buscar a la Iglesia forma parte de la esperanza cristiana (1:10). Los creyentes esperamos Su venida (2:19). Los creyentes que parten de esta vida *duermen en Cristo* y serán traídos con Él cuando venga a buscar a la Iglesia (4:14). El encuentro entre la Iglesia y el Señor tendrá lugar en el aire (4:17). Ese acontecimiento estará rodeado de una serie de manifestaciones gloriosas (4:16, 17). Todos los creyentes seremos arrebatados de la tierra al encuentro con Cristo, los muertos mediante resurrección y los vivos mediante transformación (4:16, 17). El traslado de la Iglesia podrá ocurrir en cualquier momento (4:17). La Segunda Venida del Señor a la tierra ocurrirá después de un tiempo de conflictos y dificultades (5:1-3). El creyente no será afligido por la ira de Dios sobre el mundo perdido (1:10; 5:9).

El texto griego.

La *Epístola* está escrita en un griego de un buen nivel. Con un estilo brillante y con expresiones bien construidas y concretas, muy aptas para expresar la enseñanza y para reforzar las exhortaciones con precisión. Las formas podían captar fácilmente la atención del lector y

hacen del escrito un cuerpo armónico y atractivo. Hay, como en todos los escritos del apóstol Pablo, algunos rasgos del entorno semítico de donde procede.

Principales referencias de textos griegos para la Epístola.

Para la *Primera a Tesalonicenses*, se utilizan los siguientes mss y códigos: \mathfrak{p}^{30} , \mathfrak{p}^{46} , \mathfrak{p}^{61} , \mathfrak{p}^{65} , **a**, A, B, c, D, F, G, H, I, K, L, P, Y, 048, 0183, 0208, 1226, 0278, 33, 81, 104, 365, 630, 1175, 1241, 1505, 1739, 1881, 2464, l 249, l 846.

El griego koiné.

La Primera Epístola a los Tesalonicenses está escrita en un griego culto. No obstante, la utilización de formas propias de la koiné, están presentes, dando a entender que el autor conocía bien la lengua, y le llevaba a adoptar las expresiones propias del griego común en el lugar al que dirige la carta.

El idioma en que fue escrito es el griego común, conocido como *koiné*. Como del resto de los escritos del Nuevo Testamento, no existe tampoco aquí el original, esto es, el primer escrito salido directamente del autor. Las copias existentes son varias y entre ellas se aprecian diferencias. Debe tenerse en cuenta que para el Nuevo Testamento hay no menos de 5200 manuscritos y entre ellos existen más de doscientas cincuenta mil variantes, acumuladas a lo largo de los catorce siglos en que se han estado produciendo copias del texto griego. A los errores propios de un sistema de copiado, se añadieron variantes consecuentes con correcciones y adaptaciones producidas para determinados lugares geográficos, como era el caso de Alejandría, Antioquia, Constantinopla, Cartago, Roma, etc. en copias que se adaptaron en ocasiones idiomáticamente para las grandes ciudades, dando origen a lecturas especiales.

El texto Alejandrino, el más antiguo para los escritos del Nuevo Testamento, es considerado como uno de los más fiables y fieles en cuanto a la conservación y preservación del texto original. Los dos testimonios derivados del Alejandrino son el *Códice Vaticano* y el *Códice Sináítico*, manuscritos en pergamino de mediados del s. IV. Con la aparición de importantes papiros a lo largo del s. XX, se puede afirmar que el *Alejandrino* alcanza a épocas con mayor antigüedad, llegando a considerarse como del s. II, más o menos hacia el 125 d. C. El texto *Bizantino*, es el más reciente de los del Nuevo Testamento. En éste se ha intentado pulir lo que pudiera representar alguna forma ruda

en el lenguaje, cambiando las lecturas discrepantes o divergentes por otra expandida, armonizando los paralelos.

El *Textus Receptus*, que ha servido de base a las traducciones de la *Epístola* en el mundo *Protestante* está tomado mayoritariamente del *Texto Bizantino*. Este texto fue editado en 1517 por Desiderio Erasmo de Róterdam. Fue el más expandido y llegó a ser aceptado como el normativo de la Iglesia Reformada, o Iglesia Protestante. De este texto se hicieron muchas ediciones, varias de ellas no autorizadas, produciéndose a lo largo del tiempo una importante serie de alteraciones. Por otro lado, está demostrado que en algunos lugares donde Erasmo no dispuso de textos griegos, invirtió la traducción trasladando al griego desde la Vulgata. A este texto se le otorgó una importancia de tal dimensión que fue considerado como *normativo* del Nuevo Testamento en el mundo protestante, asumiéndose como incuestionable por sectores conservadores y pietistas extremos, llegándose a considerar como *cuasi impío* cuestionarlo, a pesar del gran número de manuscritos que se poseen en la actualidad y que ponen de manifiesto los errores del *Receptus*. Como si se quisiera mantenerlo, a pesar de todo, como el mejor de los compilatorios del texto griego del Nuevo Testamento, se ha cambiado el nombre de *Textus Receptus* por el de *Texto Mayoritario*, con el que se procura hacerlo retornar a su antigua supremacía, con lo que se pretende obstaculizar todo esfuerzo en el terreno de la *Crítica Textual*, para alcanzar una precisión mayor de lectura de lo que son los originales de los escritos del Nuevo Testamento.

De los sinceros y honestos esfuerzos de la *Crítica Textual*, en un trabajo excelente en el campo de los manuscritos que se poseen y que van apareciendo, se tomó la decisión de apartarse del *Receptus* en todo aquello que evidentemente es más seguro, dando origen al texto griego conocido como *Novum Testamentum Groece*, sobre cuyo texto se basa el que se utiliza en el presente comentario.

El texto griego utilizado para la exégesis y análisis de la *Epístola* es el de Nestle-Aland en la vigésimo octava edición de la Deutsche Biblegesellschaft, D-Stuttgart, recientemente editado.

En el aparato crítico se ha procurado tener en cuenta la valoración de los estudios de *Crítica Textual*, para sugerir la mayor seguridad o certeza del texto griego. Para interpretar las referencias del aparato crítico, se hacen las siguientes indicaciones:

El aparato crítico, que en el comentario se denomina como *Crítica Textual. Lecturas alternativas*, se sitúa luego del análisis gramatical del texto griego, de modo que el lector pueda tener, si le interesan las alternativas de lectura que aparezcan en los versículos de la *Epístola*.

Los papiros se designan mediante la letra **p**. Los *manuscritos unciales*, se designan por letras mayúsculas o por un 0 inicial. Los unciales del texto bizantino se identifican por las letras *Biz* y los unciales bizantinos más importantes se reflejan mediante letras mayúsculas entre corchetes [] los principales unciales en los escritos de Pablo se señalan por K, L, P. En este escrito se abandona el uso de la identificación de los textos unciales bizantinos, colocándolos como los demás códices salvo en ocasiones en que se requiera por alguna razón.

Los manuscritos minúsculos quedan reflejados mediante números arábigos, y los minúsculos de texto bizantino van precedidos de la identificación *Biz*. La relación de unciales, debe ser consultada en textos especializados ya que la extensión para relacionarlos excede a los límites de esta referencia al aparato crítico.

En relación con los manuscritos griegos aparecen conexiados los siguientes signos:

f^1 se refiere a la familia 1 de manuscritos.

f^{13} se refiere a la familia 13 de manuscritos.

Biz referencia al testimonios *Bizantinos*, textos de manuscritos griegos, especialmente del segundo milenio.

Biz^{pt} cuando se trata de solo *una parte* de la tradición *Bizantina* cada vez que el testimonio está dividido.

*

este signo indica que un manuscrito ha sido corregido.

°

aparece cuando se trata de la lectura del *corrector* de un manuscrito.

^{1,2,3,c}

indica los sucesivos correctores de un manuscrito en orden cronológico.

()

indican que el manuscrito contiene la lectura apuntada, pero con *ligeras diferencias* respecto de ella.

[] incluyen *manuscriptos Bizantinos* selectos inmediatamente después de la referencia *Biz.*

txt indica que se trata del *texto del Nuevo Testamento* en un manuscrito cuando difiere de su cita en el comentario de un Padre de la Iglesia (^{comm}), una variante en el margen (^{mg}) o una variante (^{v.r.}).

com (m) se refiere a citas en el curso del *comentario* a un texto cuando se aparta del texto manuscrito.

mg indicación textual contenida en el *margen* de un manuscrito.

v.r. *Variante* indicada como alternativa por el mismo manuscrito.

vid indica la lectura más probable de un manuscrito cuando su estado de conservación no permite una verificación.

supp texto suplido por faltar en el original.

ℵ contiene los textos mayoritarios incluido el Bizantino. Indica la lectura apoyada por la mayoría de los manuscritos, incluyendo siempre manuscritos de koiné en el sentido estricto, representando el testimonio del texto griego koiné. En consecuencia, en los casos de un aparato negativo, donde no se le da apoyo al texto, la indicación ℵ, no aparece.

Los *Leccionarios* son textos de lectura de la Iglesia Griega, que contienen manuscritos del texto griego y se identifican con las letras *Lect* que representa la concordancia de la mayoría de los Leccionarios seleccionados con el texto de *Apostoliki Diakonia*. Los que se apartan de este contexto son citados individualmente con sus respectivas variantes. Si las variantes aparecen en más de diez Leccionarios, se identifica cada grupo con las siglas ^{pl}. Si un pasaje aparece varias veces en un mismo Leccionario y su testimonio no es coincidente, se indica por el número índice superior establecido en forma de fracción, para indicar la frecuencia de la variante, por ejemplo *l 866*^{1/2}. En relación con los Leccionarios se utilizan las siguientes abreviaturas:

Lect para referirse al texto seguido por la *mayoría de los leccionarios*.

l 43 indica el leccionario que se aparta de la lectura de la mayoría.

Lect^{pt} referencia al texto seguido por una parte de la tradición manuscrita de los Leccionarios que aparece, por lo menos, en diez de ellos.

l 593^{1/2} referencia a la frecuencia de una variante en el mismo manuscrito.

Las referencias a la Vetus Latina, se identifica por las siglas *it* (*Itala*), con superíndices que indican el manuscrito.

La Vulgata se identifica por *vg* para la Vulgata, *vg*^{cl} para la Vulgata Clementina, *vg*^{ww} para la Vulgata Wordsworth-White, y *vg*st para la Vulgata de Stuttgart.

Las siglas *lat* representa el soporte de la Vulgata y parte del Latín Antiguo.

Las versiones Siríacas se identifican por las siguientes siglas: *Sir*^s para la Sinaítica. *sir*^c, para la Curetoniana. *sir*^p, identifica a la Peshita. *sir*^{ph} son las siglas para referirse a la Filoxeniana.

La Harclense tiene aparato crítico propio con los siguientes signos: *sir*^h (White; Bensly, Wöobus, Aland, Aland/Juckel); *sir*^{h with*}, lectura siríaca incluida en el texto entre un asterisco y un metóbelos; *sir*^{hmg}, para referirse a una variante siríaca en el margen *V* *sir*^{hgr} hace referencia a una anotación griega en el margen de una variante Siríaca. Las siglas *sir*^{pal} son el identificador de la Siríaca Palestina.

Las referencias a la Copta son las siguientes:

cop^{sa} Sahídico.

cop^{bo} Boháirico.

cop^{pbo} Proto-Boháirico.

cop^{meg} Medio-Egipto.

cop^{fay} Fayúmico.

cop^{ach} Ajmínico.

cop^{ach2} Sub-Ajmínico.

Para la Armenia, se usan las siglas *arm*.

La georgiana se identifica:

geo identifica a la georgiana usando la más antigua revisión A¹

geo¹/geo² identifica a dos revisiones de la tradición Georgina de los Evangelios, Hechos y Cartas Paulinas.

La etiópica se identifica de la siguiente manera:

eti cuando hay acuerdo entre las distintas ediciones.

eti^{ro} para la edición romana de 1548-49.

eti^{pp} para la Pell Plat, basada en la anterior.

etiTH para Takla Häymānot

eti^{ms} referencia para la de París.

Eslava Antigua, se identifica con esl.

Igualmente se integra en el aparato crítico el testimonio de los Padres de la Iglesia. Estos quedan identificados con su nombre. Cuando el testimonio de un Padre de la Iglesia se conoce por el de otro, se indica el nombre del Padre seguido de una anotación en superíndice que dice *según* y el nombre del Padre que lo atestigua. Los Padres mencionados son tanto los griegos como los latinos, procurando introducirlos en ese mismo orden. En relación con las citas de los Padres, se utilizan las siguientes abreviaturas:

() Indican que el Padre apoya la variante pero con ligeras diferencias.

vid probable apoyo de un Padre a la lectura citada.

lem cita a partir de un *lema*, esto es, el texto del Nuevo Testamento que precede a un comentario.

comm cita a partir de la parte de un comentario, cuando el texto difiere del lema que lo acompaña.

supp porción del texto *suplicado* posteriormente, porque faltaba en el original.

^{ms, mss} referencia a manuscrito o manuscritos patrísticos cuyo texto se aparta del que está editado.

^{mss^{según Padre}} identifica una variante de algún manuscrito según testimonio patrístico.

^{1/2, 2/3} variantes citadas de un mismo texto en el mismo pasaje.

^{pap} lectura a partir de la *etapa papirológica* cuando difiere de una edición de aquel Padre.

^{ed} lectura a partir de la *edición* de un texto patrístico cuando se aparta de la *tradicón papirológica*.

^{gr} cita a partir de un fragmento griego de la obra de un Padre Griego cuyo texto se conserva sólo en traducción.

^{lat, sir, armn, slav, arab} traducción latina, siríaca, armenia, eslava o araba de un Padre Griego cuando no se conserva en su forma original.

^{dub} se usa cuando la obra atribuida a cierto Padre es dudosa.

Con estas notas el lector podrá interpretar fácilmente las referencias a las distintas alternativas de lectura que el aparato crítico introduce en los versículos que las tienen.

Análisis del texto griego.

Como elemento de ayuda al lector que no tenga un conocimiento alto del griego koiné, se hace el análisis morfológico de cada una de las palabras del texto griego en cada uno de los versículos que se comenta, añadiendo en el comentario las referencias al análisis sintáctico e idiomático cuando se requiera.

En el análisis se procura identificar las palabras con el sentido que tienen en castellano, así, se traducen las conjunciones por *copulativa*, *disyuntiva*, *causales*, etc. que aunque no correspondan exactamente con la calificación griega, permite al lector castellano identificarlas con el sentido que tienen en este idioma.

Se ha tenido en cuenta hacer la distinción en el aoristo de los verbos, entre el primero o el segundo. Si bien a efectos de análisis

textual no es importante, se precisan las formas para facilitar la identificación al lector del texto.

Aparato crítico del texto griego.

La cantidad de alternativas de lectura del texto griego es cada vez mayor, a medida que se encuentran nuevos mss. Incorporar todas las posibles excede a la capacidad y razón de ser de un comentario. En este caso se dan las más importantes, siguiendo la crítica textual comprendida en el *Novum Testamentum Graece*, Nestle-Alan vigésimo octava edición de Deutsche Bibelgesellschaft.

De la misma manera se consulta también el aparato crítico del Texto Griego del Nuevo Testamento Trilingüe de la Biblioteca de Autores Cristianos.

Para ayudar al lector se traduce al castellano la mayor parte de las alternativas de lectura, salvo cuando sean de relativa importancia o excesivamente numerosas, en cuyo caso se traslada simplemente la correspondiente referencia.

Otras precisiones sobre el texto griego.

Es sabido que algunos nombres que en castellano se escriben con mayúsculas, como Dios, al referirse al verdadero, Espíritu Santo, en relación con la Tercera persona de la Deidad, en griego algunos de estos nombres o adjetivos vinculados a un nombre se escriben con minúscula. Sin embargo, por respeto especial, cuando se trate de alguno de estos nombres de Dios, se escribirán con mayúscula. De igual manera y por la misma razón en el análisis textual cuando se refiera a Dios no se definirá como *nombre común*, sino como *nombre divino*. Entendemos claramente que en el marco de la gramática, estas distinciones no corresponden a la realidad del griego.

5.

Para desarrollar el comentario se seguirá el curso del siguiente *Bosquejo Analítico*:

I. Pablo y los tesalonicenses (1:1-10).

1. Saludos (1:1).
2. Acción de gracias (1:2-10).

- 2.1. Gratitud por las virtudes de la iglesia (1:2-3).
- 2.2. Gratitud por el ejemplo de la iglesia (1:4-7).
- 2.3. Gratitud por el compromiso de la iglesia (1:8-10).

II. La conducta del apóstol (2:1-3:13).

1. La honestidad del apóstol (2:1-4).
2. El trabajo del apóstol (2:5-8).
3. El ejemplo del apóstol (2:9-12).
4. La preocupación del apóstol (2:13-3:13).
 - 4.1. Preocupación por los conflictos de los creyentes (2:13-20).
 - 4.2. Preocupación por la firmeza de la fe (3:1-8).
 - A. El envío de Timoteo (1:1-5).
 - B. El informe de Timoteo (3:6-10).
 - 4.3. Preocupación por el desarrollo de los creyentes (3:11-13).

III. Parte exhortativa (4:1-5:22).

1. La santidad de vida (4:1-8).
2. El amor cristiano (4:9-10).
3. La vida ordenada (4:11-12).
4. La esperanza cristiana (4:13-18).
 - 4.1. La certeza cristiana (4:13-14).
 - 4.2. El traslado de la Iglesia (4:15-17).
 - 4.3. El aliento de la esperanza (4:18).
5. El día del Señor (5:1-11).
 - 5.1. La manifestación (5:1-3).
 - 5.2. La amonestación (5:4-8).
 - 5.3. La seguridad y el aliento (5:9-11).
6. La ética cristiana (5:12-22).
 - 6.1. Reconocimiento del liderazgo (5:12-13).
 - 6.2. Ayuda fraternal (5:14-15).
 - 6.3. Deberes espirituales (5:16-22).

IV. Deseo, peticiones y despedida (5:23-28).

1. Deseo (5:23-24).
2. Peticiones (5:25-27).
3. Despedida (5:28).

EXÉGESIS DE LA EPÍSTOLA.

Pablo y los tesalonicenses (1:1-10).

Saludos (1:1).

1. Pablo, Silvano y Timoteo, a la iglesia de los tesalonicenses en Dios Padre y en el Señor Jesucristo: Gracia y paz sean a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.

Pau`lo" kaiV SilouanoV" kaiV Timovqeo" th` / ejkklhsiva/
 Pablo, y Silvano y Timoteo a la iglesia
 Qessalonikevwn ejn Qew` / PatriV¹ kaiV Kurivw/ jlhsou`
 Cristw` /²,
 de tesalonicenses en Dios Padre y Señor Jesús Cristo;
 cavri" uJmi`n kaiV eijrhvnh.
 gracia a vosotros y paz.

Notas y análisis del texto griego.

Iniciando la carta, escribe: Pau`lo", caso nominativo masculino singular del nombre propio *Pablo*; kaiV, conjunción copulativa y; SilouanoV", caso nominativo masculino singular del nombre propio *Silvano*; kaiV, conjunción copulativa y; Timovqeo", caso nominativo masculino singular del nombre propio *Timoteo*; th` /, caso dativo femenino singular del artículo determinado declinado *a la*; ejkklhsiva/, caso dativo femenino singular del nombre común *iglesia*; Qessalonikevwn, caso genitivo masculino plural del nombre propio declinado *de tesalonicenses*; ejn, preposición propia de dativo *en*; Qew` /, caso dativo masculino singular del nombre divino *Dios*; PatriV, caso dativo masculino singular del nombre divino *Padre*; kaiV, conjunción copulativa y; Kurivw/, caso dativo masculino singular del nombre divino *Señor*; jlhsou`, caso dativo masculino singular del nombre propio *Jesús*; Cristw` /, caso dativo masculino singular del nombre propio *Cristo*; cavri", caso nominativo femenino singular del nombre común *gracia*; uJmi`n, caso dativo de la segunda persona plural del pronombre personal *vosotros*; kaiV, conjunción copulativa y; eijrhvnh, caso nominativo femenino singular del nombre común *paz*.

Crítica Textual. Lecturas alternativas.

¹ejn Qew` / Patri, *en Dios Padre*, lectura atestiguada en B, F, G, Y, 0278, 629, 1739, 1881, lat, sir, sa.

ejn Qew` / hmwn PatriV, *en Dios nuestro Padre*, según lectura en A, 81, (629) ar, r, vg, sa.

² kaiV Kurivw/ jlhsou` Cristw` /, *y en Señor Jesús Cristo*, lectura atestiguada en B, F, G, Ψ, 0278, 629, 1739, 1881, lat, sir, sa.

kaiV Kurivou jlhsou` Cristou`, *y del Señor Jesús Cristo*, según lectura en a, A, D, I, K, L, P, 33, 81, 104, 630, 1175, 1241, 1505, 2464, vg, sir, bo.

Pau`lo" kaiV SilouanoV" kaiV Timovqeo". Como era habitual en la correspondencia del primer siglo, el escrito se iniciaba con la identificación del remitente. Como autor del escrito aparece en primer lugar el nombre de Pablo, los otros dos nombres que figuran en el encabezado son colaboradores del apóstol, pero no autores de la *Epístola*. Sobre él se ha escrito una extensa nota en el apartado de la introducción cuando se trató del *autor*, a donde se remite al lector.

El segundo nombre mencionado aquí era el de *Silas*, forma abreviada de *Silvano*; algunos consideran que era una forma arameizada del nombre hebreo *Saúl*. Era un miembro destacado en la iglesia en Jerusalén, debiendo ser identificado con Silvano, cuyo nombre aparece varias veces en las epístolas de Pablo (2 Co. 1:19; 2 Ts. 1:1). Más tarde serviría de amanuense a Pedro en la redacción de su primera epístola (1 P. 5:12). Estará presente en la historia misionera de Pablo como compañero suyo en el segundo viaje luego del problema entre el apóstol y Bernabé (Hch. 15:36-41). Silas tenía la ciudadanía romana (Hch. 16:36-41). El papel de Silas en relación con el viaje de Pablo, no fue tanto el de reemplazar a Bernabé como a Juan Marcos. Es interesante apreciar que en ningún lugar se le da el calificativo de *apóstol*, como ocurrió con Bernabé. Después de la visita a Antioquía, se quedó en la iglesia (Hch. 15:34), hasta el segundo viaje misionero de Pablo, acompañándole hasta Corinto (Hch. 18:5; 2 Co. 1:19). Compañero del apóstol, comisionado por él para servicios de relación con las iglesias, está a su lado, posiblemente en Corinto, cuando escribe la *Epístola*. Su nombre está en el proemio de la carta.

Un tercer nombre aparece a continuación y es el de Timoteo. Se trata de un hombre joven cristiano cuya edad no es posible determinar, pero que cuando catorce o quince años más tarde le escribe el apóstol hace referencia a su juventud (cf. 1 Ti. 4:12; 2 Ti. 2:22). Su madre Eunice, era una mujer de fe, posiblemente convertida al evangelio, junto con su abuela Loida y él mismo, como consecuencia de la predicación del apóstol en la visita anterior. Las dos mujeres se destacan por su fe (cf. 2 Ti. 1:5; 3:14-15). No se dice nada de su padre, salvo la advertencia de que era griego. Aunque el término se utiliza en *Hechos*, para referirse a judeo-cristianos procedentes de la dispersión, el contexto inmediato exige que se entienda que era un gentil. Por esta causa el matrimonio no era bien visto por los judíos más ortodoxos. Es probable que el padre hubiera muerto, porque no se dice nada de él en relación con la familia. Timoteo va a convertirse en uno de los hombres más destacados del Nuevo Testamento, por lo que requiere esta introducción sobre su persona. Desde su conversión trabajó en la obra del Señor no solo en su iglesia en Derbe, sino también las de Listra e

Iconio. De él daban buen testimonio todos los hermanos. Timoteo había dado pruebas de madurez y compromiso con la obra, por tanto, era una persona digna de confianza para estar en el equipo misionero del apóstol. Estas condiciones hacen que Pablo lo elija para estar entre sus colaboradores. Mientras que todos los hermanos daban buen testimonio de él, con toda seguridad no ocurría lo mismo con los judíos, porque no se había circuncidado y estaba, por ello, fuera del pacto de Abraham. El padre de Timoteo, como se dice antes, era griego y posiblemente por esa causa, aunque de madre judía, no había sido circuncidado. Esta era una seria dificultad con la que Pablo podía encontrarse y que podría generar confrontaciones con los judíos de aquellos lugares, ya que todos sabían de esta situación. Según la ley hebrea el niño debía seguir la religión de su madre, debiendo comenzar por la circuncisión como debía hacerse con todo hijo varón en Israel. Aunque la visión del apóstol era alcanzar especialmente a los gentiles, no suponía que no tuviese interés en la salvación de los judíos. Una situación semejante supondría, en muchos casos, una barrera insalvable, sobre todo cuando procurase utilizar las sinagogas como lugar para iniciar la evangelización en un determinado lugar. Pablo no hubiese permitido que se circuncidase a ningún cristiano de origen gentil, como hizo con Tito (Gá. 2:3-5), pero estaba seguro que debía hacerse con los judíos y concretamente con Timoteo, para evitar herir susceptibilidades entre ellos. Según la ley era un judío, por ser de madre judía, pero incircunciso era considerado como un apóstata. Para el apóstol, la circuncisión en sí misma, como una marca establecida en la carne, era algo indiferente (Gá. 5:6; 6:15), es más, cuando se consideraba como requisito para la salvación, era un *caer* de la gracia, que obligaba a guardar toda la ley (Gá. 5:3ss). La circuncisión de Timoteo no era requisito alguno para su vida espiritual, pero le permitía que llevase a cabo el ministerio sin confrontaciones con los judíos. Pablo supeditaba cualquier interés personal a los del evangelio (1 Co. 9:23). Aquel hermano fue enviado con Pablo con el beneplácito de la iglesia de donde procedía. Los ancianos de aquella congregación pusieron las manos sobre él, en señal de identificación plena con el ministerio al que era encomendado (1 Ti. 4:14), llamamiento divino atestiguado por los profetas de la iglesia. Timoteo y Pablo van a estar ligados de ahí en adelante en la obra del Señor. Le acompañaría a Corinto, Éfeso, Jerusalén y Roma. Era un colaborador infatigable. Pablo daría testimonio de Timoteo desde su primer encarcelamiento en Roma: *“Espero en el Señor Jesús enviaros pronto a Timoteo, para que yo también esté de buen ánimo al saber de vuestro estado; pues a ninguno tengo del mismo ánimo, y que tan sinceramente se interese por vosotros. Porque todos buscan lo suyo propio, no lo que es de Cristo Jesús. Pero ya conocéis los méritos de él, que como hijo a padre ha*

servido conmigo en el evangelio” (Fil. 2:19-22). Con verdadero orgullo de padre le llama su *hijo genuino en la fe* (1 Ti. 1:2). Este hermano, tan vinculado al apóstol está a su lado cuando escribe la *Epístola*, sin embargo no es uno de los escritores de ella, simplemente es colaborador con Pablo lo mismo que Silas.

th` / ejkklhsiva/ Qessalonikevwn Luego de la referencia al remitente que es Pablo y a los dos colaboradores suyos, sigue, como es natural en la correspondencia de entonces, el nombre de los destinatarios. En este caso concreto el escrito está dirigido a *la iglesia en Tesalónica*, o a la iglesia de *tesalonicenses*. Es decir, a la iglesia que estaba en la ciudad de Tesalónica.

Será bueno recordar algunos principios básicos de lo que se entiende por Iglesia en el Nuevo Testamento. El término *iglesia* es una palabra tomada del griego para darle un sentido propio. Se usa en distintas acepciones, incluso para hablar de una convocatoria a una multitud no cristiana, como es el caso de los efesios congregados en el estadio para gritar a favor de la diosa Diana (Hch. 19:32, 39, 40). Cuando se hablaba de concurrencia de personas, de una asamblea o de un concurso, los griegos usaban muchas veces la palabra *ejkklhsiva*, *iglesia*. Esa misma palabra se usa para referirse a la congregación de Israel en el desierto (Hch. 7:38). En los evangelios solo aparece dos veces (Mt. 16:18; 18:17). La palabra se aplica fundamentalmente en el Nuevo Testamento para designar al conjunto de creyentes elegidos por Dios, llamados por Él, salvos por Cristo, regenerados por el Espíritu Santo, que bautizada por Éste en Cristo, queda vitalmente unida por el mismo Espíritu, para formar una unidad espiritual que se conoce también como *cuerpo de Cristo*. En sentido total se le conoce como Iglesia universal o trascendente; en el sentido temporal, se le denomina iglesia local. En este sentido se encuentra ciento diez veces, de las ciento catorce que aparece la palabra en el Nuevo Testamento. La iglesia local no es una parte de un todo superior que la engloba a todas ellas, sino células locales completas en las que la Iglesia se manifiesta y expresa. Etimológicamente la palabra *ejkklhsiva*, *iglesia*, esta formada por el prefijo con la preposición *ejk*, que expresa la idea de *sacar afuera*, y el verbo, *llamar*, unidas ambas adquieren el sentido de *llamar afuera*. La Iglesia, por tanto son los *llamados o convocados fuera*. Ese es el concepto del apóstol Pedro: “*Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquél que os llamó de las tinieblas a su luz admirable*” (1 P. 2:9). La enseñanza es clara, la iglesia está formada por el pueblo que Dios ha redimido y que Él mismo llamó *de las tinieblas*,

para congregarlo en una nueva situación que se llama *su luz admirable*. Sin ninguna diferencia el concepto del apóstol Pablo es el mismo: “*El cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo*” (Col. 1:13).

Aunque la Biblia no es un libro de *definiciones* podemos encontrar en ella los elementos necesarios para dar una definición de *iglesia*. En primer lugar es un pueblo de *formación divina*: “*Simón ha contado cómo Dios visitó por primera vez a los gentiles, para tomar de ellos pueblo para su nombre*” (Hch. 15:14). En este pueblo de Dios no hay limitación alguna de raza o condición: “*Porque Él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación, aboliendo en su carne las enemistades, la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas, para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz, y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades*” (Ef. 2:14-16). Es también un pueblo de condición celestial, porque la ciudadanía de cada creyente está en los cielos (Fil. 3:20). La iglesia es de propiedad divina; Jesús dijo que Él edificaría *Su* iglesia (Mt. 16:18). Este cuerpo y pueblo es un don que el Padre dio a su Hijo (Jn. 6:37, 39; 17:6, 9, 11, 12). Además, la Iglesia es un cuerpo espiritual del que Cristo es la cabeza (Ef. 1:22-23).

La iglesia es un pueblo adquirido por Dios. El precio del rescate de la iglesia ha sido la vida del Hijo de Dios (1 P. 1:18-20). Dios pagó un precio infinito por cada creyente que puesto en Cristo forma parte de la iglesia. La vida del Señor fue entregada en sacrificio, que hace posible que la penalidad del pecado de cada salvo quede resuelta en Él, que muere, no sólo a favor de los salvos, sino en sustitución, es decir, ocupando el lugar de cada uno. No hizo Dios el pago del precio de redención con cosas corruptibles, sino con la sangre preciosa de su Hijo. Su sangre vertida, expresión equivalente a Su vida entregada, hace expiación por el pecado (Hch. 20:28; Ro. 3:24; 5:9; Ef. 1:7; 2:13; Col. 1:20; He. 13:12; 1 Jn. 17; Ap. 1:5; 5:9).

La iglesia es un cuerpo de fundación divina. El Padre elige en Cristo, llama y sella a los creyentes según su voluntad (Ro. 8:29, 30; Ef. 1:5). El Hijo salva y redime a todo aquel que llamado por el Padre acude a Él reconociéndolo como Salvador y aceptando Su obra por fe. Jesucristo salva y compra a la Iglesia (Jn. 10:11; Hch. 20:28; Ro. 5:8-10; Gá. 2:20; Col. 1:13, 14; 1 P. 1:18-20). Cristo es la única puerta de acceso a la salvación y por tanto a la Iglesia (Jn. 10:7-9). El Espíritu Santo regenera a quien cree comunicándole una nueva vida, al darle la vida eterna (Jn. 3:3, 5-8; Ef. 2:1) haciéndole participante de la divina

naturaleza (2 P. 1:4). El nacimiento de la Iglesia tuvo lugar en Pentecostés (Hch. 2:1-4). No fue en la vida de Cristo, ya que Él la menciona en tiempo futuro (Mt. 16:18). En los evangelios no se usa más que dos veces el término Iglesia, en la acepción doctrinal del Nuevo Testamento. En Pentecostés comienza un oficio distintivo del Espíritu en la presente dispensación, que es el *bautismo*, por el cual cada creyente es *sumergido* en Cristo para la formación del cuerpo que es la Iglesia (1 Co. 12:13). La Iglesia es ahora el nuevo *santuario* de Dios, en donde las tres Personas Divinas se manifiestan, siendo la Persona Residente en ella el Espíritu Santo, de quien la Iglesia es su templo (Jn. 14:17; 1 Co. 3:16-17; Ef. 2:22). La Iglesia está formada por todos los salvos. En la formación de la Iglesia se aprecia la actuación de las tres Personas Divinas. En un solo texto se precisa esta actividad divina: “*Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó*” (Ro. 8:30). En el plan de salvación, a quienes Dios conoce y para los que fija un destino eterno, también llama. Aquello que se produce en la eternidad, conocimiento y predestinación, se ejecuta en el tiempo de los hombres, comenzando por el llamamiento a salvación. Quien llama a los pecadores es el mismo que los conoció y predestinó, el Padre. En la salvación intervienen siempre las tres Personas Divinas: El Padre que llama, el Hijo que redime y el Espíritu que regenera. De otro modo, el Padre convoca en el tiempo a los que salva. El llamamiento se hace por medio del evangelio: “*a lo cual os llamó mediante nuestro evangelio, para alcanzar la gloria de nuestro Señor Jesucristo*” (2 Ts. 2:14). Sin el llamamiento del Padre la obra de salvación no alcanzaría a los hombres con el propósito para el que fue hecha, ya que nadie puede ir a Cristo si el Padre que lo envió no lo llamase. Así dice Jesús: “*Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere*” (Jn. 6:44). El verbo que se traduce en el versículo del evangelio como *trajere*⁶, es un verbo fuerte que se traduce en otros lugares como *arrastrar*. Indica no solo un llamamiento sino una acción impulsiva comprendida en él. El llamamiento del Padre es la manifestación de la gracia que implica también en él la obra del Espíritu (1 P. 1:2). Comprende la iluminación espiritual del pecador entenebrecido (He. 6:4); la convicción de pecado (Jn. 16:7-11); la dotación de fe salvífica, que se convertirá en una actividad humana cuando la ejerza depositándola, en una acción de entrega, en el Salvador (Ef. 2:8-9). A este llamamiento responde el hombre por medio de la fe. Con todo, esta operación del Padre, no es una *coacción*, sino una *atracción*. Aquel que envió a Cristo para salvar a los pecadores, envía luego a los pecadores para que sean salvos por Cristo. Este llamamiento de Dios es eficaz siempre en aquellos que Dios ha escogido en Su

⁶ Griego: ε{llkw.

soberanía, como el mismo apóstol testifica: “*Pero cuando agradó a Dios que me apartó desde el vientre de mi madre, y me llamó por su gracia*” (Gá. 1:15). No significa esto que el evangelio no tenga un llamamiento universal a todos los hombres, llamándolos a salvación. El llamado del Padre, que *atrae* a los hombres a Cristo es algo cuestionado por muchos hombres, que no alcanzan a entender claramente lo que tiene que ver con la soberanía divina y con la responsabilidad humana. Es necesario entender claramente que todo cuanto es de salvación, es de Dios, y todo lo que tiene que ver con condenación es de responsabilidad del hombre. Al llamado del Padre que atrae a los pecadores al Salvador, corresponde la justificación como consecuencia de la fe. Dios justifica a quienes reciben el llamamiento. El futuro de la Iglesia está bien definido. A quienes el Padre llama y son justificados, se establece para ellos la glorificación. Nótese que aunque se trate de un hecho futuro, aunque aquí sea una referencia a la salvación escatológica, se utiliza el verbo en aoristo que indica una acción concluida. La glorificación corresponde al futuro, pero la seguridad de la salvación la da como un hecho ocurrido. Es la forma habitual de expresar el futuro profético, mediante un pasado perfecto como hecho ocurrido. El propósito de Dios para los salvos es que sean conformados a la imagen de su Hijo y esto sólo ocurrirá definitivamente en la glorificación, por tanto, a los que llama y justifica, también glorificará, pudiendo darlo como un hecho que inexorablemente se va a producir. En este mismo capítulo el apóstol hizo mención a la herencia de los cristianos como herederos de Dios y coherederos con Cristo. Es una herencia que está reservada en los cielos (1 P. 1:4), por tanto, el disfrute sempiterno de ella pasará por la glorificación de los salvos. Dios, que guarda la herencia, guarda también a los herederos para ese fin (1 P. 1:5). El Padre encomendó la custodia de los suyos a Cristo, poniéndolos en Su mano para que los resucite a todos en el día postrero (Jn. 6:40). Por estar en Cristo, la glorificación es ya un hecho *potencial* y *posicional* (Ef. 2:6). Un día recibirán también cuerpos gloriosos transformados a la semejanza del resucitado Señor (Ro. 8:11, 23; 1 Co. 15:43-53; Fil. 3:21; 1 Jn. 3:2). El poder de Dios está comprometido en la presentación de todos los suyos delante de Él en Su gloria (Ef. 5:27; Jud. 24, 25; Ap. 19:7-8).

La distinción general de los que han sido incorporados a la Iglesia es la común fe en Jesucristo. En esto se manifiesta de forma distintiva la obra del Espíritu Santo. La fe es el elemento para entrar en la experiencia de salvación (Ro. 5:1). Esta fe salvadora es un don de Dios (Ef. 2:8-9). El texto habla de salvación en su aspecto general, por tanto, tiene que comprender también los elementos particulares. Todo el proceso de salvación desde su génesis es una operación de la gracia (Sal. 3:8; Jon. 2:9). Toda obra humana queda excluida y no puede ser

aceptada por Dios en el orden salvífico. La gracia facilita el medio para salvarse, que es la fe (Ef. 2:8). La fe es el *medio* pero nunca la *causa* de la salvación. Es evidente que Dios da cuanto sea necesario para ser salvo: El Salvador (Jn. 3:16; Gá. 4:4; 1 P. 4:1). La obra salvadora realizada por Cristo en la Cruz (Ro. 4:21). La gracia como vehículo de salvación y esperanza segura para el salvo, recurso y apoyo para la vida de santificación mientras se espera a Jesucristo (Jn. 1:14, 17; Ef. 2:5; 1 P. 1:13). El instrumento para salvación que es la fe (Ro. 5:1); mediante ella se recibe la justicia de Cristo que Dios otorga, de modo que el pecador que cree es declarado justificado delante de Él.

Otro distintivo de los creyentes que son miembros de la Iglesia, es su condición de *regenerados*. Esta es una obra de renovación plena y de dotación de un corazón nuevo, operación efectuada por el Espíritu Santo en todo aquel que cree (Ti. 3:5). Antes que un caído pueda entrar al Reino de Dios y pasar a ser un habitante del cielo, Dios tiene que obrar una transformación en él. La magnitud de esa obra es tal que sólo puede compararse con un *nuevo nacimiento*. La regeneración es necesaria por la propia condición del hombre natural ya que *“lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es”* (Jn. 3:6). Las palabras de Cristo fueron dirigidas a un líder del pueblo de Israel, no a alguien de baja condición moral. Es evidente que para estar en la presencia de un Dios santísimo se requiere una condición santa (Sal. 24:3-4). El hombre natural es incapaz de vivir conforme a la voluntad de Dios en obediencia a Él, porque su naturaleza es de desobediencia. Todos los hombres están muertos en *delitos y pecados* (Ef. 2:1), por lo que necesitan una auténtica resurrección espiritual que se produce en el momento de creer, cuando el Espíritu Santo une vitalmente al pecador salvo con el Salvador (Ef. 2:6); de otro modo, el muerto espiritual viene a la vida por la acción vinculante del pecador que ha creído, con Cristo. Solo por la regeneración se alcanza la condición requerida para ser templo de Dios en Espíritu (1 Co. 3:16). La vida que cada uno de los miembros del cuerpo de Cristo tiene, es la *vida eterna*, que no es otra que la comunicada por Cristo resucitado (Jn. 10:10; 14:6; Ro. 6:23; Col. 1:27). La regeneración dota de una nueva experiencia de vida, al hacer la *vida eterna* el modo natural de la vida cristiana, mediante la participación del pecador regenerado en la naturaleza divina (2 P. 1:4).

El creyente bautizado en Cristo entra en una nueva posición. Antes de eso tuvo que producirse la liberación del pecado mediante la identificación con el Salvador. Al poner al creyente en una relación personal con la muerte de Cristo, la relación de esclavitud del pecado fue cortada y recibe poder para una vida fuera de esa esfera. Todavía más, la identificación con la muerte de Cristo produce poder liberador

sobre el *yo* (Gá. 2:20), sobre el mundo (Gá. 6:14), y sobre la carne (Gá. 5:24). La liberación sobre el poder del pecado se produce para todo creyente, por tanto, ya no hay excusa para vivir en él. La identificación con Cristo es también en su sepultura y resurrección, para novedad de vida, quien comunica vida a la nueva humanidad en Él (1 Co. 15:45). El que ha sido puesto en Cristo es una nueva creación (2 Co. 5:17). El mundo de la regeneración es un mundo nuevo.

Finalmente la Iglesia es un pueblo santificado para salvación (1 P. 1:2), que se produce por la intervención de las tres Personas Divinas. La obra del Padre en la elección de los creyentes desde la eternidad (Ef. 1:4), que obedece no solo al *preconocimiento*, sino a la *presciencia* de Dios, expresión de un movimiento afectivo y una determinación divina (Ro. 8:29; 11:2; Ef. 1:5). La obra del Espíritu conduce a la obediencia del pecador salvo, de modo que lo que era imposible al hombre no regenerado lo hace posible la acción del Espíritu (Ef. 2:1-3). Además la obra redentora del Hijo purifica al creyente, capacitándole para servir al Dios vivo (He. 9:14). Esta operación de la gracia dispone al cristiano para vivir la experiencia de la santificación, el modo propio de la vida del salvo. De manera que la Iglesia ha de mostrar la santidad de los creyentes en una vida en donde el pecado no tiene razón de ser. La limpieza del pecado conduce a la santidad de vida, en un estado definitivo de posición en Cristo (1 Co. 1:30). Separados para Dios como un pueblo santo (1 P. 2:9). La ocupación de los tales ya no es el pecado, sino la santificación (Fil. 2:12).

La Iglesia es también un cuerpo de creyentes que descansan en esperanza. La grandeza de esa esperanza es común a todos, puesto que no se trata de cosas que vendrán, sino de una Persona: "*Cristo es en vosotros, la esperanza de gloria*" (Col. 1:27). La gloria de la Iglesia es Cristo, la seguridad de la Iglesia el poder de Cristo (Fil. 4:13). Lo que a los ojos de los hombres es de poco interés y de menor importancia, es a los de Dios, un cuerpo de hombres y mujeres llevados siempre en victoria (2 Co. 2:14).

Es a la iglesia local en Tesalónica a quien el apóstol dirige las palabras de esta *Epístola*. Es interesante apreciar que dirige las palabras a la iglesia *Qessalonikevwn, de tesalonicenses*, usando no un adjetivo sino el nombre propio. Habitualmente cuando se habla de una iglesia local se menciona como *la iglesia en Tesalónica*. Pero, si se refiere a los de origen tesalonicense, la expresión usada equivale a lo mismo. El apóstol se dirige a una iglesia que se fundó en Tesalónica y que mayoritariamente estaba integrada por ciudadanos de aquella ciudad.

ejn Qew` / PatriV kaiV Kurivw/ jlhsou` Cristw`/, Esta iglesia está fundada y sustentada en “*Dios Padre y en el Señor Jesucristo*”. La fundación de la Iglesia tiene que ver con el cumplimiento del propósito eterno de Dios para salvación, establecido desde antes de la creación. Los creyentes son llamados conforme al propósito del Padre (Ro. 8:28). La salvación es la expresión de la soberanía de Dios. El propósito del llamamiento celestial es para salvación de los que son llamados. El llamamiento divino a salvación implica mucho más que una simple invitación (1 Co. 1:2). Estos que son llamados disciernen, en razón de la obra del Espíritu, lo que es la salvación que Dios otorga a todo aquel que cree (1 Co. 1:24). El propósito de Dios subordina todo para el fin que Él mismo se propone, que es la salvación de todo el que cree (Jn. 3:16). Esto siempre sin renunciar a la responsabilidad del hombre. A estos a quienes Dios salva les ha determinado, literalmente *los ha predestinado* para una posición definitiva, que sean hechos conforme a la imagen de su Hijo (Ro. 8:29). Es necesario entender que cada vez que aparece el verbo predestinar, en el Nuevo Testamento, ocurre en relación con creyentes y no con inconversos (cf. Ro. 8:29, 30; 1 Co. 2:7; Ef. 1:5, 11). Dios no fijó de antemano la condenación para algunos, esa doctrina no aparece en la Escritura. La bendición está en saber que los salvos tienen un destino establecido por Dios que inexorablemente se cumplirá. En el cumplimiento del propósito eterno está llevando a cabo la tarea de conformación de cada creyente a Cristo (2 Co. 3:18). La imagen de Dios deteriorada por el pecado es restaurada en Cristo, imagen perfecta y absoluta de Dios (2 Co. 4:4; Col. 1:15). La transformación es progresiva en cada creyente (Ro. 12:2; Ef. 4:32-5:2; Fil. 3:10; Col. 3:10). El propósito se cumplirá definitivamente en la glorificación de los santos (Fil. 3:21). La causa por la que el Padre hace esta obra está bien concretada: “...*para que él (Cristo) sea el primogénito entre muchos hermanos*” (Ro. 8:29). Quiere decir que los creyentes venimos a ser miembros de la familia de Dios, de la que Jesús es el primogénito entre todos, para lo cual llevará a cabo la adopción (Gá. 4:5). El Padre actúa en la fundación y sostenimiento de la Iglesia para que esos hijos, adoptados en el Hijo, sean conforme a la condición del Padre (1 P. 1:15-16). El Padre llama a los pecadores por medio de la predicación del evangelio (Gá. 1:16; 2 Ts. 2:14). Nadie puede ir a Cristo sin el llamamiento del Padre (Jn. 6:44). A este llamamiento responde el hombre por medio de la fe, que se convierte en una actividad humana cuando es ejercitada. A los que aceptando el llamamiento celestial acuden a Cristo por fe, son justificados. El hecho de la justificación garantiza la salvación hasta el punto de que sus nombres están en el libro de la vida desde antes de la creación del mundo (Ap. 13:8; 17:8). A estos destina Dios para la gloria. Sin duda será algo futuro para el

creyente, pero la seguridad de que se llevará a cabo lo da como algo ocurrido para Dios (Ro. 8:30). Dios reservó a los suyos para una herencia incorruptible, guardándolos para ese fin (1 P. 1:4-5). A estos que salva los pone en la mano de Jesucristo para custodia hasta la resurrección y glorificación de todos (Jn. 6:40). Por estar en Cristo, la glorificación es ya un hecho *potencial* y *posicional* (Ef. 2:6). Un día recibirán también cuerpos gloriosos transformados a la semejanza del Señor resucitado (Ro. 8:11, 23; 1 Co. 15:43-53; Fil. 3:21; 1 Jn. 3:2). El poder del Padre está comprometido en la presentación de todos los suyos ante Su gloria (Ef. 5:27; Jud. 24-25; Ap. 19:7-8).

La Iglesia descansa y se sustenta también en y sobre *Jesucristo*. Al usar el título Kurivw/, está dando a entender Su deidad, ya que el nombre se usa habitualmente para traducir el título *Yahwe*, generalmente *Jehová*. Tanto la fundación como el fundamento de la Iglesia están necesariamente vinculados con Jesucristo. El Señor es una Persona Divino-humana. Es Dios en eterna unidad con el Padre y el Espíritu (Jn. 1:1); y es asimismo hombre perfecto (Jn. 1:14). Los elementos propios de toda humanidad concurren en Él. Esta humanidad subsiste en la inmanencia de la deidad. La suprema manifestación de la deidad en Jesucristo consiste en que “*en Él estaba la vida*” (Jn. 1:4). La vida absoluta es aquella que no es dada, la vida en sí misma. Esta vida es vida eterna y en ella quiere Jesús que sea la operativa vital de cada creyente y de su Iglesia (Jn. 17:3). Por esa razón se promete vida eterna a todo aquel que cree (Jn. 3:16). La vida eterna, infinita e ilimitada que hace del Ser divino la fuente, causa y razón de vida, radica como propia también en la Segunda Persona Divina. Jesucristo es la *luz de la vida*, de modo que va unida a la vida, como las tinieblas a la muerte. El Señor es el Verbo preexistente, vida eterna en Dios para los hombres (Jn. 1:4). Juan le llama *Verbo de vida* (1 Jn. 1:1-2). Equivale a la capacidad divina vivificadora, tanto de la antigua como de la nueva creación. El Verbo de Dios hecho hombre aporta con Su palabra la vida eterna (Jn. 6:68). El Hijo de Dios da, otorga y comunica la vida eterna, una vida que no tuvo principio ni tendrá fin. Es la vida propia de la Deidad. El apóstol Juan dice que Él es la verdadera vida (1 Jn. 5:20). Quien es vida es también el pan de vida, para sustento espiritual (Jn. 6:35, 48) y luz de la vida, para orientación (Jn. 8:12). Como esfera de vivencia, Él es la resurrección y la vida (Jn. 11:25). Como forma propia de vida, se hace para los creyentes camino, verdad y vida (Jn. 14:6). El Verbo eterno fue enviado al mundo para dar vida al hombre con Su palabra y Su persona (Jn. 6:33; 10:10; 1 Jn. 4:9). Además Jesucristo es administrador de la vida, teniendo en Sí mismo la facultad divina de dar vida (Jn. 5:21). El Padre tiene vida en Sí mismo, el Hijo, lo mismo que el Padre, es principio de vida sobrenatural y eterna. Jesucristo, como Hijo eterno del

Padre, tiene vida en Sí mismo por comunicación eterna del Padre (1 Jn. 1:1-2). La posición de Cristo como Mediador y comunicador de la vida eterna, se debe a la posición original y eterna del Hijo. El uso de los apelativos unigénito y primogénito, nunca pueden referirse a comienzo de existencia, sino que indican una existencia que antecede a toda creación. Igualmente ocurre con el apelativo Logos, que expresa la íntima relación que la Segunda Persona guarda con la Primera, relación semejante a la que existe entre la palabra y el que la pronuncia. El Hijo en que se sustenta y vive la Iglesia es eternamente engendrado del Padre, lo que se llama filiación, y participa con el Padre en la espiración del Espíritu. Esta relación no solo se expresa en los términos Padre e Hijo, sino también en el de unigénito (Jn. 1:14, 18; 3:16, 18; He. 11:17; 1 Jn. 4:9). La generación del Hijo es un acto necesario y eterno de Dios, es decir, no pertenece al tiempo y, por tanto, no tiene principio. La eterna generación del Hijo se trata de una generación de subsistencia personal y no de la esencia divina del Hijo. Es aquel acto necesario y eterno de la Primera Persona de la Trinidad, por medio del cual, dentro del Ser divino está la base para una segunda subsistencia personal semejante a la misma del Padre, y pone a esta Segunda Persona en posesión de la completa esencia divina, sin ninguna división, enajenación o cambio. Jesús manifestó la capacidad personal para dar vida. Por tanto, si la Iglesia es el conjunto de salvos por gracia que han recibido del Mediador la vida eterna, tiene necesariamente que estar vinculada y unida tanto al Padre como al Hijo. El Resucitado puede comunicar vida conforme a Su promesa (Jn. 11:25-26). Todas las cosas son por el Padre, y todas son por medio del Hijo (1 Co. 8:6). De ahí que estén unidas en la introducción de la *Epístola*, tanto para la subsistencia de la Iglesia, como para la bendición de cada creyente. Ambas están unidas en acción y propósito. La Primera Persona es la causa absoluta de todo y la Segunda es la causa mediática (Jn. 1:3, 10; He. 1:2, 3). Jesús en la condición de Mediador único entre Dios y los hombres (1 Ti. 2:5), es también el comunicador de la vida. El propósito de Dios para que los que creen reciban la vida eterna se hace posible mediante la fe en el Hijo (Jn. 3:36; 1 Jn. 5:12). La vida que Jesús comunica a los creyentes y por tanto a la Iglesia es vida eterna definitiva. El creyente no verá ya la muerte (Jn. 8:51). La muerte física para el creyente no es entrar en *la muerte segunda*, sino acceder al disfrute de la vida sin muerte, de un futuro ilimitado. El modo de la comunicación de vida es por unión vital con Cristo, por la obra del Espíritu (1 Co. 12:13). Es en esa comunicación de vida que se produce una auténtica resurrección espiritual de los que creen (Ef. 2:6). En esta unión con Cristo, la vida eterna que se comunica consiste en la participación de la naturaleza divina (2 P. 1:4). Para ello Jesucristo es espíritu vivificante (1 Co. 15:45), esto es en el sentido de capacidad vivificante para los que están

en Él. Por la unión vital vienen a ser uno con Él. Dios el Viviente, se hace vivificante en Jesucristo. Siendo poseedor de la vida que tiene en Sí mismo (Jn. 1:4), comunica la vida a quien quiere (Jn. 5:21, 26; 6:57; 11:25, 26). De esta vida continuada Él es, no solo causa, sino también razón (Fil. 1:21). Es, por tanto, la consecuencia vivificadora en la fundación de la Iglesia. La vida de los cristianos no es su propia vida, sino la de Cristo. De otro modo, el Señor vive en ellos Su propia vida (Gá. 2:20). Por esta comunicación de vida la fundación de la Iglesia en Cristo y por Él, hacen posible que sea un santuario vivo (1 P. 2:4-5), piedras vivas por comunicación de la vida en Cristo.

cavri" uJmi`n kaiV eijrhvnh. Luego de la presentación y destinatarios, aparece el saludo, diferente según la alternativa de lectura que se use. Del Padre y del Señor Jesucristo llegan las bendiciones celestiales. Ambos anteceden al deseo de bendición en el versículo. Este es el saludo habitual del apóstol en sus escritos y una prueba más de la autoría de la *Espístola*.

El primer deseo de bendición descansa en la *gracia*. Es generalmente considerada como el favor inmerecido y espontáneo de Dios, la causa y base de la salvación (Ef. 2:8). Todo lo alcanzado en la experiencia de salvación y la salvación misma es solamente por la gracia de Dios. La gracia se anuncia como causa de la salvación en el mismo plan de redención, como el apóstol Pablo enseña: *“Quien nos salvó y llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos”* (2 Ti. 1:9). Es necesario enfatizar que todo cuanto tiene que ver con salvación procede absolutamente de Dios, como la Biblia enseña claramente: *“La salvación es de Jehová”* (Sal. 3:8; Jon. 2:9). El apóstol vincula la salvación con la gracia en todo el proceso desde la dotación del Salvador, el tiempo determinado para realizarla (Jn. 3:16; Gá. 4:4; 1 P. 1:18-20), pasando por la ejecución del sacrificio expiatorio por el pecado en la Cruz, luego el llamamiento a salvación, la regeneración espiritual y la glorificación final de los redimidos, está comprendido en un todo procedente de la gracia (Ro. 8:28-30). Cada paso en este proceso se debe enteramente a la gracia. Incluso la capacitación divina para salvación hace posible que el pecador desobediente por condición e hijo de ira por transgresión, incapaz de obedecer a cualquier demanda de Dios y mucho menos de entregarse personalmente en un acto de obediencia incondicional en el llamamiento divino a salvación, pueda llevarlo a cabo mediante la capacitación del Espíritu Santo (1 P. 1:2). El apóstol Pedro, en el versículo anterior, sitúa todo el proceso de salvación bajo la administración y ejecución de Dios, en un acto de

amor benevolente que no es sino una manifestación expresiva de la gracia. Los sufrimientos del Salvador son también la consecuencia de la gracia (He. 2:9). La irrupción de Dios en Cristo, en la historia humana, tiene un propósito de gracia: “*Para que por la gracia de Dios gustase la muerte por todos*” (He. 2:9). No hay duda que el escritor se está refiriendo a la obra sustitutoria de Cristo en la Cruz. La Cruz da expresión al eterno programa salvífico de Dios. En ella, el Cordero de Dios fue cargado con el pecado del mundo conforme a ese propósito eterno de redención (1 P. 1:18-20). Cuando subió a la Cruz lo hizo llevando sobre Sí el pecado del mundo (1 P. 2:24). En el texto griego se lee “*gustase la muerte por todo*”, lo que abre la dimensión no sólo de la redención del hombre, sino de la restauración de todas las cosas a Dios. La obra de Jesucristo es una manifestación de la gracia. Gracia es una de las expresiones del amor de Dios. Se ha procurado dar varias acepciones al término, pero, tal vez, la más gráfica sea definir la gracia como el *amor en descenso*. Cada vez que se habla de gracia hay un entorno de descenso de Dios al encuentro del hombre en sus necesidades. Con el Verbo vino la gracia en plenitud (Jn. 1:17), y con ella el descenso del Hijo a la experiencia de limitación en la carne (Jn. 1:14). En otro lugar y como ejemplo, el apóstol Pablo habla de gracia con estas palabras: “*Ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico*” (2 Co. 8:9). La idea de descenso, de anonadamiento, de desprendimiento, rodea a la palabra gracia y no cabe duda que la gracia, como único medio de salvación, procede de Dios mismo y surge del corazón divino hacia el pecador, en el momento de establecer el plan de redención (2 Ti. 1:9). En razón de la gracia, Dios se hace encuentro con el hombre en Cristo, para que los hombres, sin derecho a ser amados, lo sean por la benevolencia de Dios, con un amor incondicional y de entrega. Dios en Cristo se entrega a la muerte por todos nosotros, para que nosotros, esclavos y herederos de muerte eterna, a causa de nuestro pecado, podamos alcanzar en Él la vida eterna por medio de la fe, siendo justificados por la obra de la Cruz (Ro. 5:1). La gracia en la esfera de la salvación adquiere tres momentos: Primero en el génesis de la gracia, que se produce en la eternidad, antes de la creación del mundo. En ese fluir de la gracia, que es amor orientado al desposeído y perdido, no está presente el destinatario de ella, que es el hombre, por lo que en espera del tiempo de los hombres, Dios deposita todo el infinito recurso de la gracia para salvación, en la Persona del Salvador, que, como Mediador entre Dios y los hombres (1 Ti. 2:5), manifiesta y otorga la gracia salvadora en la historia de los hombres, desde la caída en el pecado de nuestros primeros padres. Esa gracia se manifiesta en la Persona del Salvador cuando encarnándose viene al mundo con misión salvadora. El mismo hecho de la encarnación es la primera consecuencia operativa de la gracia para

salvación. La revelación de Dios a la humanidad tiene lugar mediante la manifestación de Dios en humanidad. El Verbo de Dios crea, como Creador absoluto de cuanto existe, una naturaleza humana, en unidad de acción con el Padre, que le apropia de cuerpo (He. 10:5) y con el Espíritu que lleva a cabo la operación de concepción de esa naturaleza (Lc. 1:35), y esa naturaleza creada es asumida por el mismo Creador, que es el Verbo, que también la personaliza, para que pueda producirse con ella y en ella, el definitivo encuentro de Dios con el hombre y del hombre con Dios. El hombre Jesús, que es Hijo consustancial con el Padre, se hace para siempre lugar de encuentro y de disfrute de la vida de Dios por el hombre. Eternamente la visión de Dios se llevará a cabo en la visión del Hijo de Dios encarnado, que hace visible al Invisible. El hombre creyente queda definitivamente establecido en el Hijo y, por tanto, afinado en Dios para disfrutar de la vida eterna que es la divina naturaleza (2 P. 1:4). Esa gracia salvadora se hace realidad y expresión en el hecho de que por ella, el Hijo *“gustase la muerte por todos”*. En segundo lugar la gracia salvadora es también la *gracia santificadora*. El hombre se salva sólo por gracia mediante la fe (Ef. 2:8-9), quiere decir esto, que solo la gracia y la instrumentalidad de la fe, hacen posibles la vida cristiana en la esfera de la salvación experimental en el tiempo presente, que es la santificación. Hay cristianos que se salvan por gracia, pero quieren santificarse por obras personales en su propio esfuerzo. Solo la gracia, operando en el creyente hace posible el cumplimiento de las demandas de la vida de santificación. Es Dios, mediante Su gracia, quien opera el querer y el hacer por su buena voluntad (Fil. 2:13). La gracia en salvación es una manifestación temporal del fluir eterno desde Dios mismo, antes de toda creación (2 Ti. 1:9). Esa misma gracia es, como se indica antes, la razón del sacrificio de Jesús (2 Co. 8:9). La esfera del servicio y vida del cristiano procede de la gracia y se sustenta en ella (1 Co. 15:10).

El segundo elemento de la salutación que es un marcado deseo de bendición, es *eijrhvnh*, *paz*. La gracia es la causa y razón suprema de todo bien, de la que también mana la paz para el disfrute y experiencia de la vida cristiana. De otro modo: la gracia es la fuente y la paz el resultado de los dones y bendiciones que manan de ella.

Como escribe el Dr. Hendriksen:

“Esta paz es la sonrisa de Dios que se refleja en el corazón de los redimidos, la seguridad de la reconciliación mediante la sangre de Cristo, y la auténtica integridad y prosperidad espiritual. Es la gran bendición que Cristo otorga a la iglesia mediante su sacrificio”

*expiatorio (Jn. 14:27), y que sobrepasa a todo entendimiento (Fil. 4:7)”*⁷.

La paz fue el admirable regalo que Jesús dejó a los suyos y, por extensión, a todos los salvos, durante la última cena (Jn. 14:27). La paz allí adquiere dos sentidos: 1) El de *relación*, en el cual Jesús asegura que ha dejado *hecha* la paz con Dios; aquel estado de enemistad propio del pecado, quedó cancelado en la obra de reconciliación. 2) El de *experiencia*, ya que el Señor llama a vivir *su propia paz*, la que como hombre experimentaba en medio del conflicto de la última noche. La paz de Dios inunda el corazón del salvo mediante la acción del Espíritu que la produce en él (Gá. 5:22; Fil. 4:7). De ahí que se demande solemnemente que cada cristiano se aplique a la conservación de la unidad corporativa en Cristo “*en el vínculo de la paz*” (Ef. 4:3). La salvación, por medio de la regeneración, convierte a los creyentes en *pacificadores*, que los hace bienaventurados y les permite manifestar la condición de hijos de Dios: “*Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios*” (Mt. 5:9). En el mundo podrán encontrarse los que excepcionalmente son personas pacíficas. Esto es, los que huyen de los conflictos, los que nunca entablarían un pleito con nadie, los enemigos de las guerras y de las disputas. Este es el concepto que la sociedad suele tener de lo que es ser un *pacificador*. Sin embargo, el pacificador es aquel que *vive la paz* y, por tanto, la busca insistentemente. Es el que procura y promueve la paz. Paz en el concepto bíblico tiene que ver con una correcta relación con Dios. El que ha sido justificado por medio de la fe, está en plena armonía con Dios y siente la realidad de una paz perfecta que sustituye a la relación de enemistad anterior a causa del pecado (Ro. 5:1). El Señor vino al mundo con el propósito de *matar las enemistades* y anunciar las *buenas nuevas de paz* (Ef. 2:16-17). La demanda para el creyente en una vida de vinculación con Jesús, no puede ser otra que su mismo sentir (Fil. 2:5). Por tanto, la paz es una consecuencia y una experiencia de la unión vital con Cristo. La identificación con Él convierte al creyente en algo más que un pacífico, lo hace un *pacificador*. Esto es la forma natural de quien vive la vida que procede del Dios de paz (1 Co. 14:33). El desarrollo visible de su testimonio discurre por una senda de paz, por cuanto sus pies han sido calzados con el apresto del evangelio de paz (Ef. 6:15). La santificación adquiere la dimensión de la vida de paz, por cuanto es una operación del Dios de paz (5:23). No se trata de aspectos religiosos o de teología intelectual, sino de una experiencia vivencial y cotidiana, que se expresa en muchas formas y hace visible en ellas esa

⁷ G. Hendriksen. *Efesios* Editorial Subcomisión Literatura Cristiana de la Iglesia Reformada. Grand Rapids, 1984, pág. 75.

realidad. El pacificador manifiesta esa condición porque anhela la paz con todos los hombres. Hace todo cuanto le sea posible por estar en paz con todos (Ro. 12:18); siente la profunda necesidad de *seguir* la paz (He. 12:14). El *pacificador* anhela predicar a todos el Evangelio de la paz (Ef. 6:15); siente que Dios le ha encomendado anunciar a todos la paz que Él hizo en la Cruz, y procura llevarlo a cabo (2 Co. 5:20). Modela su vida conforme al Príncipe de paz que busca a los perdidos (Lc. 19:10); y restaura al que ha caído, ensuciando parcialmente su vida espiritual (Jn. 13:12). Eso los hace "*bienaventurados*" porque solo ellos pueden ser "*llamados hijos de Dios*". Un título de honor superior a cualquier otro. Dios reconoce a todo el que cree en el Hijo, como hijo suyo (Jn. 1:12). Pero, a estos a quienes Dios reconoce como sus hijos, el mundo debe *conocerlos*, por su conducta pacificadora que expresa la participación en la divina naturaleza, como hijos del Dios de paz (2 P. 1:4). Quienes los observan deben descubrir en ellos el carácter del Dios de paz (1 Jn. 4:17b). Éstos, que experimentan en ellos la nueva vida de que fueron dotados en la regeneración, buscan y viven lo que Dios hizo en ellos, esto es, la verdadera paz. Son creyentes que tal vez hablan poco de paz, pero viven esa experiencia. No son conflictivos, buscando agradarse a ellos mismos, sino que son capaces de renunciar a sus derechos con tal de mantener la paz. No transigen con el pecado, pero buscan al que ha caído para restaurarlo a la comunión con el Príncipe de paz. La paz de Dios se ha hecho vida en ellos, gozándose en esa admirable experiencia. No hay dificultad ni problema que logre inquietarlos en su vida cristiana, por tanto, al no estar ellos inquietos, no son medio para inquietar a otros, sino todo lo contrario. El que ha experimentado la realidad de la paz de Dios en su vida es un *pacificador*. Si no procura la paz y la sigue, debe preguntarse si ha tenido alguna experiencia personal con el Dios de paz. La diferencia entre un cristiano normal y un pacificador es que el primero suele hablar de Dios y su obra de paz, el segundo vive al Dios de paz de tal modo que no necesita palabras para hablar de ella.

El deseo tanto de la *gracia* como de la *paz*, son orientados hacia los creyentes: "*gracia a vosotros y paz*". Significa esto que el deseo de bendición es para cada uno de los creyentes de la iglesia en Tesalónica. Sin duda, aunque el versículo no termine en los mejores textos griegos reiterando los nombres del Padre y del Señor Jesucristo, es evidente que siendo las dos Personas Divinas, la razón, causa y sustentación de la iglesia, es también de los dos el origen de cada bendición, de las que son objeto todos los creyentes. Es cierto que individualmente cada cristiano es objeto de ciertas bendiciones conforme al conocimiento de Dios, pero, no es menos cierto que es la Iglesia en general el objeto de las bendiciones divinas, de otro modo, Dios bendice a la Iglesia

bendiciendo a los creyentes. El apóstol no hace distinción entre unos y otros, él desea que la gracia y la paz sean *a vosotros*, es decir, a cada uno sin excepción.

Acción de gracias (1:2-10).

Gratitud por las virtudes de la iglesia (1:2-3).

2. Damos siempre gracias a Dios por todos vosotros, haciendo memoria de vosotros en nuestras oraciones.

Eujcaristou`men tw` / Qew` / pavntote periV pavntwn
uJmw`n mneivan¹

Damos gracias - a Dios siempre por todos vosotros mención
poiouvmenoi ejpiV tw`n proseucw`n hJmw`n,
ajdialeivptw"

haciendo en las oraciones de nosotros sin cesar.

Notas y análisis del texto griego.

Introduciendo el primer párrafo, escribe: Eujcaristou`men, primera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo eujcaristevw, *dar gracias*, aquí *damos gracias*; tw` /, caso dativo masculino singular del artículo determinado *el*; Qew` /, caso dativo masculino singular del nombre divino declinado *a Dios*; pavntote, adverbio de tiempo *siempre*; periV, preposición propia de genitivo *acerca de, por*; pavntwn, caso genitivo masculino plural del adjetivo indefinido *todos*; uJmw`n, caso genitivo de la tercera persona plural del pronombre personal *vosotros*; mneivan, caso acusativo masculino singular del nombre común *mención, recuerdo*; poiouvmenoi, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz media del verbo poievw, *hacer, producir*, aquí *haciendo*; ejpiV, preposición propia de genitivo *en*; tw`n, caso genitivo femenino plural del artículo determinado *las*; proseucw`n, caso genitivo femenino plural del nombre común *ruegos, oraciones*; hJmw`n, caso genitivo de la primera persona plural del pronombre personal declinado *de nosotros*; ajdialeivptw", adverbio de modo *continuamente, sin cesar*.

Crítica Textual. Lecturas alternativas.

¹ mneivan poiouvmenoi, *mención haciendo*, lectura atestiguada en **a***, A, B, I, 0278, 6, 33, 81, 323, 1739, 1881, m, vgst.

mneivan uJmw`n poiouvmenoi, *mención de vosotros haciendo*, según **a**², C, D, F, G, K, L, P, Y, 104, 365, 630, 1175, 1241, 1505, 2464, **W**, it, vg^{cl, ww}, sir, Ambrosiaster.

Eujcaristou`men tw` / Qew` / pavntote. La entrada a la temática de la *Epístola* se hace por medio de una referencia a la oración de intercesión que el apóstol y sus colaboradores hacen a favor de los creyentes en Tesalónica. El equipo misionero practicaba la oración. No cabe duda que cada uno de los componentes lo hacía en forma individual, pero el versículo hace referencia más bien a una oración conjunta. En ellas se hacía mención de los creyentes para expresar gratitud por ellos delante de Dios. Aquella iglesia establecida en Tesalónica era el resultado, no tanto del esfuerzo personal de los que predicaron el evangelio, sino de la gracia de Dios en la salvación de muchos en aquel lugar. El verbo *eujcaristevw*, *dar gracias, agradecer*, está en tiempo presente lo que indica una acción continuada. Los que aparecen en la presentación oran *siempre*, como algo habitual por los creyentes en Tesalónica, como si dijese: *estamos dando gracias continuamente*. Es notable observar la práctica de la oración del apóstol y sus colaboradores, como se hace notar en sus escritos y en Hechos. Lo primordial para el apóstol era glorificar, *dar gracias*, a Dios de quien es la obra de establecimiento de la iglesia, que es también el objeto de confianza del apóstol.

periV pavntwn uJmw`n mneivan poiouvmenoi. La oración se hacía *por todos*, la preposición permite entender que la oración era *a favor*, o *en pro* de todos, y también *por todos*. En el primer sentido el apóstol y sus colaboradores agradecían a Dios e intercedían por todos los creyentes. ¿Mencionarían el nombre de cada uno de ellos?, pudiera ser, pero no es necesario que así fuese, sin embargo en ese sentido se manifiesta una expresión de gratitud por todos. El apóstol enseña que *debemos ser agradecidos*, en el sentido de *haced acciones de gracias*. La acción de gracias es la expresión de reconocimiento por las bendiciones recibidas. Allí en la distancia estaba la iglesia en Tesalónica que manifestaba una bendición de Dios en la salvación de los pecadores. Aquello procedía benéficamente de Dios, y todas estas manifestaciones de la gracia superan cualquier dimensión que pudiera desearse. Esa acción de gracias no se detenía, como se aprecia en el anterior adverbio de tiempo *siempre*. La expresión *mneivan poiouvmenoi*, *mención haciendo*, indica que la oración no era genérica, sino específica. Delante de Dios se daban gracias por motivos concretos, especialmente por los hermanos, por el establecimiento de la iglesia, por la firmeza de los creyentes. Era una

oración intercesora que llevaba la carga espiritual que el grupo sentía por los hermanos en Tesalónica, expresando primero gratitud por ellos y luego intercediendo ante el trono de gracia por sus necesidades.

ejpiV tw`n proseucw`n hJmw`n, ajdialeivptw". La oración era continua, es decir, era la práctica habitual de todos ellos, de otro modo, la intercesión por los creyentes era constante. Cada vez que oraban se acordaban de ellos. Intercedían por todos los creyentes que formaban la iglesia en Tesalónica. Los cristianos estamos enfrentados en la lucha contra las fuerzas de maldad, y los recursos para la victoria están en la oración. Las fuerzas provienen de Dios y el creyente busca el recurso de poder mediante la oración de dependencia. Es Dios que, no solo da fuerzas, sino que esfuerza el creyente: *"Él da esfuerzo al cansado, y multiplica las fuerzas al que no tiene ningunas"* (Is. 40:29). La fortaleza nace del poder de Dios que actúa en el creyente, porque *"Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad"* (Fil. 2:13). La matemática divina es asombrosamente contraria a la humana; en la humana cualquier cantidad multiplicada por cero se convierte en cero, pero Dios multiplica el *cero* del hombre, de las fuerzas propias del creyente poniendo la suya en donde no hay ya ningunas para conducirnos a la victoria. Ésta se alcanza mediante el recurso de la oración de fe. Ante las fuerzas espirituales que luchan contra el creyente, las individuales y propias de cada uno son un fracaso, a no ser que actúe en todo la fuerza de Dios (Zac. 4:6). El apóstol y los suyos no abandonan la oración intercesora para que Dios sostenga a los fieles en donde se encuentren y les de firmeza en el conflicto en que puedan estar. La oración continua debe ser una oración de súplica. Cualquier asunto de la vida cristiana puede y debe tratarse en oración, mucho más cuando se busque la protección y bendición divinas sobre la iglesia. Para algunos la oración es el recurso al que hay que acudir en momentos de grandes dificultades, para el apóstol es asunto de intercesión continuada, pidiendo por asuntos concretos. El que se llama a sí mismo *imitador* de Cristo, lo está haciendo también en el tema de la oración intercesora por los creyentes. Jesús intercedía al Padre pidiendo asuntos concretos para ellos: *"yo ruego por ellos"...* *"guárdalos en tu nombre, para que sean uno"...* *"guárdalos del mal"...* *santifícalos en tu verdad"* (Jn. 17:9, 11, 15, 17). La oración de Cristo se extendía a todos los creyentes: *"No solo por estos, sino por los que han de creer en mí por la palabra de ellos"* (Jn. 17:20). El mismo Señor usó una parábola para enseñar a los suyos sobre la necesidad de orar siempre sin desmayar (Lc. 18:1). El ejemplo de Pablo, siguiendo las pisadas del Maestro, es también un ejemplo de oración, abriendo la mayor parte de sus escritos recordando su compromiso de orar a favor de los destinatarios (cf. 1 Co. 1:4; Ef. 1:16; Fil. 1:3-4; Col. 1:3; 2 Ts.

1:3; Flm. 4). El creyente debe orar porque Dios mismo lo demanda (Jer. 33:3), siendo un mandamiento con promesa (Jer. 29:12). La oración debe hacerse continuamente *ajdialeivptw*", *sin cesar*, esto exige que el creyente mantenga una relación de comunión con el Padre que le permita estar en contacto dialogante con Él en cada momento y en todo lugar. No es preciso buscar un determinado lugar y adoptar una forma concreta para orar, porque se trata de la conversación propia y natural que un hijo mantiene con su Padre. Pablo oraba siempre, como el mismo dice *de día y de noche* por los santos (3:10). La noche en la cárcel cuando él y su compañero Silas habían sido arrestados, aprovechaban el tiempo para orar (Hch. 16:25). Esta oración intercesora *por todos vosotros*, es necesariamente una oración de dependencia. No es una exigencia sino un ruego ante Dios, buscando el oportuno socorro para el tiempo de necesidad y los conflictos que los tesalonicenses podrían estar afrontando y los que afrontarían más adelante. El apóstol conocía el compromiso divino: "*Clama a mí, y yo te responderé*" (Jer. 33:3). Las oraciones que se hacen en forma ritual, acomodadas a las formas y costumbres de quienes oran, o a las instrucciones recibidas para orar, pocas veces tendrán respuesta. La oración que *intercede y clama*, la que vierte el alma delante del Señor, la que va acompañada del reconocimiento de la inutilidad personal para alcanzar la victoria por sí mismo, la que levanta manos limpias pero vacías de poder pidiendo la ayuda divina, es la que recibe la respuesta poderosa de Dios. Entrar al trono de gracia para hallar el socorro oportuno requiere revestirse de humildad, aunque siempre se debe hacer con confianza: "*Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro*" (He. 4:16). Los recursos que los creyentes necesitamos no están lejos de nosotros, es suficiente para obtenerlos acercarse al trono de gracia. Esta aproximación a la fuente de la provisión divina debe hacerse con *confianza*, ya que no hay impedimento alguno para que el creyente acceda a esa posición. Antes el trono de Dios era un trono de ira a causa del pecado, pero, cargado éste sobre Jesús, nuestro Sumo Sacerdote, y extinguida la responsabilidad penal del pecado, se convierte para nosotros en un trono de gracia, de modo que no existe ya razón de temor porque "*no hay condenación para los que estamos en Cristo Jesús*" (Ro. 8:1). El resultado para el creyente que se acerca al trono de Dios es "*alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro*" (He. 4:16). Desde ese trono se manifiesta el amor en misericordia, como expresión compasiva hacia la limitación humana y sus miserias. De otro modo, el auxilio de Dios es poderoso porque en él está empeñada la gracia, y es oportuno porque llega en el momento necesario.

3. Acordándonos sin cesar delante del Dios y Padre nuestro de la obra de vuestra fe, del trabajo de vuestro amor y de vuestra constancia en la esperanza en nuestro Señor Jesucristo.

mnhmoneuvonte" uJmw`n tou` e[rgou th`" pivstew"
kaiV tou` kovpou

Acordándonos de vosotros de las obras de la fe y del trabajo
th`" ajgavph" kaiV th`" uJpomoh`" th`" ejlpivdo" tou`
Kurivou hJmw`n

del amor y de la paciencia de la esperanza del Señor de nosotros
jlhsou` Cristou` e[mprosqen tou` Qeou` kaiV PatroV"
hJmw`n,

Jesucristo delante de el Dios y Padre de nosotros.

Notas y análisis del texto griego.

Siguiendo con la introducción, escribe: *mnhmoneuvonte*", caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo *nmhmoneuvw*, *acordarse, recordar*, aquí *acordándonos*; *uJmw`n*, caso genitivo de la segunda persona plural del pronombre personal declinado *de vosotros*; *tou`*, caso genitivo neutro plural del artículo determinado declinado *de los*; *e[rgou*, caso genitivo neutro plural del nombre común *acción, ocupación, trabajo, actividad*; *th`"*, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; *pivstew*", caso genitivo femenino singular del nombre común *fe*; *kaiV*, conjunción copulativa *y*; *tou`*, caso genitivo masculino singular del artículo determinado declinado *del*; *kovpou*, caso genitivo masculino singular del nombre común *trabajo, labor, fatiga, molestia*; *th`"*, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; *ajgavph*", caso genitivo femenino singular del nombre común *amor*; *kaiV*, conjunción copulativa *y*; *th`"*, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; *uJpomoh`"*, caso genitivo femenino singular del nombre común *paciencia*; *th`"*, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; *ejlpivdo*", caso genitivo femenino singular del nombre común *esperanza*; *tou`*, caso genitivo masculino singular del artículo determinado declinado *del*; *Kurivou*, caso genitivo masculino singular del nombre divino *Señor*; *hJmw`n*, caso genitivo de la primera persona plural del pronombre personal declinado *de nosotros*; *jlhsou`*, caso genitivo masculino singular del nombre propio *Jesús*; *Cristou`*, caso genitivo masculino singular del nombre propio *Cristo*; *e[mprosqen*, preposición formada por las preposiciones *ejn* y *prov*ς, reforzadas por la partícula de dirección *qen*, *delante de, adelante, al frente de*; *tou`*, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*; *Qeou`*,

caso genitivo masculino singular del nombre divino *Dios*; kaiV, conjunción copulativa y; PatroV", caso genitivo masculino singular del título divino *Padre*; hJmw`n, caso genitivo de la primera persona plural del pronombre personal declinado *de nosotros*.

mnhmoneuvonte" uJmw`n. Las oraciones del apóstol y de sus colaboradores se elevan con el recuerdo de lo que es la vida cristiana de los creyentes en Tesalónica. Las tres *virtudes teologales*, fe, esperanza y amor, están presentes en el recuerdo que quienes habían trabajado entre los creyentes tesalonicenses. Eran personas en quienes se manifestaban la fe, la esperanza y el amor. Esa es una de las razones por las que la gratitud hacia Dios se manifestaba en la oración. Al utilizar el pronombre personal *vosotros*, está incluyendo a todos los creyentes de la iglesia en Tesalónica.

tou` e[rgou th`" pivstew". La primera manifestación clara del nuevo nacimiento es *el trabajo de fe*. Debe entenderse que la fe estaba haciéndose visible mediante el trabajo, es decir, la fe estaba orientando las vidas de aquellos cristianos a acciones que la evidenciaban. Santiago enseña que "*la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma*" (Stg. 2:17). Es decir, que la fe que no está produciendo obras propias de quien ha sido regenerado por el Espíritu, no es una fe viva, sino que está muerta en sí misma. La fe intelectual o mental es una fe vacía de contenido operante, que se disfraza para dar la apariencia de una verdadera fe. Los tesalonicenses no hablaban de fe, vivían la fe que se hacía visible en el trabajo que llevaban a cabo. El término e[rgou, *trabajo*, define una acción determinada, una ocupación personal. La fe que no tiene obras, que no fructifica no es más que una fe muerta. La obra de la fe no es otra cosa que la manifestación visible de la vida de Cristo en el cristiano. Ser cristiano no es hablar de Cristo, ni defender las verdades sobre Cristo, aunque sin duda lo contiene, sino *vivir a Cristo* (Fil. 1:21). Por medio de la fe que vincula la vida cristiana con el Señor en plena dependencia, el creyente, bajo el poder del Espíritu que reproduce a Cristo en él, puede hacer obras conforme a la voluntad de Dios. Esas obras estaban ya destinadas de antemano para que fuesen el estilo de vida cristiana. El nuevo nacimiento lleva consigo la dotación de una nueva forma de vida que se produce en Cristo Jesús. Es creación porque el hombre no puede hacer nada para conseguirlo como tampoco pudo hacer personalmente nada para el nacimiento natural. Esta nueva creación dotada de nueva vida, que es vida eterna, se opera por Dios en Cristo Jesús, de quien toma vida ya que en Él estaba la vida (Jn. 1:4). La vida recibida es la vida eterna, la participación en la divina naturaleza (2 P. 1:4). Por tanto esa nueva vida tiene una nueva manifestación en un obrar distinto. El creyente es *hechura suya*, esto es obra de Dios. De ahí que el

objetivo para el tiempo actual sea *vivir en buenas obras*, es decir, el *buen obrar* es el estilo de vida que surge al caminar en las pisadas de Jesús, que "*anduvo haciendo bienes*" (Hch. 10:38). Es claro que la salvación no es por obras, pero no es menos cierto que es *para obras*. De manera que los tesalonicenses como salvos por gracia mediante la instrumentalidad de la fe, estaban en el camino de la vinculación con Cristo, por tanto, en el camino de la ejecución de obras, que surgen de la dinámica de la verdadera fe. El buen obrar es una forma visible de manifestar la santidad del llamamiento celestial a que los cristianos son llamados. La fe que impulsa el correcto obrar, en tantos aspectos y dimensiones, hace visible la grandeza de la gracia que por el Espíritu transforma al hombre. Este *trabajo* de fe ha sido establecido de antemano por Dios, no tanto para *hacer*, sino para *andar*, esto es, para que sea el estilo de vida propio del que ha nacido de nuevo. El apóstol Pablo y sus compañeros de ministerio, dedican tiempo a la oración y cuando lo hacen, acordándose de los tesalonicenses, dan gracias y glorifican a Dios por esta primera manifestación de realidad de vida en Cristo: "*el trabajo de vuestra fe*".

kaiv tou` kovpou th`" ajgavph". Vivir en la fe exige también *vivir en el amor*. Pablo utiliza aquí para referirse al *trabajo*, el término kovpou, que se usa para referirse a un trabajo *fatigoso* o *molesto*. Dando la impresión de que el trabajo hecho con amor no fue algo fácil, sino una actividad dura, cansadora y difícil. No cabe duda que por los versículos que siguen (vv. 8-10), la tarea de amor fue especialmente la proclamación del evangelio por todo el entorno de la ciudad, alcanzando a muchos y extendiéndose a distintos lugares. El amor es el motor de toda acción dirigida a otros. El mismo apóstol enseñará a los corintios que si alguien tiene dones e incluso generosidad para entregar todo cuanto tiene y aún el mismo, pero no tiene amor "*viene a ser como metal que resuena, o címbalo que retiñe*" (1 Co. 13:1). El amor es el distintivo natural de la Iglesia, como hace notar el Señor: "*Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros*" (Jn. 13:34-35). Generalmente un trabajo arduo produce cansancio y con él llega el desaliento, pero la presencia del Espíritu de Dios en el creyente satura de amor el corazón para darle el estímulo que necesita para seguir adelante. El amor del creyente tiene dos direcciones, la primera hacia Dios, amándole como dador de todo bien, como Salvador, como esperanza, como ayudador; pero también dirigido hacia quienes son objetos de Su amor, la iglesia y el mundo que se pierde. Es claro que el amor que genera el *trabajo*, y que soporta en medio de las dificultades, no es el humano, por elevado que sea, sino el divino derramado en el corazón del cristiano por el Espíritu Santo que le ha sido dado (Ro. 5:5). "*Dios es amor*", dice el apóstol Juan (1 Jn. 4:8, 16). El

amor es uno de los atributos comunicables de la deidad. El Ser divino en las tres Personas, es amor, por tanto, el amor de Dios está en la vida comunicable de la tercera Persona de la Deidad, que con Su presencia en el cristiano, le satura del amor divino, a fin de que pueda vivir el distintivo esencial que lo caracteriza como cristiano, que es el amor. La provisión de amor no es pobre, sino abundantísima, para satisfacer sobradamente al creyente. El amor es lo que da sentido a la obra que el creyente hace. Muchas veces el cristiano considera que ha sido puesto en el mundo para *testificar* de Cristo, *predicar* el evangelio, *enseñar* la Palabra y *defender* la fe. Sin duda todo esto es necesario, pero esencialmente el cristiano no puede ser de *testimonio*, ni puede proclamar un evangelio *eficaz*, ni enseñar la Palabra para *edificar*, ni defender la verdad si no ama entrañablemente, puesto que todo cuanto tiene que ver con vida cristiana tiene que ver con amor. En el tribunal de Cristo, cuando comparezcamos para dar cuenta de lo que hicimos con el cuerpo, la pregunta no será *¿cuánto hiciste?* sino esencialmente *¿cuánto amaste?* Porque todo cuanto sea hecho sin amor será eliminado y no servirá para glorificar a Dios. Muchos levantan un altar a la doctrina y quemán en ese altar el amor. El amor es el cumplimiento de la ley (Ro. 13:10). Los objetivos del amor divino son el mundo entero (Jn. 3:16), de modo que quien está lleno del amor de Dios sentirá el celo misionero e interés por los perdidos para llevarles el mensaje de salvación como había hecho Jesús. Un segundo grupo de destinatarios del amor es la Iglesia de Cristo (Ef. 5:25); de ahí que el creyente pueda amar a sus hermanos sin distinción alguna (1 Jn. 3:16-17); el amor es la evidencia del nuevo nacimiento (1 Jn. 3:14). El amor cristiano hace persistente el amar en toda circunstancia (1 Co. 13:4). Es un amor *sufrido*, paciente, magnánimo, capaz de soportar con paciencia las injusticias y los males que recibe (Pr. 10:12), incapaz de albergar resentimiento alguno, soporta la provocación, no exige derechos, sabe aguantar una ofensa sin resentirse por ello. El amor es también *benigno*, que significa usar de gentileza o amabilidad. Podría definirse como el *amor servicial*, de ahí que el apóstol diga que los tesalonicenses trabajaron arduamente por amor. El creyente actuará así al impulso del amor divino (Gá. 6:9-10; 2 Ts. 3:13; He. 13:16). Un amor desinteresado es aquel que *no tiene envidia*, que no siente celos por el progreso del otro, que se goza en que otros lleguen a tener los mejores dones y las mayores capacidades. Es la posición que hace sentir con gozo el bien de los hermanos (1 Co. 12:26). Ese amor que impulsa al trabajo es también humilde, *no jactancioso*. Es lo que permite expresar la mansedumbre y la humildad de corazón, como era el carácter del Señor (Mt. 11:29). Un trabajo arduo, difícil, pudiera llevar al orgullo luego de ver el alcance del mismo, pero el *amor no se envanece*. El engréido es propenso a alabarse a sí mismo y a buscar la alabanza que puedan darle otros (Lc. 18:11). El envanecimiento es contrario al amor porque deja de amar a otros para amarse a sí mismo. Ningún trabajo podrá prosperar en un

amor interesado y arrogante, porque *Dios resiste a los soberbios* (Stg. 4:6). Nadie que viva movido por el amor divino *buscará lo suyo*, sino que piensa en el interés de los otros (1 Co. 10:24; Fil. 2:21). El ejemplo supremo del amor que obra en esa dirección es el Señor mismo, quien teniendo todos los derechos renunció a lo que le correspondía para entregarse a Él mismo en sacrificio por nuestros pecados (Fil. 2:5-8). Los tesalonicenses estaban sujetos a dificultades e incluso a persecuciones por extender el evangelio, en esas circunstancias en el corazón humano se genera un sentimiento contra el ofensor que genera rencor. El verdadero amor no tiene en cuenta el mal recibido. Esto es lo que movió a Dios a llevar a cabo la reconciliación (2 Co. 5:19). Aquella iglesia no tenía en cuenta el sufrimiento, porque el verdadero amor *todo lo sufre*, o tal vez mejor, *todo lo excusa*. Está siempre dispuesto a disculpar las faltas ajenas. Además *todo lo espera*, en el sentido de que confía en que las personas serán alcanzadas para Cristo y se producirá en ellas el nuevo nacimiento, por tanto, en razón a esa esperanza, *todo lo soporta*, en una manifestación perseverante el amor divino. Es más que un estado paciente, es la paciencia activa que lleva a compartir la carga, ayudando a otros. Pone el hombro bajo la carga aún en las circunstancias más difíciles y adversas. Pablo da gracias a Dios por un amor que impulsa a una vida activa de trabajo arduo, difícil y penoso, siguiendo el ejemplo de Jesús.

kaiV th`" uJpomnh`" th`" ejlpivdo" tou` Kurivou hJmw`n jlhsou` Cristou`. La tercera virtud es la *esperanza*, vinculada también como las otras dos a una expresión determinada: *constancia en la esperanza*. El término uJpomnh`", tiene que ver con *ánimo largo*, esto es, no solo quiere decir la capacidad de aguantar en medio de una prueba, sino de hacerlo positivamente, viviendo la fortaleza cristiana de quien sigue al Señor y cumple el ministerio de su carrera a pesar de los obstáculos que surjan en ella. El escritor a los Hebreos exhorta, no a la pasividad, sino a correr con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe (He. 12:1-2). La constancia de los tesalonicenses era impulsada por la razón de la misma que es literalmente *nuestro Señor Jesucristo*. Esta es la verdadera esperanza cristiana y es la misma en cada uno de los creyentes. Es cierto que está vinculada con promesas y acontecimientos escatológicos. No cabe duda que uno de los elementos de la esperanza, que contaría mucho con la experiencia de los tesalonicenses en medio de las dificultades con que eran confrontados, es el *recogimiento de la Iglesia* para estar siempre con el Señor (4:17). El cristiano está llamado a esperar al Señor que vendrá a buscar a los suyos para llevarlos al lugar que prepara para nosotros (Jn. 14:1-4). Por otro lado, la esperanza descansa también en la herencia eterna de Dios que corresponde a Cristo y que está reservada para nosotros (1 P.

1:4) y la esperanza segura del disfrute eterno de esa herencia descansa en que también los herederos somos guardados por el poder de Dios (1 P. 1:5). Sin embargo, el Señor no vinculó la esperanza con cosas que vendrán, sino con su propia Persona: “*os tomaré a mí mismo*” (Jn. 14:3). Eso traerá como consecuencia las glorias del lugar que Él prepara y la bendición del disfrute de la herencia eterna. La realidad de la dimensión verdadera de la esperanza es que el creyente no vive esperando *cosas*, sino esperando al Señor. Él se convierte en esperanza para cada uno de los cristianos, por tanto, el mismo apóstol dice: “*Cristo es, en vosotros, esperanza de gloria*” (Col. 1:27). El gran misterio de la esperanza es Cristo mismo habitando en el creyente. El hecho mismo de que los fieles sean miembros del cuerpo de Cristo, hace que la vida ya gloriosa de Cristo, circule por ese cuerpo y por cada uno de los miembros, de manera que lo que ya es la Cabeza, como realidad consumada, lo será un día en cada uno de los miembros (comp. con Ef. 4:13; 1 Ti. 1:1). La presencia de Cristo y su promesa es ya esperanza de gloria. La seguridad de la esperanza está vinculada con Jesús, de modo que como Él es la resurrección y la vida, el que cree, porque vive en Él y en Él ha resucitado ya espiritualmente de los muertos, vivirá eternamente con Él en la resurrección futura (Jn. 11:25-26). Hay esperanza firme porque quien tiene al Hijo tiene la vida (1 Jn. 5:12). De ahí que el apóstol vincule la esperanza al Señor Jesucristo: “*vuestra constancia en la esperanza en nuestro Señor Jesucristo*”, o si se prefiere mejor, *de nuestro Señor Jesucristo*. La esperanza contempla la firme seguridad de la presentación ante su gloria (Col. 1:22, 28), por tanto, la esperanza es Cristo mismo y la esperanza de gloria está unida a Él (Ro. 5:2; 8:18-23; 1 Co. 15:12 ss.; Fil. 3:20, 21; Col. 3:4, 24; 1 Ts. 2:19; 3:13; 4:13-17; 2 Ts. 1:10; 2 Ti. 1:12; 4:8; Tit. 2:13). Esta es la tercera de las virtudes que Pablo destaca en los tesalonicenses y por la que da gracias al Señor haciendo mención de ellos en sus oraciones.

e[mprosqen tou` Qeou` kaiV PatroV" hJmw`n. Por todo lo que hace notar en el versículo el apóstol lleva en su oración a todos los creyentes en Tesalónica. Todas las bendiciones proceden de Dios, que es nuestro Padre. Así lo enseña la Palabra: “*Toda buena dádiva y todo don perfecto descende de lo alto, del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación*” (Stg. 1:17). Si el origen de todo don perfecto y de toda buena dádiva es Dios, quiere decir que su procedencia es celestial. Todo bien para el creyente, aunque procede del Padre, se otorga por mediación del Hijo, de ahí que en pocos versículos se mencione a las dos Personas Divinas actuando juntas en la bendición del creyente (vv. 1, 3). Las virtudes de los creyentes son motivo de gratitud del apóstol delante de Dios, de quien procede la salvación y la santificación de los cristianos.

Gratitud por el ejemplo de la iglesia (1:4-7).

4. Porque conocemos, hermanos amados de Dios, vuestra elección.

eijdovte", ajdelfoiV hjgaphmevnoi uJpoV ^atou^o1 Qeou`,
thVn ejkloghVn

Sabiendo, hermanos amados de - Dios, la elección

uJmw`n,

de vosotros.

Notas y análisis del texto griego.

Luego de la gratitud, la seguridad en relación con los creyentes: *eijdovte*", caso nominativo masculino singular del participio de perfecto en voz activa del verbo *oi^da*, *conocer, saber, entender, percibir*, aquí *hemos sabido, sabiendo*; *ajdelfoiV*, caso vocativo masculino plural del nombre común *hermanos*; *hjgaphmevnoi*, caso vocativo masculino plural del participio de perfecto en voz pasiva del verbo *ajgapavw*, *amar*, aquí *amados*; *uJpoV*, preposición propia de genitivo *de, por*; *tou`*, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*; *Qeou`*, caso genitivo masculino singular del nombre divino *Dios*; *thVn*, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; *ejkloghVn*, caso acusativo femenino singular del nombre común *elección*; *uJmw`n*, caso genitivo de la segunda persona plural del pronombre personal declinado *de vosotros*.

eijdovte", La afirmación que sigue parte de un conocimiento evidente. Ellos *saben*, no por referencias sino por evidencias, esto es por la operativa de vida de los creyentes, que lo que va a afirmar el apóstol es cierto. No necesitaban testimonios personales o declaraciones, la vida de los cristianos en Tesalónica evidenciaba un cambio radical de una situación anterior a una nueva.

ajdelfoiV hjgaphmevnoi uJpoV ^atou^o Qeou`. La primera realidad que conocen es que los creyentes son *amados de Dios*, o también *amados por Dios*. Este es el calificativo que corresponde de modo común a todos los cristianos. Dios los ama demostrándolo en la entrega de su Hijo por ellos, para salvación (Ro. 5:8; 8:32, 37, 39). No se trata de un amor puntual o circunstancial, sino eterno, que se manifiesta en la gloriosa realidad de haber sido escogidos en Cristo desde antes de la fundación del mundo (Ef. 1:4, 5). El amor es la motivación divina para la salvación del pecador que cree, porque Dios es amor (1 Jn. 4:8). Toda decisión eterna que Dios ha establecido o adoptado descansa en el amor divino, de manera que la salvación no sólo se planifica, sino que se ejecuta en amor (Ef. 2:4-7). Por ese mismo

amor el Salvador se entregó a sí mismo voluntariamente para salvarnos (Ef. 5:2). La obra redentora que incluye el sacrificio sustitutorio en la Cruz, descansa y se realiza por amor (Ef. 5:25). El amor, que se manifiesta en la operación salvadora, es eterno, por cuanto el *Plan de Redención*, se había determinado y establecido desde antes de la creación (Ro. 5:8). Si el amor determinó la salvación del pecador, ese mismo amor se establece como una relación eterna e inseparable entre el creyente y Dios (Ro. 8:39). Tanto lo que somos como lo que seremos está establecido por Dios en amor hacia nosotros. Por esa razón el apóstol califica a los cristianos como *amados de Dios*. El amor de Dios operó para salvación, liberando a quienes son Sus amados de los poderes opresores y de esclavitud en los que antes vivían (Ro. 6:6, 17, 22). El motivo para llevar a cabo la obra de redención que incluía necesariamente la entrega del Hijo en ofrenda expiatoria por el pecado, se asienta en el amor, de ahí que el apóstol Pablo diga que “*Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros*” (Ro. 5:8). El amor manifestado en gracia es el punto de partida para la transformación de la historia humana. El amor divino hace posible que el pecador creyente quede libre de la ira y de los lazos del pecado. Esa obra de amor “*nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo*” (Col. 1:13). La entrega del Hijo de su amor hace posible que los que no éramos hijos, lo seamos ahora por adopción en el Hijo, para ser también en Él “*amados de Dios*”. Estar en Cristo es pertenecer al grupo de quienes por serlo, pueden ser llamados “*amados de Dios*”. Quienes están en esa condición reciben la provisión del amor divino, como se ha considerado antes, que motiva la acción de la vida cristiana (v. 3). De otro modo, los que son “*amados de Dios*” aman como corresponde a la nueva relación paterno-filial, en la que Dios es el Padre de todos y cada uno hijo suyo por adopción (Gá. 4:4-5). El amor divino impulsa la acción de los “*amados de Dios*”, como el mismo apóstol enseña cuando escribe: “*Porque el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron; y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos*” (2 Co. 5:14-15).

A los creyentes les llama *hermanos*, como corresponde a la relación común de todos con el Padre por medio y en el Hijo en que son adoptados. El propósito de Dios al salvar a los perdidos es hacerlos miembros de su familia, adoptándolos como hijos (Gá. 4:5). *La adopción*, es un término sinónimo al latino *adoptio*, tomado del derecho romano. Recibir la adopción era alcanzar la condición de hijo adoptivo. El término υἱοῦς, *hijo*, se usa para referirse a un hijo en general pero no tanto a un recién nacido, sino al que tiene ya los derechos propios de esa condición. La

mayoría de edad con pleno derecho para acceder a las bendiciones propias de un hijo se producen por la liberación de la maldición de la ley y ser aceptado por Dios como hijo suyo. El creyente es libre al estar unido al Padre en una relación filial, como corresponde a un derecho concedido. Es el Padre que en libre acción adopta a los salvos por fe en Cristo. Esto implica también una realidad ontológica nueva que se considera en el versículo siguiente. La conclusión a que se llega es sencilla a la luz del texto. El fin de la encarnación es doble: rescatar a los esclavos y darles la filiación divina. En el versículo el apóstol dice que los creyentes en Tesalónica son *hermanos*, tanto entre ellos, como suyos, en razón a que todos, los gálatas convertidos a Cristo, y el apóstol y sus compañeros son hijos del Padre celestial, hermanos del Primogénito entre muchos hermanos que es Jesucristo, y hermanos entre ellos. Todos son hijos de Dios puesto que han creído en Cristo y por esa causa les es concedida esa condición (Jn. 1:12). Los hombres no son hijos de Dios por naturaleza, solo recibiendo a Cristo obtienen el derecho de *llegar a ser* hijos de Dios. Esto es un derecho adquirido en la adopción de hijos. Los creyentes se convierten en hijos de Dios en Cristo Jesús (Ef. 1:5).

thVn ejkloghVn uJmw`n. Estos que son “*amados de Dios*”, son también *elegidos*. Este es uno de los motivos de gratitud que el apóstol expresa delante de Dios. Los tesalonicenses vivían de la manera mencionada antes, no porque ellos hubiesen elegido a Dios, sino porque Él, en su libre y soberana voluntad, los eligió a ellos. Esta misma verdad se asevera en la *Segunda Epístola*, donde se lee: “*Pero nosotros debemos dar siempre gracias a Dios respecto a vosotros, hermanos amados por el Señor, de que Dios os haya escogido desde el principio para salvación, mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad*” (2 Ts. 2:13). No hay duda que la doctrina de la elección es difícil de entender y también difícil de explicar, de ahí que haya generado conflictos entre creyentes y posiciones radicalizadas que han traído serios disgustos e incluso divisiones entre grupos de hermanos. Sin embargo, como escribe el Dr. Emilio Antonio Núñez:

“Pablo mismo se declara incapaz de desentrañar ese misterio, que no por ser misterio deja de ser realidad (Ro. 11:25-36).

No debemos hacer a un lado esta doctrina pensando que su dificultad nos excusa de conocerla, estudiarla y aplicarla a nuestra vida. La elección divina se enseña en las Escrituras; es parte del cuerpo doctrinal inspirado por el Espíritu Santo (Ef. 1:3-14; Ro. 8:28-30, etc.). Que algunos hayan enseñado esta verdad sin el equilibrio que caracteriza

a la revelación escrita, tampoco nos exonera de recibirla como parte muy importante de la Palabra de Dios”⁸.

Para el apóstol el verbo *elegir*⁹, desde el mismo trasfondo judío de su teología, tiene un sentido más teológico que semántico, que adquiere la condición de una verdad que expresa también un *concepto bíblico* y que significa *escoger, elegir, seleccionar*. En el Nuevo Testamento la *elección* revela el acto divino que se hace en los hombres, tanto judíos como gentiles, para el llamamiento de Dios a salvación y alcanzarla por gracia mediante la fe. El término lleva implícito el sentido de un afecto positivo, es decir *Dios elige*, no simplemente como un *pre-conocimiento*, sino a causa de Su *presciencia*. En la doctrina de la *elección*, debe prestarse atención a la enseñanza bíblica sobre asuntos concretos y puntuales de ella. En primer lugar la Biblia, por medio del apóstol Pablo, enseña que la elección se realizó “*antes de la fundación del mundo*” (Ef. 1:4), hebraísmo que se refiere a lo que antecede a la creación. Según lo que enseña el apóstol Pedro, la elección divina descansa en la *presciencia* del Padre (1 P. 1:2), que no significa un mero *conocer* de las cosas, sino el previo *designio* de Dios para llevarlo a cabo. En segundo lugar la elección efectuada en la eternidad, tuvo lugar “*en Cristo*”, ya que todas las bendiciones de Dios se alcanzan por una posición personal del creyente en Cristo, así también la elección. El hecho de que la elección se hizo *en Cristo*, no tiene el mero sentido de una persona que representa a otra, lo que, en cierta medida, permitiría hablar de una elección universal de todos los hombres en Cristo, sino que lo que expresan esas palabras en el contexto de la enseñanza del apóstol en el texto de Efesios que se cita antes, es que los salvos, en la elección divina, estaban ya en Cristo. Este sentido se afirma en la utilización de la fórmula en otros muchos pasajes paulinos, lo que no se establece para entender el sentido pleno de la elección sino para enseñar que, desde el punto de vista de esa elección divina, los creyentes están incluidos ya en Cristo desde la eternidad. La bendición de la salvación es la realización en el tiempo histórico de la presciencia divina en donde se manifiesta la eterna elección y se abraza en ella al creyente. Esto da un concepto más amplio al sentido de las bendiciones de los creyentes y la vida comprometida de los cristianos en Tesalónica, ya que como bendecidos por Dios en Cristo, son ahora lo que han sido siempre por elección, establecida antes del tiempo. El verdadero *ser* del creyente, supera en todo el concepto de *ser* del mundo, que resulta simplemente en la expresión de la criatura, por el contrario, el *ser* del cristiano es la expresión de una anticipación eterna. Ese es el fundamento que el apóstol Juan tiene para decir que los nombres de los creyentes están escritos en el libro de la

⁸ Emilio Antonio Nuñez. *Constantes en la esperanza*. Guatemala, 1976.

⁹ Griego *ejklevgomai*.

vida del Cordero inmolado, desde la fundación del mundo (Ap. 13:8; 21:27). El libro de la vida es una expresión metafórica para referirse al conocimiento que Dios tiene del nombre de cada uno de los salvos. Este término aparece con relativa frecuencia en la Escritura (Ex. 32:32; Sal. 69:28; Lc. 10:20; Fil. 4:3; He. 12:23; Ap. 13:8; 17:8; 20:12, 15; 21:27). Los que no están en el *libro de la vida*, no tendrán otro destino que la eterna condenación. Estos nombres están registrados desde antes de la fundación del mundo, lo que indica un pre-conocimiento divino de los salvos. El apóstol enseña que la salvación de aquellos que *aman a Dios y son amados por Él*, son los que “*conforme a su propósito son llamados*” (Ro. 8:28). El apóstol conoce *la elección* de los tesalonicenses y sabe que procede de Dios. Esa es también la enseñanza general de la doctrina, conforme a la enseñanza del apóstol: “*Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo que... nos escogió*” (Ef. 1:3-4). No es posible entender las razones de la elección que como acción y pensamiento divinos exceden en todo a la comprensión humana. La única acción posible ante una bendición de tal naturaleza es alabar a Dios por ello. El sujeto de la acción de Dios aquí se expresa en el pronombre personal *vosotros*, esto es, los creyentes de la iglesia en Tesalónica a quienes el apóstol escribe.

La elección fue, es, y será una doctrina cuestionada. Por un lado la cuestionan quienes niegan la acción divina en salvación y dejan todo al arbitrio humano, convirtiendo a Dios en un mero adivino de quienes serán salvos. Pero, por otro lado, la desvirtúan quienes, en un afán de negar toda responsabilidad humana excluyendo al pecador de toda acción antes de la regeneración, enseñan que los salvos han sido elegidos desde la eternidad y que solo estos se salvan, mientras que la elección para *reprobación* se estableció también con aquellos que eternamente, antes de ser creados, fueron destinados a eterna condenación. La doctrina bíblica de la elección ha sido mal entendida por *niños espirituales*, que son los creyentes que no han alcanzado la madurez por falta del conocimiento de la Palabra, pero debe ser estudiada por creyentes maduros para provecho espiritual (1 Co. 2:6; 3:1, 2). Por esta razón traslado aquí unos párrafos del comentario a Efesios, que sirvan para reflexión sobre la *elección*¹⁰.

Hay cinco posiciones frente a la doctrina de la elección. 1) La posición arminiana. Jaime Armiño fue un teólogo holandés, que asumió un semipelagianismo, negando todo tipo de elección divina en la esfera de la salvación. Afirmaba que el hombre se salva por fe, aparte de la gracia, ya que, según él, la gracia se da a todos los hombres incondicionalmente. Enseñaba que la salvación del creyente descansa en su fe personal, por tanto puede perderse si se llega a perder la fe. 2)

¹⁰ S. Pérez Millos. *Efesios*. Editorial Clie, Terrassa, 2010, pág. 66 ss.

Posición wesleyana-arminiana. Hace una modificación de la perspectiva arminiana en cuanto a la gracia, pero mantiene la fe como base de la salvación. La perseverancia del creyente es condición para salvarse. Afirman que ningún hombre peca por su condición pecadora, sino porque no usa la gracia que es dada a cada uno. Enseñan también que si no se persevera en la fe, se pierde la salvación. 3) Posición calvinista extrema o hipercalvinista. Entienden que la redención no es *ilimitada*, esto es *para todos*, sino *limitada*, es decir solo para los escogidos. Establece una deducción filosófica frente a la elección, llegando a la conclusión de que si Dios ha elegido a algunos para salvación, luego ha ordenado al resto para eterna condenación. Esta posición es rebatida por muchos pasajes bíblicos como, por ejemplo (1 Ti. 2:3, 4). 4) Posición calvinista moderada. Acepta la elección divina para salvación, pero cree en la *redención ilimitada*, por tanto, si Cristo murió por todos, Dios ha hecho posible que todo pecador que crea en Cristo, sea salvo. Cree que el hombre se salva solo por gracia mediante la fe. Cree que esa obra es en todo un don de Dios, y que se otorga al hombre sin razón a ningún mérito suyo. Cree que los que se salvan, se salvan eternamente y que la salvación no puede perderse jamás. 5) Posición ecléctica. Es la posición de la *indefinición teológica*, por la que se toma lo más conveniente de cada sistema y se traza una vía intermedia de interpretación. Pretenden solucionar el problema de la elección para salvación enseñando que Dios escogió para ministerio pero no para salvación. Afirman que la elección para salvación es universal y hecha en Cristo para toda la humanidad de modo que el hombre que no cree se excluye de ella voluntaria y personalmente. Asumen la seguridad de salvación para todos los que creen y afirman que el hombre se salva por gracia, pero la fe -como medio de salvación- es algo propio del hombre, generada y nacida por él mismo, y no es un don divino.

¿Cuál es la verdadera posición? Ningún sistema teológico es inerrante, sólo la Escritura lo es (2 Ti. 3:16), por tanto, sólo la Biblia tiene la verdadera posición. Ningún sistema teológico humano puede reconciliar cosas que en nuestra propia razón no se concilia y que aparentemente se contradicen. La Biblia presenta dos líneas paralelas de pensamiento y revelación: 1) El acto soberano de la elección. 2) La gracia libre y general para todos. Cuando el creyente llega a un asunto imposible de superar para el pensamiento humano, ha de orar sobre él, seguir estudiando y no olvidarse que hay cosas que entenderemos sólo cuando estemos en la presencia de Dios. El estudio de las doctrinas no debe separarnos y generar divisiones entre cristianos, sino aproximarnos al darnos cuenta de que todos tenemos una mente limitada, frente a la mente infinita de Dios. Cuando el creyente viene a la presencia de Dios para ponerse delante de su Santa Palabra, debe hacerlo con un corazón

desprovisto de *prejuicios*. Hay algunas verdades fundamentales que preparan el camino para el estudio de la elección: 1) El amor de Dios es por igual para todos los hombres (Jn. 3:16). 2) Cristo murió por todos y no sólo por algunos (2 Co. 5:14, 15; 1 Ti. 2:6). 3) Dios cargó sobre Cristo el pecado, en singular, de todos los hombres, para hacer *potencialmente* salvables a todos los mortales (Is. 53:6). 4) Dios hace una invitación general para todo pecador (Mt. 11:28; Ap. 22:17). 5) Cualquiera que crea con fe verdadera y se vuelva a Cristo, será salvo (Jn. 3:16; 5:24; Hch. 16:31; Ro. 1:16). 6) La invitación general de la gracia puede ser rechazada y es la causa de eterna perdición para el pecador rebelde (Jn. 3:36). 7) Las promesas de Dios no pueden ser quebrantadas. La elección es una doctrina bíblica que alcanza tres aspectos: 1) la elección para privilegios y servicios específicos, tal como ocurrió con Abraham (Gn. 12:1), o con Jacob, el menor entre dos hermanos (Ro. 9:10-13). 2) Elección para oficios: Dios escogió dentro del pueblo de Israel a los levitas para el ministerio sacerdotal, a Moisés para conducir y liberar al pueblo, a reyes como David, y también Jesús escogió a los discípulos. 3) Elección de individuos para salvación, ser hechos hijos de Dios y herederos de la gloria eterna (Ro. 11:5; 1 Co. 1:26-29; 1 Ts. 1:4; 1 P. 1:2; 2 P. 1:10). Hay algunas características de la elección: 1) Es *incondicional*, ya que se produce antes de la constitución del mundo, por tanto no obedece a ningún mérito ni demérito personal, ni es causada por acción humana alguna, puesto que el hombre no había sido creado (2 Ti. 1:9). 2) Tiene una meta definida, “*para que fuésemos*”. En ese sentido Dios no elige porque preveía que algunos querrían ser santos, sino que los escogió para que fuesen santos. Enseñar que Dios escogió porque veía en el futuro que habían de creer, es colocar al Eterno en la posición de un mero vidente que, desde la eternidad, elegía a aquellos que por decisión propia llegarían a ser santos. El propósito está bien marcado en el acto de la elección *para salvación*. Pablo expresa esa verdad de otro modo refiriéndose a que Dios *conoció* (Ro. 8:29). Conocer es un acto de prefamiliaridad en el ejercicio de Su absoluta soberanía y voluntad, lo que se puede ilustrar con la relación con Israel (Am. 3:2). 3) Ocurre en un determinado tiempo: “*antes de la fundación del mundo*”, esto es, desde la eternidad. La elección confirma la inmutabilidad del plan eterno de redención. Esta enseñanza no es novedosa y elaborada o propuesta por Pablo, sino algo enseñado también por Cristo mismo, quien al referirse a los creyentes dice que “*le fueron dados*” (Jn. 6:39; 17:2, 9, 11, 24), estos son los que vienen a Él porque los trae el Padre (Jn. 6:44). Estos elegidos para salvación estaban ya en la mente de Dios desde antes de la creación, por tanto, la gloria de la salvación pertenece sólo a Dios.

A la doctrina de la elección se le han presentado objeciones que conviene aclarar: 1) La elección es hecha *en Cristo*, por tanto, tiene un alcance universal: todos los hombres son elegidos. Esta posición hace que el propósito divino de la elección: “*para que fuésemos santos y sin mancha*” quede reducido a un mero deseo y esté sujeto al arbitrio humano, haciendo fracasar el designio de Dios por los que no deseen serlo. 2) La elección anula la responsabilidad humana: A esto se responde que Dios no obliga al hombre para que crea, ni Él cree por el hombre. La responsabilidad del hombre es personal y consiste en aceptar o rechazar el don de Dios (Jn. 3:36). Todo aquel que quiera acudir a Cristo por fe, será salvo, creyendo en el evangelio (Ro. 1:16). 3) La elección quita el interés por la evangelización. Es necesario entender que Dios ha establecido el mandamiento de predicar el evangelio en todas las naciones para hacer discípulos (Mt. 28:19ss). El hombre se salva por gracia mediante la fe, creyendo al mensaje del evangelio (Ro. 10:14-15). El evangelista debe saber que todo aquel que crea será salvo. 4) La elección es una acepción de personas impropia de un Dios justo. Eso sería tal vez así si Dios no hubiera dispuesto una oferta de salvación para todos (Mt. 11:28). Pablo responde rotundamente a esta objeción al referirse a los vasos de salvación que Dios preparó y a los vasos de ira que se prepararon a sí mismos para condenación (Ro. 9:19-21). 5) Esta doctrina contradice y no concuerda con la invitación general del evangelio. Es un argumento de la mente humana, que como mente limitada, no puede entender el pensamiento ilimitado de Dios. Está ahí expresada para aceptarla por fe, como parte de la doctrina bíblica.

El propósito de la elección está también definido: “*para que fuésemos santos y sin mancha delante de Él*”. El sentido de *ser santo* es el mismo que se ha considerado ya antes (v. 1). Dios ha escogido a los creyentes para formar de ellos un pueblo *santo*, es decir, *apartado* o *separado* de entre todos los pueblos para ser el pueblo de Dios en esta dispensación. No se trata de una elección porque el Padre sabía *que iban a ser santos*, sino *para* que lo fuesen. No es una elección condicionada a méritos personales, y tampoco a la fe conocida de antemano, sino que determina la operación divina *para* salvación. Esa es la razón por la que los creyentes son impelidos hacia Cristo y no *compelidos* a Él. La acción divina en el corazón de los tales los conduce a Cristo para salvación (1 P. 1:2). La calidad de la santidad determinada para el salvo es plena por el segundo adjetivo que aparece en la frase: “*sin mancha*”¹¹, literalmente “*sin ley, sin norma*”, en el sentido de no tener ninguna tara que pueda ser denunciada por la ley como falta o transgresión. Es el calificativo que se usa para referirse al animal

¹¹ Griego *ajmwvmou*”.

apropiado para el sacrificio y se utiliza en el sentido general de *irreproachable, sin tacha*. Una santidad inmaculada es lo que Dios establece para los elegidos. Tal santidad es visible, no sólo a los hombres, sino a Dios, ya que son santos y sin mancha *delante de Él*. Esta expresión puede conducir a considerar que se trata de una referencia al tiempo en que los creyentes han de comparecer ante el tribunal de Cristo, para dar cuenta de sus actos (1 Co. 3:11-15; 2 Co. 5:10). Esto coincidiría con la enseñanza de la presentación de la Iglesia delante de Dios después de ser trasladada a Su presencia, en que aparece como vestida de vestidos limpios y resplandecientes, sin mancha ni arruga, ni cosa semejante (5:27). Sin duda lo comprende, pero, la interpretación del versículo exige que sea considerada en la experiencia de vida de los creyentes. Dios demanda que los creyentes sean santos e irreprochables por cuanto viven una nueva vida, que es la vida de la naturaleza divina de Dios mismo, al haber sido hechos participantes de ella en la regeneración (2 P. 1:4). La santidad de vida no es una opción, sino la forma natural y propia del existir terrenal del creyente.

La expresión final del versículo “*en amor*” como cláusula de término vinculada a la elección y sus consecuencias, descubre la motivación divina para ello. Dios es amor (1 Jn. 4:8) y todos los actos divinos están relacionados con ese amor. Se discute sobre si “*en amor*” es término de la cláusula actual o principio de la siguiente, es decir, si el amor es la causa de la *elección* o la razón de la *predestinación* (v. 5). La discusión idiomática podría sustentarse según el pensamiento del intérprete, pero, ambas posiciones son correctas, ya que todo cuanto Dios hace lo hace en amor. Tanto la elección para salvación, como la predestinación de los salvos ocurren en el infinito amor de Dios. La elección en Cristo fue un acto de amor. La expresión se repite en otros lugares de la epístola relacionándola con el amor de los creyentes hacia Dios (3:17; 4:2; 5:2), pero aparece una vez más relacionada con el amor de Dios hacia el creyente (2:4). La elección en Cristo es hecha como un acto sustentado e impulsado en el amor de Dios. Porque Dios es amor, adopta todas sus decisiones eternas en amor, de modo que la salvación no solo se planifica sino que se ejecuta en amor (2:4-7). Es en ese mismo amor que elige que el Salvador se entregara a Sí mismo para salvarnos (5:2). El sacrificio exigió una absoluta entrega que descansa en el amor (5:25). El amor de Dios se manifiesta en esa acción salvadora, determinada ya en la eternidad (Ro. 5:8). Si el amor determinó la elección, determina también la comunión eterna entre los creyentes y Dios en esa misma esfera, de la cual nada ni nadie podrá separarnos (Ro. 8:39). La elección eterna es el amor en anticipación a todo en relación con los salvos. Lo que somos y seremos está absolutamente definido y establecido por el amor de Dios.

Podemos hacer un sencillo resumen de la doctrina de la elección en los escritos del apóstol Pablo: a) Es una determinación eterna (Ef. 1:4, 5); b) Es un acto soberano e incondicional (1 Co. 1:27, 28; Ef. 1:4); c) Es una acción que como todas las divinas está basada en el eterno amor de Dios (Ef. 1:5); d) Es una determinación inmutable y efectiva (Ro. 8:28-30; 11:5); e) Se relaciona individualmente con cada creyente (Ro. 16:13; Gá. 1:15); f) Es una acción justa porque proviene de un Dios justo (Ro. 9:14, 15); g) Tiene como consecuencia la glorificación de Dios (Ef. 1:6).

El apóstol glorifica a Dios por *conocer* que aquellos hermanos amados que son la iglesia en Tesalónica han sido *elegidos por Dios* para salvación. Esto sin eliminar nunca la responsabilidad del hombre en cuanto a salvación, aceptando por fe lo que Dios da, y a condenación para todo aquel que no cree. Debe entenderse claramente que todo lo que tiene que ver con salvación es de Dios, todo lo que es asunto de responsabilidad corresponde al hombre.

5. Pues nuestro evangelio no llegó a vosotros en palabra solamente, sino también en poder, en el Espíritu Santo y en plena certidumbre, como bien sabéis cuáles fuimos entre vosotros por amor de vosotros.

o{ti toV eujaggevlion hJmw`n¹ oujk ejgenhvqh eij"
uJma`"² ejn lovgw/
Porque el evangelio de nosotros no llegó a vosotros en palabra
movnon ajlla kaiV ejn dunavmei kaiV ejn Pneuvmati
JAgivw/ kaiV ^aejn^{o3}
solamente sino también en poder y en Espíritu Santo y en
plhroforiva/ pollh`/, kaqwV" oi[date oiloi ejgenhvqhmen
^aejn^{o4}
certidumbre mucha, como habeis sabido cuales hemos sido entre
uJmi`n di' uJma`".
vosotros por causa de vosotros.

Notas y análisis del texto griego.

Afirmando las causas de la seguridad expresada en el versículo anterior, escribe: o{ti, conjunción causal *porque*; toV, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *el*; eujaggevlion, caso nominativo neutro singular

del nombre común *evangelio*; hJmw`n, caso genitivo de la primera persona plural del pronombre personal declinado *de nosotros*; oujk, forma escrita del adverbio de negación *no*, con el grafismo propio ante una vocal con espíritu suave o una enclítica; ejgenhvqh, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo *givnomai*, *suced*, *venir*, *lleg*, *quedar*, *estar*, aquí *llegó*; eij", preposición propia de acusativo *a*; uJma`", caso acusativo de la segunda persona plural del pronombre personal *vosotros*; ejn, preposición propia de dativo, *en*; lovgw/, caso dativo masculino singular del nombre común *palabra*; movnon, adverbio de modo *solamente*, *sólo*; ajllaV, conjunción adversativa *sino*; kaiV, adverbio de modo *también*; ejn, preposición propia de dativo *en*; dunavmei, caso dativo femenino singular del nombre común *poder*; kaiV, conjunción copulativa *y*; ejn, preposición propia de dativo *en*; Pneumati, caso dativo neutro singular del nombre divino *Espíritu*; JAgivw/, caso dativo neutro singular del adjetivo *Santo*; kaiV, conjunción copulativa *y*; ejn, preposición propia de dativo *en*; plhroforiva/, caso dativo femenino singular del nombre común *certidumbre*; pollh`/, caso dativo femenino singular del adjetivo *grande*, *mucha*, *numerosa*; kaqwV", conjunción condicional *como*, *según*; oi[date, segunda persona plural del perfecto de indicativo en voz activa del verbo *oi^da*, *saber*, *conocer*, *comprender*, *entender*, aquí *habéis sabido*; oiloi, caso nominativo masculino plural del pronombre relativo *cuáles*; ejgenhvqhmen, primera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo *givnomai*, *suced*, *venir*, *lleg*, *quedar*, *estar*, *ser*, aquí *hemos sido*; ejn, preposición propia de dativo *entre*; uJmi`n, caso dativo de la segunda persona plural del pronombre personal *vosotros*; di', forma contracta de la preposición propia de acusativo *diav*, *por medio de*, *a causa de*; uJma`", caso acusativo de la segunda persona plural del pronombre personal *vosotros*.

Crítica Textual. Lecturas alternativas.

¹ hJmw`n, *de nosotros*, lectura atestiguada en **a**, B, C, K, L, Ψ, 33, 81, 104, 365, 630, 1175, 1241, 1505, 1739, 1881, 2464, *Lect*, it^{ar, b, d, f, g, mon, o, r}, vg, sir^{p, h}, pal, cop^{sa, bo, fay}, arm, eti, geo, esl, Orígenes, Gregorio de Nisa, Crisóstomo, Teodoro^{lat}, Ambrosiaster, Pelagio.

tou` ` Qeou` , *de Dios*, según lectura en **a**^e, C.

tou` ` Qeou` ` hJmw`n, *del Dios de nosotros*, conforme a **a**^{*}.

² eij" uJma`", *a vosotros*, lectura atestiguada en **a**, B, C, K, L, Ψ, 33, 81, 104, 365, 630, 1175, 1241, 1505, 1739, 1881, 2464, *Lect*, it^{ar, b, d, f, g, mon, o, r}, vg,

sir^{p, h, pal}, cop^{sa, bo, fay}, arm, eti, geo, esl, Orígenes, Gregorio de Nisa, Crisóstomo, Teodoro^{lat}, Ambrosiaster, Pelagio.

προϋ υJμα`", *por vosotros*, según lectura en A, C, D, F, G, 0278.

³ ejn, *en*, como se lee en A, C, D, F, G, K, L, P, Ψ, 0278, 81, 104, 365, 630, 1175, 1241, 1505, 1739, 1881, 2464, 20, lat.

No aparece en a, B, 33, vg^{mss}.

⁴ ejn, *entre*, según lectura en B, D, F, G, K, L, Ψ, 0278, 326, 365, 630, 1175, 1241, 1505, 2464, 20, it, vg, sir.

Se omite en a, A, C, P, 048, 33, 81, 104, 326, 945, 1739, 1881, vg.

ο{ti τοV eujaggevlion hJmw`n. Mediante el uso de la conjunción ο{ti, vincula las palabras que siguen con las que anteceden. El apóstol les recuerda el evangelio que les había sido anunciado y quienes lo habían hecho. Es importante apreciar el calificativo que da al término evangelio, *de nosotros*. Esta es una expresión típicamente paulina para referirse al mensaje que predicaba. Le llama *nuestro evangelio*, o *evangelio de nosotros*, porque era el único evangelio que podía predicar, un mensaje procedente de Dios, que hacía suyo en el sentido de ser el único que predicaba. Al evangelio le da otros calificativos en la *Epístola*, habla de él como "*el evangelio de Dios*" (2:2, 9), y le llama también "*el evangelio de Cristo*" (3:2). En el mensaje del único evangelio está el llamamiento a salvación invitando al pecador a acudir a Cristo. Aquellos tesalonicenses fueron salvos en respuesta al mensaje del evangelio. En la salvación intervienen siempre las tres Personas Divinas: El Padre que llama, el Hijo que redime y el Espíritu que regenera. De otro modo, el Padre convoca en el tiempo a los que salva. El llamamiento se hace por medio del evangelio, como escribirá el apóstol un tiempo después: "*a lo cual os llamó mediante nuestro evangelio, para alcanzar la gloria de nuestro Señor Jesucristo*" (2 Ts. 2:14). Sin el llamamiento del Padre la obra de salvación no alcanzaría a los hombres con el propósito para el que fue hecha, ya que nadie puede ir a Cristo si el Padre que lo envió no lo llamase. Así dice Jesús: "*Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere*" (Jn. 6:44). El verbo que se traduce en el versículo del evangelio como *trajere*¹², es un verbo fuerte que se vierte en otros lugares como *arrastrar*. Indica no solo un llamamiento sino una acción impulsiva comprendida en él. A este llamamiento responde el hombre por medio

¹² Griego: e{llkw.

de la fe. Con todo, esta operación del Padre, no es una *coacción*, sino una *atracción*. Aquel que envió a Cristo para salvar a los pecadores, envía luego a los pecadores para que sean salvos por Cristo. Este llamamiento de Dios es eficaz siempre en aquellos que Dios ha escogido en su soberanía (v. 4), o como el mismo apóstol testimonia: “*Pero cuando agradó a Dios, que me apartó desde el vientre de mi madre, y me llamó por su gracia*” (Ga. 1:15). No significa esto que el evangelio no tenga un llamamiento universal a todos los hombres, llamándolos a salvación. El llamado del Padre, que *atrae* a los hombres a Cristo es algo cuestionado por muchos, que no alcanzan a entender claramente lo que tiene que ver con la soberanía divina y con la responsabilidad humana. Es necesario entender claramente que todo cuanto es de salvación, es de Dios, y todo lo que tiene que ver con condenación es de responsabilidad del hombre. No cabe duda que Pablo entiende que los tesalonicenses, verdaderos creyentes recibieron, por la predicación del evangelio, ese llamado del Padre a salvación y ejerciendo fe en el Salvador habían sido salvos.

El evangelio que el apóstol y sus compañeros anunciaron en Tesalónica es el *único evangelio*. Con toda determinación lo afirma cuando escribe a los gálatas: “*no que haya otro*” (Gá. 1:7). Puede haber distintos enfoques, diferente presentación, diferente énfasis, pero sólo hay un evangelio. La Escritura lo llama el “*evangelio eterno*” (Ap. 14:6). Otro mensaje aunque lleve el nombre de *evangelio*, no lo es. El grave problema es que nadie puede ser llamado a salvación por otra vía que no sea el evangelio genuino, que es el que Pablo predicaba. Este mensaje no procedía de los hombres, sino que le fue encomendado directamente por Cristo mismo (Gá. 1:11-12).

Ese mensaje de salvación lo llama un poco más adelante *el evangelio de Dios*, y *el evangelio de Cristo*, como se ha indicado antes. Es decir, en cuanto a procedencia es *de Dios*, en cuanto a orientación es *de Cristo*, porque es Él el núcleo del evangelio. De otro modo era el *evangelio de Dios acerca de Cristo*. La obra, el contenido, la esperanza y la proyección eterna de la salvación encuentran sustento sólo en Cristo. Pablo predicaba el evangelio que es sinónimo de predicar a Cristo y a éste crucificado (1 Co. 1:23). El mensaje de salvación es la expresión de las *inescrutables riquezas* de Dios en Cristo (Ef. 3:8). Al tratarse de la infinita dimensión de la gracia de Dios y Sus recursos, no puede proceder del hombre porque exceden a toda comprensión humana. Cualquier investigación humana queda limitada ante la dimensión infinita de la gracia divina y sus consecuencias. En un acto de inimaginable gracia Cristo “*se hizo pobre siendo rico*” con el propósito de *enriquecer* a los creyentes (2 Co. 8:9). Todo cuanto

procede de Dios viene a la experiencia vital del hombre por medio del único Mediador entre Dios y los hombres que es Jesucristo hombre (1 Ti. 2:5). El evangelio anuncia la paz con Dios que sólo es posible en Cristo y por Cristo, como dice escribiendo a los efesios: “Y vino y anunció las buenas nuevas de paz a vosotros que estabais lejos, y a los que estaban cerca” (Ef. 2:17). Evidentemente, el apóstol contempla todo el desarrollo de la vida terrenal de Jesús involucrado en un programa salvífico y de apertura de una nueva relación del hombre con Dios, hasta proyectarla a la entrada del creyente a Su presencia sin restricción alguna, como resucitado en Él. El evangelio puntualiza dos aspectos: la obra redentora y la exaltación del Redentor, sin cuyo hecho no sería posible proclamar ni directamente con Él, ni hecha por los apóstoles y luego por los creyentes en Su nombre, las *buenas nuevas de paz*, porque no bastaría con que muriese por nuestros pecados, sino que era necesario también que resucitase para nuestra justificación (Ro. 4:25) y que ascendiese a los cielos para Su oficio de intercesión perpetua (He. 7:25). Sólo la ascensión a los cielos y la entronización a la diestra del Padre dejan el camino libre para que todos los creyentes puedan acceder a la presencia de Dios. El Resucitado habló con los discípulos de autoridad recibida en base a la obra redentora, autoridad que le ha sido dada para ejercerla cósmicamente en cielos y tierra, por cuya autoridad les envía a predicar el evangelio y se compromete con ellos en comunicarles poder para llevar a cabo la evangelización del mundo, estando presente al lado de los suyos en la misión, hasta el fin (Mt. 28:18-20). La ascensión de Cristo a los cielos hace posible la proclamación del evangelio tanto a los que están cerca como a los que están lejos porque el Salvador resucitado y entronizado es el mismo núcleo de esa proclamación. No se trata de anunciar algo posible, sino de manifestar descriptivamente una realidad que tuvo lugar: el que murió también resucitó y está entronizado a la diestra de Dios con toda la autoridad que a esa dignidad corresponde. No es posible otro evangelio sino el evangelio de Cristo, o si se prefiere mejor el *evangelio de Dios por medio de Cristo*, que lo hace único y, por tanto, excluyente y exclusivo.

En el evangelio predicado a los tesalonicenses se ponía de manifiesto la justicia de Dios que se recibe por medio de la fe (Ro. 1:17). Es lo que se llama *justicia imputada*, que es la justicia que Dios otorga a quienes creen y que le permite declararlos justificados. Por esta causa los salvos son hechos justicia de Dios en Cristo (1 Co. 1:30; 2 Co. 5:21). Esta justicia para salvación se manifiesta en la obra de Cristo y se otorga en base a ella. En la Cruz, Cristo murió por el pecador sustituyéndolo al ocupar su lugar (1 P. 3:18). Por esa obra canceló la pena del pecado y las demandas divinas que gravitaban sobre el

pecador, ofreciéndose a Dios como sacrificio expiatorio por el pecado. Por la resurrección se hace base de justificación para el pecador que cree (Ro. 4:25). El evangelio es el mensaje que proclama la buena noticia de salvación procedente de Dios. El evangelio es el mensaje de salvación porque en él se pone de manifiesto la justicia de Dios que salva. Este mensaje conduce a la salvación en el ejercicio de la fe. Sólo la fe es necesaria para ser salvo, que ha sido generada o establecida en el corazón del hombre por medio del Espíritu Santo (Ef. 2:8-9); es el elemento instrumental por el que se alcanza la salvación, mientras que la gracia, como ya se ha dicho, es la razón y la causa eficiente de la misma. La fe exigida al hombre para salvación no es una operación humana que hace que la salvación sea parte divina y parte humana, de otro modo, no es que la fe sea lo que da poder al evangelio, sino todo lo contrario: el poder del evangelio es lo que hace posible que el hombre tenga fe. La fe acepta como única la justicia de Dios, esto es, la justicia que proviene de Dios. Ninguna otra justicia humana puede conducir a la salvación. Así lo entendía el apóstol cuando escribía: “*Y ser hallado en Él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe*” (Fil. 3:9). Esto no significa en modo alguno que Dios obliga a creer, sino que es activar, poner en práctica la fe recibida y generada por el Espíritu en el corazón del pecador, aceptando la justicia que es de Dios. El ejercicio de la fe es una acción voluntaria del hombre que la deposita en el Salvador (Jn. 3:16; Fil. 2:12; 2 Ts. 2:12). Pero, el don de la fe como la capacidad operativa para ejercerla, proviene de Dios. La justicia de Dios no puede ser alcanzada en base a mérito alguno, ni se debe a esfuerzo humano, sino por el ejercicio de la fe. El evangelio llama al hombre a creer.

oujk ejgenhvqh ejj" uJma`" ejn lovgw/ movnon ajllaV kaiV ejn dunavmei kaiV ejn Pneumati JAgivw/. El apóstol Pablo les recuerda que el evangelio no llegó a ellos como un mero discurso o una propuesta religiosa. Es necesario entender que la efectividad del evangelio es contraria a toda lógica humana. El mensaje que se proclama en las *buenas nuevas*, se llama *la palabra de la Cruz*, y el mismo apóstol dice que es *locura* para el hombre natural (1 Co. 1:18). Sin embargo, este mensaje dicho en palabras, era acompañado por el poder y por la acción del Espíritu Santo. Escribiendo a los romanos dice que el “*evangelio es poder de Dios*” (Ro. 1:16), es decir, Dios mismo habla en el mensaje, ya que es el *evangelio de Dios*. La palabra que usa aquí en el texto griego para referirse al *poder*, es el sustantivo *dunavmiç*, de ella proceden dos palabras castellanas: *dinamita* y *dinamo*. Mejor es vincular el poder de Dios a la segunda ya que la primera implica un poder momentáneo, como ocurre con una explosión

producida por la dinamita, pero una dinamo es una maquina que produce poder continuamente. El evangelio, aunque es la manifestación de un poder actuante procedente de Dios, lo es continua y no solo puntualmente. En el contexto greco-romano, los dioses ponían de manifiesto su poder en acciones puntuales y en determinados actos prodigiosos, en el evangelio el poder de Dios está orientado a una salvación continua, completa y constante. El evangelio es poder de Dios, que no es otra cosa que la proclamación del Crucificado como expresión suprema del poder y de la sabiduría de Dios (1 Co. 1:24), que opera la salvación de todo aquel que cree (1 Co. 1:28, 31). De otro modo, el evangelio es un poder *dinámico* de Dios que produce o genera energía salvadora. Es un mensaje que proclama la obra de Cristo como único medio de salvación. Esa salvación procede y es únicamente de Dios (Sal. 3:8; Jon. 2:9). En Él nace el propósito y la eterna determinación de salvar (2 Ti. 1:9). Es también de Él la ejecución en el tiempo que había determinado (Gá. 4:4). Así de Él procede el llamado a salvación (Ro. 8:30). Es de Dios la garantía de la eterna seguridad de salvación para todo aquel que cree (Ro. 8:32-39). Es en el evangelio que se revela la fuerza divina que salva al pecador. No puede haber otras buenas noticias para el perdido que el hilo conductor de la obra de Cristo. El evangelio es la fuerza creadora de Dios, que resucita a los muertos y llama a ser a quienes no son (Ro. 4:17). Es el mensaje que anuncia a Quien es en sí mismo “*espíritu vivificante*”, que puede y comunica vida eterna al creyente (1 Co. 15:45). El mensaje del evangelio es la expresión de la suprema sabiduría de Dios, que confunde la sabiduría humana (1 Co. 2:7-8). Es un mensaje que manifiesta la esperanza que está guardada en los cielos (Col. 1:5). El evangelio no llegaba a las gentes en palabras, sino rodeado del poder del Espíritu Santo (1:5). Es el gran mensaje de la fuerza operativa de Dios que, por ser de Él, nunca puede volver vacío, sin producir los resultados para el que fue enviado (Is. 55:11). No se mencionan milagros o acciones prodigiosas hechas por el apóstol en la evangelización de los tesalonicenses, pero, es muy probable que así ocurriese como en tantos otros lugares, sin embargo el poder del Espíritu se pone de manifiesto en que aplicó poderosamente el mensaje de la Cruz de convicción de *pecado, de justicia y de juicio* (Jn. 16:8-11). Además el Espíritu Santo *abrió el corazón* de los que creyeron en Tesalónica como hizo también en Filipos con Lidia de Tiatira (Hch. 16:14), para que estuviesen atentos a lo que Pablo predicaba. Dios intervino en el momento preciso no sólo para que comprendieran el mensaje, sino para que se convirtieran a Cristo. El corazón de los tesalonicenses fue abierto por Dios para que por esa abertura penetrara, no sólo el evangelio, sino el mismo Salvador. No fueron ellos quienes hicieron aquello, ni fue Pablo con su mensaje, fue el Espíritu Santo, para que la gloria de la salvación

pertenezca sólo al único que salva que es Dios mismo. Aquellos creyentes habían creído verdaderamente porque lo hicieron *de corazón*, con el que se cree para justicia (Ro. 10:10). El Espíritu manifestó Su poder para salvación, en un mensaje que es poder de Dios (1 Co. 2:4). Los hombres lo predicaban, pero el Espíritu Santo lo hacía eficaz.

kaiV ^{ajej}° plhroforiva/ pollh` /, Además, junto con el poder del Espíritu, el evangelio llegó a ellos “*en plena certidumbre*”. El término *plhroforiva*, traducido en RV como *certidumbre*, tiene que ver con *convicción*. Esta palabra aparece en otros lugares del Nuevo Testamento (cf. Col. 2:2; He. 6:11; 10:22). El mensaje era anunciado con *convicción* por quienes lo hacían. Pablo dice que era un mensaje que no *avergonzaba* (Ro. 1:16). Es decir, se predicaba el evangelio sabiendo que no se trataba de un sistema filosófico o religioso, sino de la manifestación del poder divino para salvación. Porque se trata de un mensaje procedente de Dios mismo, el apóstol evangelizaba en *plena certidumbre*, con *total convicción*. Según se puede apreciar en algunas manifestaciones de Pablo, no debía ser un orador dinámico o elocuente, al estilo de los filósofos griegos, pero hablaba con profunda convicción porque sabía que lo que predicaba procedía de Dios, que lo hacía eficaz en tantos convertidos a Cristo.

kaqvV" oi[date oiloi ejgenhvqhmen ^{ajej}° uJmi`n di' uJma` ". Al poder del Espíritu y a la convicción del apóstol, se une también el testimonio personal del que los tesalonicenses eran testigos. Muchos otros predicadores buscaban su beneficio personal, pero esto no ocurría con Pablo, Silas y Timoteo, que llevaban a cabo la difícil tarea de predicar a Cristo, con total desinterés buscando sólo el bien de los hombres. La versión RV, añade aquí *por amor* de vosotros. Esa expresión no está en el texto griego. Lo que está diciendo a los tesalonicenses es que sabían como había sido el comportamiento de ellos durante el tiempo de la evangelización y fundación de la iglesia. La predicación del evangelio estuvo rodeada de dificultades, conflictos, persecuciones y acusaciones de alborotadores, hechas por los judíos celosos del progreso del evangelio, hasta el punto de haber tenido que salir de la ciudad por peligro de sus vidas (Hch. 17:1-8).

Esta referencia al comportamiento de apóstol y sus colaboradores, va a servirle desarrollado más adelante, para la defensa de su trabajo y apostolado. No sólo venían contra él judíos incrédulos, sino que los judaizantes lo acusaban de buscar en la fundación de las iglesias su beneficio personal. La mejor recomendación que podían hacer de ellos mismos era apelar al testimonio de los creyentes “*vosotros sabéis*”. No

eran precisas cartas de recomendación o testimonio de otros, aquellos habían sido testigos de cómo predicaron sin buscar ningún beneficio personal, manteniendo una conducta ejemplar que podía y debía ser imitada. En esto se manifiesta también la acción del Espíritu Santo. En relación con los inconversos operando para salvación; en relación con la vida de los predicadores, haciéndola ejemplar. Es necesario recordar que la salvación en todos los aspectos, que comprende también la santificación, es el resultado de una obra divina, como el apóstol dirá cuando escribe: *“Porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad”* (Fil. 2:13). Lo importante no es predicar el evangelio, sino hacerlo en el poder del Espíritu, no en milagros y acciones prodigiosas, sino en el respaldo de una vida que no puede ser acusada de nada incorrecto. En nuestros días hay líderes que buscan impresionar al auditorio con supuestas manifestaciones de poder, lenguas, milagros, etc. etc., pero lamentablemente, no concuerda su testimonio con el poder del Espíritu que se atribuyen. Muchos de estos viven en una hipócrita apariencia de piedad, que les permite obtener recursos para sus fines a costa de la ingenuidad de sus oyentes. Ninguno de ellos puede decir como Pablo: *“conocéis como fuimos entre vosotros”*.

6. Y vosotros vinisteis a ser imitadores de nosotros y del Señor, recibiendo la palabra en medio de gran tribulación, con gozo del Espíritu Santo.

KaiV uJmei`" mimhtaiV hJmw`n ejgenhvqhte kaiV tou` Kurivou,

Y vosotros imitadores de nosotros llegasteis a ser y del Señor
dexavmenoi toVn lovgon ejn qlivyei pollh`/ metaV cara`"1
Pnevmato"

recibiendo la palabra en aflicción grande con gozo de Espíritu

JAgivou,

Santo.

Notas y análisis del texto griego.

Siguiendo con el párrafo, añade: KaiV, conjunción copulativa y; uJmei`", caso nominativo de la segunda persona plural del pronombre personal *vosotros*; mimhtaiV, caso nominativo masculino singular del nombre común *imitadores*, en castellano adjetivo; hJmw`n, caso genitivo de la primera

persona plural del pronombre personal declinado *de nosotros*; *ejgenhvqhte*, segunda persona plural del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo *givnomai*, *llegar a ser, empezar a existir*, aquí *llegasteis a ser*; *kaiV*, conjunción copulativa *y*; *tou`*, caso genitivo masculino singular del artículo determinado declinado *del*; *Kurivou*, caso genitivo masculino singular del nombre divino *Señor*; *dexavmenoi*, caso nominativo masculino plural del participio del aoristo primero en voz media del verbo *devcomai*, *recibir, aceptar, acoger*, aquí *recibiendo*; *toVn*, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; *lovgon*, caso acusativo masculino singular del nombre común *palabra, discurso*; *ejn*, preposición propia de dativo *en, entre*; *qlivyei*, caso dativo femenino singular del nombre común *tribulación, sufrimiento*; *pollh`/*, caso dativo femenino singular del adjetivo *grande*; *metaV*, preposición propia de genitivo *con*; *cara`*, caso genitivo femenino singular del nombre común *gozo*; *Pnevmato`*, caso genitivo neutro singular del nombre divino declinado *de Espíritu*, *JAgivou*, caso genitivo neutro singular del adjetivo *Santo*.

Crítica Textual. Lecturas alternativas.

¹Se añade *kaiV, y*, en B, vg^{ms}.

KaiV uJmei`" *mimhtaiV hJmw`n ejgenhvqhte kaiV tou` Kurivou*. Una segunda evidencia de la realidad de ser verdaderamente cristianos los tesalonicenses era que en sus vidas se manifestaba una identidad con las del apóstol y sus compañeros de ministerio. Los creyentes eran *miméticos*, reproducían en ellos la vida de los misioneros. Sin embargo, la consecuencia final es que eran *imitadores del Señor*. Pablo pidió a los corintios que le imitasen a él (1 Co.11:1), porque él imitaba a Cristo, por eso podía decir “*os ruego que me imitéis*” (1 Co. 4:16). La verdadera vida cristiana tiene que ver con *mimetizarse* con Cristo, es decir, *reproducir* a Cristo en la vida; de otro modo, el Señor se convierte en principio de vida, de modo que quien realmente está identificado con Él mostrará las condiciones propias de Su vida, reproducida por el Espíritu Santo. Ser imitador de Cristo es ser imitador de Dios y el ser imitador de Dios es la consecuencia de ser *hijo de Dios*, lo que a su vez es evidencia de nuevo nacimiento puesto que “*a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios*” (Jn. 1:12). De la misma manera el apóstol Pablo exhorta a los efesios a ser “*imitadores de Dios como hijos amados*”. Manifestar los principios de vida de Dios es la evidencia más notoria de ser verdaderamente cristianos. El apóstol Juan dirá que “*como Él es, así somos nosotros en este mundo*” (1 Jn. 4:17). Sólo el que verdaderamente *permanece* en Dios, es decir, el que está en

comuni3n con él por vinculaci3n de vida, “*el que dice que permanece en él, debe andar como el anduvo*” (1 Jn. 2:6). Pablo y sus colaboradores no habían alcanzado la perfecci3n, pero eran ejemplos imitables para los creyentes. La vida cristiana no consiste en ser imitador de Dios en algún momento, sino permanentemente. La imitaci3n requerida es la de Dios, y especialmente en relaci3n con la dinámica del amor, virtud que se apreciaba claramente en los tesalonicenses (v. 3). Quienes aman manifiestan que el amor de Dios se ha derramado en sus corazones por el Espíritu Santo (Ro. 5:5). Es necesario entender bien lo que realmente somos, pequeños, muy pequeños delante de Dios, pero eso no es obstáculo para que seamos *imitadores de él*. Eso es imposible en el poder del hombre, pero es posible para el cristiano, específicamente porque el Espíritu que nos fue dado cuando creímos, nos capacita a ello y porque la *imitaci3n* no tiene que ver con acciones sobrenaturales y mucho menos con la reproducci3n de las perfecciones incomunicables de Dios, sino de imitarle especialmente en la esfera del amor. Es interesante que las citas antes mencionadas del ap3stol Juan están tomadas del contexto del amor en su escrito. Ser imitadores del Señor, es seguir su camino de amor amando incluso a los enemigos (Mt. 5:44), Jesús entendía que eso era una manifestaci3n clara de ser hijo de Dios (Mt. 5:45), para enseñar que un creyente tiene que ser “*perfecto, como vuestro Padre que est  en los cielos es perfecto*” (Mt. 5:48). Esta demanda est  plenamente relacionada con la vida de santidad, forma natural de vida cristiana. Cuando se habla de *perfecto*, no se est  estableciendo el sin3nimo de *impecable*, cosa imposible para los hombres, incluso para quienes son hijos de Dios y est n en Su reino. Se trata de aquellos que ya no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu (Ro. 8:4; G . 5:16). La raz3n para una vida de esa condici3n obedece al ejemplo supremo del Padre celestial, manifestado plenamente en Jesucristo su Hijo (Jn. 1:18; 14:9b). El Señor es perfecto porque es capaz de amar sin condiciones, generosamente, sin limitaci3n alguna a todos los hombres, tanto a los que son una escoria social, como a quienes llevan una vida digna entre los hombres. El Padre del cielo es capaz de perdonar generosamente, teniendo compasi3n de cada uno, como expresaba el profeta Daniel: “*De Jehová nuestro Dios es tener misericordia y el perdonar, aunque contra él nos hemos rebelado*” (Dn. 9:9). El Dios del cielo es bueno para con todos (Sal. 145:9). Por esa causa, quienes est n en comuni3n plena e identidad con el Señor manifiestan amor hacia todos. No cabe duda que esta era una de las condiciones visibles de los cristianos en Tesal3nica, en medio de conflictos y persecuciones que, humanamente hablando, harían a los perseguidores indignos de ser amados, ellos, al estilo tambi3n del ap3stol amaban a todos llevándoles sin reserva el mensaje del evangelio. El sentido de la palabra *imitadores*, no debe

entenderse como un *copiar* algo, sino como *emular*, que es intentar igualar en algo a una persona imitando sus acciones, comportamientos, etc. *copiar* es simplemente imitar o remedar a una persona. Los tesalonicenses no estaban *copiando* al Señor, sino que estaban en un proceso moral, reproduciendo Su vida por la acción del Espíritu.

dexavmenoi toVn lovgon ejn qlivyei pollh` / metaV cara`" Pnevmato" JAgivou. Lo más importante, y es la gran medida de la evidencia, es como puede realizarse esa *imitación* del Señor. Según el pensamiento del apóstol consiste en integrarse en el *tipo* o *modelo* expresado y contenido en la Palabra. Los tesalonicenses recibieron la Palabra anunciada por el apóstol y sus compañeros, en medio de grandes tribulaciones. La historia de la fundación de la iglesia lo pone de manifiesto. Los judíos habían promovido una persecución contra los creyentes acusándoles de revoltosos sociales. El conflicto debió haber sido intenso, pero los creyentes recibían la Palabra y se guiaban por ella. La Escritura establece la norma de vida y la ética cristiana. Ellos tenían delante el ejemplo del apóstol y sus colaboradores que se habían conducido conforme a la enseñanza de la Palabra (v. 5). El ejemplo de imitación correspondía al seguimiento a Cristo y la entrega incondicional al Señor a pesar de las dificultades, persecuciones y sufrimientos que atravesaban.

El secreto de este comportamiento y de esta *imitación*, estaba en la obra del Espíritu Santo. El gozo interno en medio de la persecución externa ponía de manifiesto la acción del Espíritu que producía en ellos el fruto (Gá. 5:22). Esto hace visible la condición de *hijos de Dios*. No se trata del resultado del esfuerzo personal del creyente, sino de la obra del Espíritu Santo. Son los efectos íntimos del Espíritu, que lleva a cabo en el cristiano el proyecto divino de producir fruto agradable a Dios. Se trata del *fruto*, en singular y no de los frutos, por tanto, el Espíritu produce como fruto todas las perfecciones que se detallan por el apóstol. Quiere decir que el creyente que vive en el Espíritu expresa en su vida todas las virtudes del fruto y no solo algunas de ellas. Con esta exteriorización de vida, se pone de manifiesto ante el mundo la realidad de la identificación con Cristo. El gozo, como el resto de las perfecciones señaladas en el *fruto del Espíritu*, no son humanas sino divinas, llevadas a cabo por el Espíritu en el creyente. Son las obras preparadas de antemano para que *anduviésemos en ellas* (Ef. 2:10). El objetivo del Espíritu en el tiempo actual es que el creyente reproduzca al Hijo en su vida, esto es, la imagen moral de Jesús sea reproducida como identificativo de vida en el creyente. Esto es el fin de la predestinación que el Padre determinó para cada creyente, que sea conformado a la imagen de su Hijo (Ro. 8:29). El Espíritu produce

virtudes que hacen notoria la identidad del cristiano con Cristo. Estas virtudes expresan la realidad del llamamiento celestial. Las virtudes que comportan el fruto del Espíritu determinan no el obrar, sino el andar, es decir, el estilo de vida del creyente. El propósito de Dios es que el cristiano lleve fruto, más fruto, mucho fruto, vinculados a la vida verdadera que es Cristo (Jn. 15:1, 2, 5). Las manifestaciones del fruto del Espíritu son cualidades sobrehumanas del carácter. Ninguna de ellas puede producirse por habilidad o recursos del hombre natural. El carácter cristiano no se alcanza por esfuerzo tenaz del creyente, sino por dependencia absoluta y entrega incondicional al Espíritu de Dios. El fruto es la consecuencia de una acción divina que no puede alcanzarse ni tan siquiera como resultado de un penoso esfuerzo propio, y se hace experiencia personal en el creyente cuando la relación correcta con el Espíritu Santo no es estorbada. Las perfecciones del fruto del Espíritu tomadas en su conjunto, son la manifestación del carácter moral de Jesús. Tal acción divina permite la realidad de vivir a Cristo, único modo de vida en poder y libertad (Ga. 2:20; Fil. 1:21). De ahí que el apóstol diga a los tesalonicenses que eran *imitadores del Señor*. La voluntad de Dios en el creyente nunca podrá ser lograda dependiendo de la capacidad humana (Ro. 7:15-25), porque depende de que los creyentes ya no anden conforme a la carne, sino conforme al Espíritu (Ro. 8:4).

De todas las perfecciones que es el *fruto del Espíritu*, el apóstol se refiere aquí a una de ellas: *el gozo*. El perfecto gozo es el gozo en Dios, como fuente y objeto del mismo. La Biblia enseña que Dios es el Dios del gozo (Neh. 8:10; Sal. 16:11). El término que usa Pablo *carav*, se refiere a la alegría íntima del corazón. Este gozo llegó a los tesalonicenses en la proclamación del mensaje del evangelio que anunciaba la salvación de Dios por fe en Cristo. El poder de Dios para salvación produce necesariamente gozo en el que ha sido salvo. Sin embargo, debemos entender bien que éste no es otro que el gozo de Jesús aplicado a la vida cristiana por el Espíritu Santo, algo que el mundo es incapaz de dar (Jn. 14:27; 16:33). El gozo que se hace experiencia en el creyente es el mismo que sentía Jesús, por eso, lo que se revela por la acción del Espíritu, es Su gozo en el cristiano (Jn. 15:11), que se manifiesta en cualquier circunstancia o situación externa. El mundo no puede aceptar la separación de los creyentes de su control, amenazándolos con odio y persecución (Jn. 15:19; 16:2). Sin embargo el gozo no disminuye en el conflicto porque Jesús ha vencido al mundo (Jn. 16:33; 1 Jn. 1:4), de modo que nada puede hacer ya el mundo con quienes no solo no son de él, sino que lo han vencido en Cristo. Este es el gran contraste del versículo, los tesalonicenses estaban sufriendo una tribulación grande, pero sentían gozo en medio de ella. El gozo de la condición cristiana sólo se puede poseer en paradójica alternancia con la

tristeza, la tribulación y la inquietud, porque es ahí cuando se manifiesta con toda la intensidad y la fuerza. La alegría por la salvación permanece en tensión con la tribulación, de manera que en medio de situaciones que el hombre considera como desalentadoras e incluso escarnecedoras, está el consuelo divino en la tribulación, descansando en el Dios del gozo y de la bendición. El gozo divino es operado en el creyente (Neh. 8:10). El del Espíritu es el mismo gozo de Jesús en el cristiano (Jn. 15:11). Es también el resultado en la vida cristiana como consecuencia del conocimiento íntimo de Jesús (1 P. 1:8). En medio del conflicto, persecución o prueba, el gozo debe ser manifestado como resultado de la acción del Espíritu en la vida del cristiano (Hch. 5:40-41; 16:22-25). Nada puede impedir que el Espíritu opere en el cristiano que está entregado totalmente a Él. Esa es la razón por la que el apóstol puede decir: *“regocijaos en el Señor siempre. Otra vez digo: ¡Regocijaos!”* (Fil. 4:4), y establecer el mandamiento: *“Estad siempre gozosos”* (5:16). El gozo se expresa exteriormente en alegría, de ahí que esa filosofía de un creyente serio, distante, alejado de las sanas distracciones, ausente de un correcto esparcimiento, que disfruta de la vida y saborea lo que Dios da, no es un buen testimonio, sino todo lo contrario. Un creyente con rostro triste, es un triste creyente.

7. De tal manera que habéis sido ejemplo a todos los de Macedonia y de Acaya que han creído.

w{ste genesqai uJma`" tuvpon¹ pa`sin toi`" pistevousin

De modo que llegasteis a ser vosotros modelo a todos los que creen

ejn th` / Makedoniva/ kaiV ejn th` / jAcai?a/.

en - Macedonia y en - Acaya.

Notas y análisis del texto griego.

El ejemplo de los tesalonicenses se pone de manifiesto, escribiendo: w{ste, conjunción consecutiva *así, de modo que*; genesqai, aoristo segundo de infinitivo en voz media del verbo givnomai, *llegar a ser, empezar a existir, ser*, aquí *llegasteis a ser*; uJma`", caso acusativo de la segunda persona plural del pronombre personal *vosotros*; tuvpon, caso acusativo masculino singular del nombre común *tipo, ejemplo, muestra, modelo*; pa`sin, caso dativo masculino plural del adjetivo indefinido *a todos, para todos*; toi`", caso dativo masculino plural del artículo determinado *los*; pistevousin, caso dativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo pistevvw, *crear*, aquí *que creen*; ejn, preposición propia de dativo *en*; th` /, caso dativo femenino singular del artículo determinado *la*; Makedoniva/, caso dativo femenino singular del nombre propio *Macedonia*; kaiV,

conjunción copulativa *y*; *ejn*, preposición propia de dativo *en*; *th`/*, caso dativo femenino singular del artículo determinado *la*; *jAcai?a/*, caso dativo femenino singular del nombre propio *Acaya*.

Crítica Textual. Lecturas alternativas.

¹ *tuvpon*, *tipo*, lectura atestiguada en B, D*^c, 6, 33, 81, 104, 1739, 1881, lat, sy^p.

tuvpos, *tipos*, según lectura en a, A, C, D², F, G, K, L, P, Ψ, 0278, 365, 630, 1175, 1241, 1505, 2464, 20, sy^h.

w{ste genevsqai uJma`" tuvpon pa`sin toi`" pistevousin Todo aquel que es *imitador de Cristo*, viene a constituirse como ejemplo para sus hermanos. Esa es la razón comentada en el versículo anterior por la que Pablo podía decir que los tesalonicenses les habían *imitado* a ellos, puesto que eran ejemplo visible de lo que predicaban. Los imitadores llegan a ser ejemplos a imitar. La iglesia en Tesalónica era ejemplo vivo de la condición de verdaderos creyentes.

El apóstol emplea aquí *tuvpon*, *ejemplo*, *señal*. La palabra inicialmente se usó para referirse a la marca dejada en algo por un golpe. El significado fundamental de esta palabra en el griego se deriva del proceso de golpear para estampar y dar forma: lo estampado y lo que estampa, ya sea un molde hueco en su impresión, o bien una forma realzada como un relieve. En este caso lo que el apóstol está diciendo a los creyentes tesalonicenses es que el Espíritu Santo estampó en ellos de manera impresionante el ejemplo de vida para todos los demás creyentes. Ellos eran *tipo*, de cómo vivir la vida cristiana.

ejn th`/ Makedoniva/ kaiV ejn th`/ jAcai?a/. Por esta razón los tesalonicenses eran ejemplo a todos los demás creyentes e iglesias que estaban en el área de Macedonia y Acaya. Aquellos hermanos mostraban la forma a seguir para todos los otros creyentes. Pablo utiliza el participio de presente *pistevousin*, que expresa la idea de continuidad, es decir, eran ejemplo para todos *los que estaban creyendo*. El apóstol cita al territorio de las dos provincias romanas en que se dividía Grecia. Macedonia correspondía al territorio de la península Balcánica al norte. A esta provincia se dirigió el apóstol en su segundo viaje misionero como consecuencia de la visión del varón macedonio (Hch. 16:9-10), donde evangelizó en Neápolis, Filipos,

Amfípolis, Tesalónica y Berea (Hch. 16:9-17:14). La provincia de Acaya, era originalmente un estado griego al norte del Peloponeso, que incluía a Corinto en su istmo. En esta provincia estaban establecidas las iglesias en Atenas y Corinto. Luego, lo que se aprecia es que la condición de ejemplaridad de la iglesia en Tesalónica había trascendido a la totalidad de las iglesias en Grecia.

Gratitud por el compromiso de la iglesia (1:8-10).

8. Porque partiendo de vosotros ha sido divulgada la palabra del Señor, no sólo en Macedonia y Acaya, sino que también en todo lugar vuestra fe en Dios se ha extendido, de modo que nosotros no tenemos necesidad de hablar nada.

ajf' uJmw`n gaVr ejxhvchtai oJ lovgo" tou` Kurivou
ouj movnon

Porque a partir de vosotros ha sido expuesta la palabra del Señor no sólo
ejn th`/ Makedoniva/ kaiV ^aejn th`/o¹ jAcai?a/, ajll' ejn
pantiV² tovpw/ hJ

en - Macedonia y en - Acaya, sino en todo lugar la
pivsti" uJmw`n hJ proV" toVn QeoVn ejxelhvluqen,
w{ste mhV

fe de vosotros - en - Dios ha salido, de modo que no
creivan e[cein hJma`" lalei`n ti.

necesidad tener nosotros de hablar algo.

Notas y análisis del texto griego.

Haciendo referencia al compromiso de los cristianos, escribe: **ajf'**, forma que adopta la preposición propia de genitivo **ajpov**, por elisión de la *i* final y asimilación de la *p* ante vocal o diptongo con aspiración, y que significa *de, desde, lejos de, proceder de, por causa de, por medio de, con, contra*; **uJmw`n**, caso genitivo de la segunda persona plural del pronombre personal *vosotros*; **gaVr**, conjunción causal *porque*; **ejxhvchtai**, tercera persona plural del perfecto de indicativo en voz pasiva del verbo **ejxhcevomai**, *contar, relatar, informar, exponer* aquí *ha sido expuesta*; **oJ**, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; **lovgo"**, caso nominativo masculino singular del nombre común *palabra, discurso, mensaje*; **tou`**, caso genitivo masculino singular del artículo determinado declinado *del*; **Kurivou**, caso genitivo masculino singular del nombre divino *Señor*; **ouj**, adverbio de negación *no*; **movnon**, adverbio de modo *solamente, sólo*; **ejn**, preposición propia de dativo *en*; **th`/**, caso dativo femenino singular del artículo determinado *la*; **Makedoniva/**, caso dativo femenino singular del nombre

propio *Macedonia*; kaiV, conjunción copulativa *y*; ejn, preposición propia de dativo *en*; th`/, caso dativo femenino singular del artículo determinado *la*; jAcai?a/, caso dativo femenino singular del nombre propio *Acaya*; ajll', forma escrita ante vocal de la conjunción adversativa *ajllav* que significa *pero, sino*; ejn, preposición propia de dativo *en*; pantiV, caso dativo masculino singular del adjetivo indefinido *todo*; tovpw/, caso dativo masculino singular del nombre común *lugar*; hJ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; pivsti", caso nominativo femenino singular del nombre común *fe*; uJmw`n, caso genitivo de la segunda persona plural del pronombre personal declinado *de vosotros*; hJ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; proV", preposición propia de acusativo *a, en, hacia*; toVn, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; QeoVn, caso acusativo masculino singular del nombre divino *Dios*; ejxelhvluqen, tercera persona singular del perfecto de indicativo en voz activa del verbo *ejxevrcomai, salir*, aquí *ha salido*; w{ste, conjunción *de modo que*; mhV, partícula que hace funciones de adverbio de negación *no*; creivan, caso acusativo femenino singular del nombre común *necesidad*; e[cein, presente de infinitivo en voz activa del verbo e[cw, *tener*; hJma`", caso acusativo de la primera persona plural del pronombre personal *nosotros*; lalei`n, presente de infinitivo en voz activa del verbo *lalevw, hablar, decir*; ti, caso acusativo neutro singular del pronombre indefinido *algo*.

¹ ejn th`/, *en la*, lectura atestiguada en a. C. D. F. G. L. P. Y. 0278. 81. 104. 1175. 1241. 2464. 20, lat.

th`/, *la*, según lectura en 1881. B. K. 6. 33. 365. 614. 629. 630. 1505. 1739. r. vg

² ajll' ejn pantiV a. A. B. C. D. F. G. P. Y. 33. 81. 1739. 1881. 2464. it vg^{st,ww}. sy

ajll' kaiV ejn panti, *sino también en todo*, según D. K. L. 0278. 104. 365. 630. 1175. 1241. 1505 20. m. vg^{cl}. Ambrosiaster.

ajf' uJmw`n gaVr ejxhvchtai oJ lovgotou` Kurivou. La iglesia estaba comprometida con la evangelización. No podía ser de otro modo ya que el amor de Dios se había manifestado en ellos y les impulsaba a un trabajo consecuente (v. 3). Ese trabajo de amor orienta la tarea a la proclamación del evangelio por amor de los que se están perdiendo. No se trataba sólo de una proclamación para ser oída, sino de un mensaje personal visible en la conducta de los cristianos. Es lo que podría llamarse el *evangelio silencioso*, como el caso de la cristiana que llevó a Cristo a su marido incrédulo por su propia conducta (1 P. 3:1).

Aunque algunos comentaristas entienden que el verbo *ejxhcevomai*, pudiera identificarse con producir un sonido, como sería el caso de un trueno que se hace oír en una gran extensión, el sentido del verbo equivale a *contar, relatar o informar*, de ahí la forma *ha sido expuesta* en equivalencia a una predicación del evangelio. Esa proclamación se extendió a todos los lugares adonde los creyentes de Tesalónica pudieron llegar. Esa es la causa por la que RV traduce como *ha sido divulgada*. Tesalónica era un núcleo importante en las comunicaciones de aquellos territorios, de modo que desde allí se difundió el evangelio en todas las direcciones.

No cabe duda cuál era el mensaje que proclamaban: *la palabra del Señor*. No podía ser de otro modo por quienes habían sido enseñados por el apóstol Pablo. Lo único que se puede usar en la predicación, sea de enseñanza o de evangelización, es la Palabra. Ellos conocían por experiencia que esa palabra tenía poder para actuar y salvar. Es el único mensaje que puede ser bendecido porque es palabra de Dios (Is. 55:11). Solo lo que descansa en la Palabra tiene garantía de bendición. Dios no bendice nuestra palabra, sólo la Suya. Además, todo mensaje que descansa en la Escritura tiene la eficacia de ella, que por inspiración divina, es *“viva, eficaz, cortante y penetrante”* (He. 4:12). Al soplo de Dios el escrito bíblico original adquiere vida, la comunicada por Dios, con lo que le da capacidad operativa. De la misma manera que el Espíritu al soplar sobre los elementos inanimados en la creación del hombre les comunicó vida, para que llegasen a ser un *ser viviente*, así también comunica vida eficaz a la Palabra, por medio de la que Dios habla. Ese es el sustento del mensaje del evangelio que ha sido anunciado (1 P. 1:23-25). La palabra se siembra en el corazón y porque es viva conduce al hombre a salvación (Stg. 1:21). No cabe duda que quien salva es Jesucristo, único Salvador (Hch. 4:12), pero Dios usa la Palabra como instrumento para llevar al hombre al Salvador, en el mensaje de salvación escrito en ella. La Palabra que inicialmente conduce a salvación, prosigue luego su acción en la vida de santificación, de ahí que los tesalonicenses siguiesen apegados a la Palabra y la proclamasen en la predicación del evangelio. Además de viva, es también *eficaz*, con capacidad operativa. Es también autoritativa para regular todo lo que tiene que ver con la vida de aquellos que creen. Lamentablemente la evangelización ha declinado de un mensaje bíblico y Cristo-céntrico a un mensaje con apariencia bíblica pero centrado en la experiencia del hombre, en su voluntad y determinación, de modo que muchas veces se proclama la salvación en la que Dios ha hecho una parte y el hombre debe hacer otra. Esto convence pero no redarguye, de otro modo, sólo la Palabra aplicada en el poder del Espíritu entra al interior del corazón humano poniendo de

manifiesto en el que la escucha los pensamientos y las intenciones del corazón. Lo que los hombres no pueden juzgar por desconocido, lo hace la Palabra de Dios. De ahí que la obra del compromiso evangelizador de los tesalonicenses se haya extendido, consolidando lugares donde nacen iglesias y muchos se convierten de los ídolos a Dios.

ου̅j movnon ejn th` / Makedoniva/ kaiV ^aejn th` /^o jAcái?a/, ajll' ejn pantiV tovpw/. El apóstol testimonia que la misión de proclamación del evangelio, lo que aquí llama la *palabra del Señor*, se extendió por toda Grecia, tanto Macedonia como Acaya, pero alcanzó también otros puntos fuera de esas dos provincias. ¿Qué quiere decir el apóstol con la expresión *en todo lugar*? Posiblemente sea una frase genérica que equivalga a cualquier lugar adonde los creyentes en Tesalónica pudieron llegar. No era necesario que los tesalonicenses hubieran recorrido largas distancias, tan sólo era preciso que hablasen de Cristo a tantas personas que convergían en la ciudad como centro neurálgico de comunicaciones, de modo que el evangelio pudo haber llegado a lugares muy lejanos, de donde procedían quienes pasaban por la ciudad.

hJ pivsti" uJmw`n hJ proV" toVn QeoVn ejxelhvluqen, Un punto importante en el versículo ligado a la evangelización como proclamación del mensaje de salvación, era el testimonio de fe que acompañaba al mensaje, literalmente: *“la fe de vosotros en Dios, se ha extendido”*. La preposición *proV*", exige aquí la idea de dirección *hacia*, pero, si se utiliza de este modo, la frase tiene dificultad para ser entendida. No cabe duda que la fe de ellos estaba *en* Dios, pero la realidad, consonante con el versículo siguiente, es que había *orientado hacia* Dios. La conversión de ellos era evidente. La vida antes corrupta que llevaban en el servicio esclavizante de los ídolos, había cambiado en la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Aquella fe viva era también dinámica. No quedaba en el secreto personal del creyente, sino que se difundía saliendo de él y haciéndose visible a todos. No es suficiente con *predicar* a Cristo, es preciso *vivir* a Cristo. El evangelio que no va respaldado por la vida del que lo predica no es un mensaje aceptable y poderoso para los oyentes. No hay peor daño que hablar de una vida transformada por el poder de Dios, que descansa en la fe y se orienta hacia Él, mientras el testimonio personal es de una vinculación con el pecado. Si no estamos dispuestos a vivir la fe, mejor es que no hablemos de ella; si no estamos dispuestos a una identificación con Cristo, cueste lo que cueste, mejor será que no hablemos de Cristo.

La consecuencia de un compromiso con Dios a la manera que Pablo describe de los tesalonicenses, trae un resultado: *La fe de ellos se*

extendía, de modo que cuando Pablo llegaba, ya se habían anticipado los de Tesalónica, en su celo por llevar la Palabra y por vivir ejemplarmente a Cristo en una sociedad corrompida. Es posible que el apóstol contase a los oyentes en lugares a los que quería alcanzar con el evangelio, el ejemplo de los tesalonicenses, pero cuando los mencionaba, los oyentes ya conocían el testimonio de ellos. De este modo el apóstol no tenía necesidad de decir nada sobre este asunto.

9. Porque ellos mismos cuentan de nosotros la manera en que nos recibisteis, y como os convertisteis de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero.

aujtoiV gaVr periV hJmw`n ajpaggevllousin oJpoivan ei[sodon

Porque ellos mismos acerca de vosotros refieren que clase de entrada e[scomen proV" uJma`", kaiV pw`" ejpestrevyate proV"

toVn QeoVn ajpoV

tuvimos a vosotros, y como os volvisteis a - Dios desde tw`n eijdwvlnw douleuvein Qew` / zw`nti kaiV ajlhqinw` / los ídolos para servir a Dios viviente y verdadero.

Notas y análisis del texto griego.

Trasladando el testimonio sobre los tesalonicenses dice: **aujtoiV**, caso nominativo masculino plural del pronombre intensivo *ellos mismos*; **gaVr**, conjunción causal *porque*; **periV**, preposición propia de genitivo *acerca de, de*; **hJmw`n**, caso genitivo de la segunda persona plural del pronombre personal *vosotros*; **ajpaggevllousin**, tercera persona plural del presente de indicativo del verbo **ajpaggevllw**, *informar, referir, contar, hablar*, aquí *refieren*; **oJpoivan**, caso acusativo femenino singular del adjetivo relativo *que clase, como*; **ei[sodon** caso acusativo femenino singular del nombre común *venida, llegada, entrada*; **e[scomen**, primera persona plural del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo **e[cw**, *tener necesidad, tener*, aquí *tuvimos*; **proV"**, preposición propia de acusativo *a*; **uJma`"**, caso acusativo de la segunda persona plural del pronombre personal *vosotros*; **kaiV**, conjunción copulativa *y*; **pw`"**, partícula interrogativa adverbial, que realmente es un pronombre interrogativo *como, de que manera, por qué medio*; **ejpestrevyate**, segunda persona plural del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo **epistrevfw**, *volverse*, aquí *os volvisteis*; **proV"**, preposición propia de acusativo *a*; **toVn**, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; **QeoVn**, caso acusativo masculino singular del nombre divino *Dios*; **ajpoV**, preposición propia de genitivo *desde*; **tw`n**, caso genitivo neutro plural del artículo determinado *los*;

eijdwvlwn, caso genitivo neutro plural del nombre común *ídolos*; douleuvein, presente de infinitivo en voz activa del verbo douleuvw, *servir*, aquí *para servir*; Qew`/, caso dativo masculino singular del nombre divino declinado a *Dios*, zw`nti, caso dativo masculino singular del participio de presente del verbo zavw, *vivir*, aquí *que vive, viviente vivo*; kaiV, conjunción copulativa y; ajlhqinw`/, caso dativo masculino singular del adjetivo *verdadero*.

aujtoiV gaVr periV hJmw`n ajpaggevllousin oJpoivan ei[sodon e[scomen proV" uJma`", Pablo sigue hablando en relación con el testimonio que dan de los creyentes en Tesalónica. ¿Quiénes son *ellos*? No puede ser otro el sujeto que los creyentes mencionados antes (v. 7), es decir todos los que estaban en Macedonia y Acaya. El primer aspecto del testimonio que todos los creyentes daban, tenía que ver con *la entrada* de Pablo y sus colaboradores en el principio de la predicación del evangelio. No se trata del modo en que fueron recibidos, sino de la condición y manifestación que rodeaba la llegada de ellos, la entrada a la evangelización durante el tiempo que estuvieron allí. Es una referencia directa al comportamiento que los que llevaban el evangelio tuvieron con ellos. Todos sabían como había sido la forma de vida de los predicadores (v. 5). Aquello incluía todo el tiempo en que predicaron en la sinagoga y fuera de ella, buscando servir a los tesalonicenses y anunciarles el evangelio sin buscar nada en beneficio personal. Será desarrollado esto en el siguiente capítulo.

kaiV pw`" ejpestrevyate proV" toVn QeoVn ajpoV tw`n eijdwvlwn El segundo aspecto del testimonio que todos daban tenía como objeto la vida de los tesalonicenses, especialmente la evidencia de la conversión de ellos. No era algo religioso o teórico, sino real. El cambio es claro, aquellos habían pasado de una esfera de vida a otra, de los ídolos a Dios, o si se prefiere mejor *desde los ídolos* a Dios, literalmente *a Dios desde los ídolos*. Las esferas de vida son incompatibles. Vivir en la esfera de los ídolos es seguir un camino de muerte, puesto que la vida sólo está en el camino de Dios que es Cristo. Todo cuanto tiene que ver con los ídolos tiene que ver con los demonios: “*Antes digo que lo que los gentiles sacrifican, a los demonios lo sacrifican y no a Dios; y no quiero que vosotros os hagáis partícipes de los demonios*” (1 Co. 10:20). De manera que la conversión produce un cambio en la forma de vida del que se ha convertido, consistente esencialmente en este contexto, en salir de la esfera de vida al servicio de los ídolos, para pasar a la de servicio a Dios. Antes seguían a los ídolos y por tanto a los demonios, ahora dejando ese camino de perdición, viven para Dios. Cuando hay una conversión real,

Dios cambia los sentimientos, orientación, emociones y voluntad conduciéndola conforme a sus propósitos y de acuerdo con Su voluntad (Ez. 36:26, 27). Un convertido cambia de objetivo en su vida (Col. 3:1-3). El cambio era evidente, puesto que muchos tesalonicenses habían vivido durante toda su vida en las prácticas idolátricas y probablemente muchos de ellos habían heredado esta tradición de sus antepasados. Los relatos mitológicos de los ídolos a quienes tributaban culto les eran conocidos y consideraban sagrados. Pero, el resultado de la gracia de Dios, hizo que todos los creyentes abandonaran lo que era para ellos motivo de valor supremo para reorientar sus vidas hacia Dios.

douleuvein Qew` / zw`nti kaiV ajlhqinw` / . La iglesia en Tesalónica manifestaba su condición de comunión de creyentes en Cristo, en que *servían a Dios*. Pablo llama aquí a Dios, “*el Dios vivo y verdadero*”, o si se prefiere el *Dios viviente y verdadero*. Mientras que los ídolos son dioses muertos, el único Dios, vive y es fiel. El creyente vinculado a Cristo se convierte en siervo de la justicia. El apóstol lo enseñaría con mayor detalle al escribir su *Epístola a los Romanos*, donde dice a los lectores que “*libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia*” (Ro. 6:18). El cambio producido es evidente, los que eran esclavos del pecado pasaron a ser siervos de la justicia. La palabra es la misma para referirse al servicio bajo el pecado o bajo la justicia, de modo que podría enfatizarse la expresión traduciendo: “*vinisteis a ser esclavos de la justicia*”. En la condición de esclavitud bajo el pecado, éste ejercía tiranía, la condición de esclavitud bajo la justicia, es la expresión suprema de libertad, al concordar con la vida libre de Dios que la orienta. La libertad equivale a la certeza de servir a Dios. No cabe duda que el cristiano no puede servir a dos señores (Mt. 6:24), especialmente por la incompatibilidad de ellos entre sí. De modo que liberado de la opresión del primero, ahora puede decirse al servicio del segundo que es también quien lo ha liberado. Antes de su conversión a Cristo el hombre es esclavo del pecado, ocupado en el servicio a la idolatría, no importa cual sea su expresión, en cualquier caso ninguna de sus obras eran concordantes con la voluntad de Dios. Ahora por el nuevo nacimiento el servicio continúa como experiencia vital pero no es un servicio de esclavitud, sino un servicio para quienes gozan de absoluta y plena libertad. Son libres y, por tanto, pueden servir entregada y voluntariamente al único Dios, vivo y verdadero. Los ídolos, tras quienes se ocultan los demonios, ya no pueden ejercer su control tiránico y esclavizante en el creyente. Un cristiano se distingue de quien no lo es en que fue liberado del poder del pecado y puede vivir al servicio de la justicia, que no es sino vivir al servicio de Dios. El servicio forma parte esencial de la vida de quienes han sido salvos. Eso es lo que identificaba a los cristianos en Tesalónica, que habían dejado

los ídolos para servir al Dios vivo y verdadero. Dicho de otro modo, por el mismo apóstol: “*Mas ahora que habéis sido libertados del pecado y hechos siervos de Dios*” (Ro. 6:22). En la conversión la vida nueva tiene una relación directa con la *redención*, de ahí que el apóstol pueda decir que quienes creen han sido definitivamente “*libertados del pecado*”. En la obra redentora el esclavo no sólo es cambiado de esfera de vida *de los ídolos a Dios*, sino que se le libera de la esclavitud del pecado para que sea verdaderamente libre. En el mundo del Dios vivo y verdadero la realidad es la verdadera libertad, en él la esclavitud del pecado concluye definitivamente para el salvo. En esta nueva vida en Cristo los salvos son hechos “*hechos siervos de Dios*”. Esta es la más alta posición a la que un hombre puede aspirar. El creyente al ser hecho *siervo* o, si se prefiere, *esclavo* de Dios, le debe ya lealtad y obediencia. Es también la consecuencia de la identificación con Cristo que fue siervo perfecto (Lc. 22:42b). La condición natural de un cristiano lo vincula necesariamente con el servicio a Dios. La rebeldía a servir al Creador ocasionó en la historia del hombre la entrada del pecado en el mundo. Ahora, recuperado el hombre para Dios, se establece nuevamente una relación de servicio a quien no solo le corresponde por creación, sino también por rescate. Pablo enseña que el creyente ha sido comprado por precio y, por tanto, ya no es de su *yo*, sino de aquel que lo compró. “*Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios*” (1 Co. 6:20). En ambos lugares el apóstol llama la atención al hecho de la redención. El creyente era esclavo del pecado, sujeto a esclavitud bajo Satanás (He. 2:14-15). El precio pagado para la liberación fue la sangre, esto es, la vida entregada del Hijo de Dios (Mt. 20:28; Ro. 3:24; Ef. 1:7; 1 P. 1:18-20). Dios tiene ahora derecho de posesión por compra del creyente. Pero, este admirable Dios da al que antes era esclavo la carta de libertad para que sea verdaderamente libre en Cristo (Gá. 5:1). Pablo ha dicho antes que el creyente es *siervo de la justicia*, por tanto en esa forma de vida *glorifica a Dios en el cuerpo y en el espíritu*, que son también de Dios. Un servicio real y positivo, el más glorioso, consiste en presentarse a Dios en sacrificio vivo, es decir, sin nada que pueda negársele, puesto que se le entrega la misma vida (Ro. 12:1).

10. Y esperar de los cielos a su Hijo, al cual resucitó de los muertos, a Jesús, quien nos libra de la ira venidera.

kaiV ajnamevnein toVn UiJoVn auktou` ejk tw`n oujranw`n, o}n h[geiren

Y esperar al hijo de Él de los cielos; al que levantó

ejk^atw`n^{o1} nekrw`n, jlhsou`n toVn rJuovmenon hJma`"
 ejk² th`" ojrgh`"
 de los muertos, a Jesús el que libra nos de la ira
 th`" ejrcomevnh".
 la que viene.

Notas y análisis del texto griego.

Cerrando el párrafo final del capítulo, escribe: kaiV, conjunción copulativa y; ajnamevnein, presente de infinitivo en voz activa del verbo ajnamevnw, *esperar*; toVn, caso acusativo masculino singular del artículo determinado declinado *al*; UiJoVn, caso acusativo masculino singular del nombre *Hijo*; aujtou`, caso genitivo masculino de la segunda persona singular del pronombre personal declinado *de él*; ejk, preposición propia de genitivo *de*; tw`n, caso genitivo masculino plural del artículo determinado *los*; oujranw`n, caso genitivo masculino plural del nombre común *cielos*; o}n, caso acusativo masculino singular del pronombre relativo declinado *al cual, al que*; h[geiren, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ejgeivrw, *levantar, quitar, resucitar, aquí levantó*; ejk, preposición propia de genitivo *de*; ^atw`n^o, caso genitivo masculino plural del artículo determinado *los*; nekrw`n, caso genitivo masculino plural del adjetivo *muertos*; jlhsou`n, caso acusativo masculino singular del nombre propio declinado *a Jesús*; toVn, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; rJuovmenon, caso acusativo masculino del participio de presente en voz media del verbo rJuvomai, *librar, salvar, aquí que libra*; hJma`", caso acusativo de la primera persona plural del pronombre personal declinado *a nosotros*; ejk, preposición propia de genitivo *de*; th`", caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*; ojrgh`", caso genitivo femenino singular del nombre común *ira*; th`", caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*; ejrcomevnh", caso genitivo femenino singular del participio de presente en voz media del verbo e[comai, *venir, aquí que viene*, en sentido de *venida*.

Crítica Textual. Lecturas alternativas.

¹ tw`n, *los*, lectura atestiguada en a. B. D. F. G. I. L. P. Y. 0278. 33. 81. 104. 365. 630. 1175. 1241. 1505. 1739. 1881. M.

Se omite en P. A. C. K. 323. 629. 945. 1881. 2464. Eusebio.

² ejk, *de* lectura atestiguada en A. B. P. 0278. 33. 81. 1505. 1739. 1881. 2464.

kaiV ajnamevnein. El apóstol da la cuarta característica de una verdadera iglesia: “esperar”. La iglesia *evangeliza, testifica, sirve a Dios y espera a Cristo*. El verbo ajnamevnuw, *esperar*, adquiere aquí la idea de *expectación*. Es una espera paciente, pero, a su vez constante. La iglesia estaba pasando por momentos difíciles, la persecución rodeaba la vida de los creyentes, el testimonio y la evangelización no eran fáciles; en estas circunstancias la esperanza tiende a decrecer, sin embargo, el apóstol hace notar que los creyentes en Tesalónica esperaban al Hijo de Dios que vendrá de los cielos. Como escribe el Dr. Emilio Antonio Núñez: “*Ante la aparente demora del Señor existe el peligro de plegar las alas de nuestra esperanza y hundirnos en el desaliento*”¹³. Los tesalonicenses se mantenían firmes en la esperanza. Debe destacarse que lo que aguardaban no eran acontecimientos, o tal vez mejor *eventos futuros*, o señales que anuncien algo, sino que su esperanza tenía que ver con una Persona. Muchas veces los creyentes están esperando *señales* anunciadoras del regreso de Jesucristo. A la luz de la Biblia las señales que deben cumplirse antes del retorno de Jesús a la tierra, conforme a Su promesa y a lo que Dios ha establecido en Su programa de la historia, no tienen nada que ver con el suceso del traslado de la iglesia a Su presencia. Esto puede ocurrir en cualquier momento. Las señales son anticipo del regreso real de Jesucristo a la tierra, precederán, muchas de ellas al tiempo de aflicción llamado *tribulación*, pero el Señor no ha dado ninguna señal que deba producirse antes del encuentro con la Iglesia en el aire para llevarla a estar para siempre con Él. Lo que el cristiano debe esperar no son señales o acontecimientos, sino al Señor. El apóstol Pedro enseña claramente que lo que debemos esperar es la última manifestación de la gracia en el programa de salvación que tiene que ver con el regreso de Cristo para buscar a su Iglesia: “...*esperad por completo en la gracia que se os traerá cuando Jesucristo sea manifestado*” (1 P. 1:13). La esperanza centrada en el momento del encuentro del Señor con los suyos varía según la interpretación. Algunos entienden que vendrá antes de la tribulación, otros a mitad de ella, y hay quienes entienden que vendrá después de la tribulación. Sin embargo la base unitaria de la esperanza es que no descansa en tiempos, sazones, señales o cosas, sino en una Persona: “*Cristo es en vosotros, la esperanza de gloria*” (Col. 1:27). La promesa de Jesús es cierta: “*vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo*” (Jn. 14:3), por tanto, lo que los creyentes debemos esperar es la aparición del Señor.

¹³ Emilio Antonio Núñez. *Constantes en la esperanza*. SETECA, 1976.

toVn UiJoVn aujtou`. Pablo da aquí un título divino a quien es la esperanza del cristiano, al decir que esperamos al Hijo de Él. El sujeto de la oración está en el versículo anterior, el *Dios vivo y verdadero*, por tanto se trata del *Hijo de Dios*. Éste a quien el creyente espera, es el Hijo Unigénito y eterno del Padre. La existencia que eternamente tiene es, como hijo de Dios, la *forma de Dios*, que siendo Hijo es también la segunda Persona Divina, teniendo por ello la naturaleza divina. La primera observación que merece el título *Hijo de Dios*, es la eterna filiación del que se espera, Jesucristo. La declaración de fe, al principio de la *Epístola*, enuncia que Jesucristo es el Hijo de Dios. Esa condición que le corresponde en la relación intratrinitaria, lo sitúa por encima de todo, entronizado en los cielos, superior a todo cuanto existe. Como Hijo es también el heredero de todo lo creado, a causa de que todo fue hecho en Él, por Él y para Él. Siendo Hijo es superior e incomparable a hombres, profetas y ángeles porque a diferencia de todos ellos es “*el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia*” (He. 1:3). El Hijo, resucitado de entre los muertos luego de su obra de salvación ha recibido el nombre superior a todos de Primogénito, Hijo, Señor (He. 1:5-10). El título afirma y enseña la condición eterna y divina de Jesús como Hijo, imagen misma de la sustancia de Dios, al tiempo que la naturaleza humana le vincula con el hombre creyente constituyéndolo en esperanza personal. Por la entrega sacrificial de Sí mismo en Su cuerpo de carne, llevó a cabo una vez para siempre en amor de Hijo y solidaridad de hermano, nuestra santificación, apartados para Dios y se convierte en lo que esperamos de forma inminente. La altamente distinguible de la afirmación paulina es que la fe de la Iglesia en un tiempo tan próximo a su fundación en Pentecostés, declara una relación entre la Primera y Segunda Personas de la trinidad, de *Padre a Hijo*. La *procedencia* de la Segunda tiene su razón de ser en la Primera. No significa esto que el Hijo haya tenido *principio* o haya sido *originado* cuando anteriormente no existía, sin embargo, debe entenderse que es la Primera Persona la que es procedencia de vida a las otras dos, mientras que el Padre no *procede* de ninguna otra. Esa es la razón por la que se puede decir que el Padre *envía* al Hijo (Jn. 3:16; Gá. 4:4), y también al Espíritu (Hch. 2:33). El envío *ad extra* es la manifestación temporalizada de la procesión *ad intra*. La primera Persona, Dios el Padre, *envía* en un desprenderse de y en un entregar a, a su Hijo. La primera Persona Divina, es en toda Su extensión y plenitud, como Persona, eternamente Padre. Esa es la base personalizadora o *constitutiva* de su individualidad en el Ser Divino, es que en el eterno presente de ese infinito, eterno y único Ser Divino, sin cambio, sin sucesión, sin principio y sin fin, que determina conceptualmente la eternidad, *engendra* un Hijo que es Persona Divina,

sin principio, ya que el sentido de *engendrar* aquí nada tiene que ver con *originar*, sino con comunicación eterna de vida, comunicándole en el eterno *engendrar* de la segunda Persona, todo lo que el Padre tiene y es (Jn. 16:15), salvo lo que la distingue en virtud de la procedencia, como Hijo, distinto del Padre. De otro modo, el Hijo es tanto Dios, como Hijo, que es lo que lo diferencia como Persona de las otras dos en el Ser Divino. En virtud de la generación divina, todo cuanto el Padre es, lo comparte con el Hijo, de ahí que el Hijo encarnado pueda decir “yo y el Padre uno somos” (Jn. 10:30). La segunda Persona es únicamente *Hijo*, como la primera es únicamente *Padre*. En Jesucristo, que es el Hijo, agota el Padre su función generadora, por cuanto el Hijo es eterno e infinito como lo es el Padre. De ahí que la relación *Padre-Hijo* se consuma y extingue definitivamente. Quiere decir que el Padre no puede serlo de otro Hijo, ya que es necesariamente *Unigénito* (Jn. 1:14, 18; 3:16, 18; 1 Jn. 4:9), porque cualquier otro no sería el resultado *exhaustivo* de la generación del Padre, que impediría que fuese *infinito*, y ninguno otro en esa relación sería Dios. Esta relación no da a la Persona del Padre, ninguna relación de superioridad sobre el Hijo en el plano de la Deidad, ya que el Padre establece en esa relación su Ser personal, de igual modo que el Hijo en cuanto a Ser personal, lo debe al hecho de proceder del Padre. No existe dependencia, inferioridad ni subordinación en el Seno Trinitario, pero sí *interdependencia*, ya que la interrelación de vida y la procedencia personal impide la existencia de independiente de las Personas Divinas, a pesar de la *individualidad* absolutamente distinta de cada una de ellas. En la relación Paterno-filial de la Deidad, la comunicación de vida de la primera a la segunda, del Padre al Hijo, cuyos títulos son radicalmente personales y distintivos, además de distintos, hace que las dos Personas Divinas se distingan por ser respectivamente principio y término de una relación personal subsistente. Por tanto, “como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo el tener vida en sí mismo” (Jn. 5:26). No dice el texto griego que el Padre *da vida* al Hijo, sino que le ha dado *tener vida* en sí mismo, con lo que se afirma la Deidad del Hijo lo mismo que la del Padre.

El título *Hijo de Dios*, o *Hijo* siempre relacionado con Dios el Padre, es usado por apóstol Pablo para determinar aspectos puntuales de la doctrina de la Deidad de Cristo. Así enseña que el Hijo de Dios ha sido declarado como tal a partir de la resurrección. Ese es el Hijo de Dios, predicado en el evangelio (2 Co. 1:19), que es también el objeto de la fe para salvación, que comprende asimismo la santificación (Gá. 2:20). Por tanto, el evangelio de Dios se refiere a su Hijo, por cuyo *envío* para realizar la obra de salvación, los hombres pecadores y perdidos, somos reconciliados con Dios. Este admirable y sorprendente

Dios, no retuvo a su Hijo, es más *no lo rehusó*, lo que implica una entrega en beneficio de otros. Sorprendentemente envía entregándolo, a quien es objeto eterno del amor del Padre (Ro. 8:32). El evangelio, específicamente el que es según Juan, tiene como propósito que el pecador crea que Jesús es el Hijo de Dios, de modo que creyendo en Él reciba la vida eterna (Jn. 20:31). Se espera que quien permanece en Dios y Dios en él, confiese que Jesús es el Hijo de Dios (1 Jn. 4:15). Hijo de Dios es expresión directa, contundente y específica de que el enviado es Dios, en unidad con el Padre y el Espíritu Santo. Concluyentemente si el que se espera es el Hijo, es una Persona preexistente. Es decir, su manifestación como hombre en el mundo de los hombres, es la consecuencia de la asunción en su Persona, de una naturaleza humana, en la que encuentra subsistencia hipostática, pero que no es origen sino expresión visible de una realidad preexistente.

ejk tw`n oujranw`n. Este Hijo de Dios viene de *los cielos*. Después de Su muerte y resurrección ascendió a los cielos. Es interesante el uso del plural, lo que indica, en expresión semita que había ascendido sobre todos los cielos, esto es, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas. Junto con la resurrección de Jesús de entre los muertos está también la sesión a la diestra de Dios. Pablo utiliza aquí una terminología propia de la profecía mesiánica: “*Jehová dijo a mi Señor: Siéntate a mi diestra*” (Sal. 110:1). En el Nuevo Testamento se hace referencia al hecho en varios lugares. El escritor de la Epístola a los Hebreos hace referencia al hecho de la exaltación de Jesucristo desde el momento de iniciarla, diciendo que después de la redención, “*se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas*” (He. 1:3). El que descendió del cielo a la tierra en un encuentro de amor y se hace Dios en encuentro con la criatura, retorna nuevamente al lugar de honor que le corresponde en la gloriosa Majestad del Trono de Dios. Es interesante apreciar dos expresiones en el versículo que corresponden a la forma propia de un hebreo que escribe a hebreos. La primera es “*la diestra de la Majestad*”. La derecha es figura del lugar de honor y de poder (1 R. 2:19; Sal. 45:9), el término *Majestad*, designa la gloria personal y propia de Dios, literalmente la *grandeza*, referido a Dios mismo. La resurrección del Salvador, su ascensión a los cielos y la sesión a la diestra de Dios, completan la exaltación hasta lo sumo (Fil. 2:9-11) del que primeramente había descendido hasta las partes más bajas de la tierra (Ef. 4:9). Esa posición que ocupa el Hijo de Dios exaltado, da cumplimiento a la profecía del Salmo: “*Jehová dijo a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies*” (Sal. 110:1). Cristo mismo había afirmado esto delante del Sanedrín (Lc. 22:69). Dios lo encumbró al lugar desde donde puede ejercer la suprema autoridad en cielos y tierra (Fil. 2:10). Toda la

autoridad le ha sido dada al Hijo resucitado tanto en su condición celestial como Dios, como en su condición de hombre glorificado, teniendo en cuenta que tanto su Deidad como su humanidad forman dos hipóstasis en la única persona de Dios el Hijo (Mt. 28:15-20; Mr. 16:15-20; Ef. 1:19-23). Jesucristo ascendió por encima de los cielos para llenarlo todo (Ef. 4:10). La sesión a la diestra del Padre, conlleva y expresa la igualdad del Hijo y del Padre en el seno de la Deidad y, por tanto, la misma igualdad en cuanto a la adoración y honra que se debe a Dios. Esto mismo lo enseñó Jesús cuando dijo: *“Porque el Padre a nadie juzga, sino que todo el juicio dio al Hijo, para que todos honren al Hijo como honran al Padre. El que no honra al Hijo, no honra al Padre que le envió”* (Jn. 5:22-23). Este sentarse a la diestra del Padre, no significa una novedad en la experiencia de Jesús, sino el retorno del Hijo a la condición suprema que eternamente tuvo y que como Dios le corresponde poseer. El Hijo no alcanza una nueva condición, sino que recupera la que siempre tuvo, de ahí que en la oración el Señor diga al Padre: *“Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese”* (Jn. 17:5). No se trata de un hombre a quien Dios otorga el privilegio de sentarse en su trono, sino de Dios-hombre que, después de la expresión kenótica absoluta, dejado el estado de humillación, retorna al estado de glorificación que eternamente tuvo como Dios y que conlleva también la glorificación y entronización a la diestra de Dios de su naturaleza humana, propia, desde la concepción, de la Persona Divina de Dios el Hijo. Como decía Cirilo de Jerusalén antes del año 386, *“el Hijo que está sentado antes de los tiempos a la derecha del Padre, y la co-sesión no la ha obtenido en el tiempo, como exaltación después de su pasión, sino que la posee eternamente”*¹⁴. En esa posición a la diestra del Padre le confiere el derecho del poder judicial supremo que solo es potestativo y privativo de Dios mismo. Ese sentarse corporalmente confiere a Jesús el derecho de ser la cabeza de la Iglesia, en principio de comunicación de vida, además de señorío, ya que los creyentes somos resucitados con Él y también con Él sentados en los lugares celestiales (Ef. 2:6). Teniendo en cuenta la división de los cielos conforme a la teología de los hebreos, donde había *el primer cielo*, el atmosférico, *el segundo cielo*, es el estelar o el cielo de la expansión (Gn. 1:14), y *el tercer cielo*, el empíreo o morada de Dios, llamado también *“el cielo de los cielos”* (1 R. 8:27-30), Jesús ascendió, para sentarse a la diestra de la Majestad, siguiendo el pensamiento hebreo, *al tercer cielo*, es decir, al lugar donde se manifiesta el trono de Dios. Aquel que se humilló hasta lo más bajo, ascendió a lo más alto recibiendo el honor supremo que le corresponde como Emmanuel, Dios-hombre y desde donde ejerce las funciones de

¹⁴ Cat. 4:7; 11, 17; 14, 27.

abogacía e intercesión a favor de los salvos. Es necesario recordar también que la expresión “*sentado a la diestra de Dios*”, es un antropomorfismo, por dos razones obvias: primero porque Dios es Espíritu infinito (1 R. 22:19; Sal. 139:7-12; Jn. 4:24), por tanto, no tiene *mano derecha*, como no tiene ninguna otra parte de un cuerpo material; en segundo lugar por la expresión *sentado*, es un simbolismo de obra realizada, y de posesión de poder y autoridad supremas (He. 10:12). Entronizado en los cielos, es el lugar de honor supremo y de suprema autoridad que le es confirmado después de la obra sacrificial de la Cruz y de la resurrección de entre los muertos. En ese proceso tiene el “*nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre*” (Fil. 2:9-11). El nombre de autoridad suprema le fue dado, concedido, como el nombre vinculado a la obra de gracia en salvación. Es un nombre supremo que necesariamente ha de relacionarse con la deidad de Jesucristo. Este es, por tanto, el nombre humano del Verbo de Dios encarnado, dado por Dios mismo. Jesús fue el nombre dado por Dios para su Hijo aun antes de ser concebido que, como hombre, nacería en Belén (Mt. 1:21; Lc. 1:31). Jesús significa *Yahwe salva*, es, por tanto, un nombre divino, ya que la salvación es de Jehová (Sal. 3:8; Jon. 2:9). De Jesús se dice que “*Él salvará a su pueblo de sus pecados*” (Mt. 1:21). Con todo, el hombre Jesús fue considerado como alguien sin atractivo, esto es un hombre sin importancia ni estimable (Is. 53:2). Cuando Jesús declaró su deidad fue amenazado de muerte por los hombres (Jn. 10:33). Fue el nombre de burla en la crucifixión (Mt. 27:37, 39). Sin embargo, Jesús es Dios bendito (Jn. 1:1; Ro. 9:5). En el lugar que ocupa en el trono de Dios, su autoridad divina hace que ante Él se doble toda rodilla. Quienes se inclinaron en burla ante Jesús de Nazaret crucificado, habrán de hacerlo ante el mismo Jesús glorificado, reconociéndole como Dios. Es algo profetizado ya en el Antiguo Testamento (Is. 45:23, 24). Jesús no es un hombre elevado o un Dios rebajado, sino el infinito y eterno Dios hecho hombre (Jn. 1:14). La autoridad de ese nombre hará que todos confiesen que Él es Señor, para gloria del Padre.

o}n h[geiren ejk ^atw`n^o nekrw`n. Si ascendió a los cielos, no cabe duda que tuvo que haber sido resucitado de los muertos. El Padre es el Dios Todopoderoso, el Omnipotente, como lo pone de manifiesto por la operación de su poder que resucitó a Jesús de entre los muertos. La resurrección es un acontecimiento escatológico que trasciende al tiempo. Muerte y resurrección no son dos actos sucesivos, sino un acto doble que afecta al sujeto de ambas cosas que es Jesús, pero, al mismo tiempo se distinguen dos sujetos relacionados íntimamente con ambos

momentos: El sujeto de la muerte es Jesús, el de la resurrección es Dios. El Resucitado, corporalmente es integrado y confirmado en sus elementos constitutivos temporales en la misma vida divina proclamando su humanidad como *Señor*, por cuanto el hombre Jesús está vinculado inseparablemente y forma hipóstasis en la deidad de la Segunda Persona Divina. Jesús es constituido Señor porque desde la resurrección y glorificación, su humanidad está presente en la Iglesia, en la creación y en el trono de Dios. Jesús, en el plano de su humanidad glorificada, perpetuamente subsistente en su Persona Divina, viene a ser *vivificador* de todos los que creen en Él, por acceso de Jesús a la vida de Dios. Jesús que antes estaba muerto es ahora el *Viviente* (Ro. 4:17; 1 Co. 15:22-45; 1 P. 3:18). Es interesante notar que en la verdad de la resurrección y exaltación de Cristo, el Nuevo Testamento no utiliza el término *βίωσις*, que expresan una vida visible, ya que no se trata de *recuperar* la vida física de entre los muertos, sino de entrar de lleno a la razón y forma del vivir divino. No cabe duda que para ello era necesario que se interrumpiese el estado de muerte física en que Jesús estaba, por voluntad propia, pero no se trata de repetir la vida biológica interrumpida por la muerte física, sino en transmutarla cualitativamente, esto es, pasarla a una experiencia diferente de participación en la gloriosa vida de Dios. De otra manera, no se trata, de dotarlo de una nueva vida, sino de convertirlo en una nueva cosa, como novedad personal que va mucho más allá de una perpetuación de la vida temporal resucitada. La energía divina que produjo la resurrección de la humanidad de Jesús, es la misma que actúa en cada creyente. La verdad bíblica de la resurrección de Jesucristo por el poder de Dios es una verdad fundamental que se reitera en varios lugares del Nuevo Testamento (Hch. 3:15; 4:10; 5:30; 10:40; 13:37; Ro. 4:24; 8:11; 10:9; 1 Co. 6:14; 15:15; 2 Co. 4:14; Gá. 1:1; Col. 2:12; 1 Ts. 1:10; 1 P. 1:21).

jlhsou`n toVn rJuovmenon hJma`" ejk th`" ojrgth`" th`" ejrcomevnh". Finalmente, el apóstol se refiere a una acción del glorioso Señor resucitado. Él "*nos libra de la ira venidera*". Si antes utilizó el título de *Hijo de Dios*, ahora usa el nombre *Jesús*, que se dio por instrucción divina al niño que nació en Belén, y que es el que corresponde a quien es el Salvador. Ese nombre es la expresión griega del hebreo *Y'hósua*, *Josué*, que puede traducirse por *Dios es salvación*, que ya fue considerado antes. La misión que tendría el *niño* que iba a nacer es la encomendada por Dios y determinada en su propósito soberano de salvación desde antes de la creación del mundo (2 Ti. 1:9). El tiempo de la ejecución del programa de salvación había llegado y el Salvador era introducido en el mundo para llevar a cabo la misión que como Dios había asumido en la eternidad (1 P. 1:18-20). La razón del

nombre que debía imponer al naciente estaba relacionado con la misión salvífica que, como Dios hecho hombre, iba a cumplir. La obra de salvación, aunque de valor y alcance universal (Jn. 3:16), tendría también un destinatario específico plenamente vinculado a la condición mesiánica de Jesús. El venía para *“porque Él salvará a su pueblo”*, lo que suponía una relación específica con Israel. La acción salvífica tiene que ver con la solución divina al pecado humano, Jesús salvaría a *su pueblo*, como literalmente se lee, *de los pecados de ellos*. Sin embargo, el Salvador no lo sería sólo de ellos, sino de todo el mundo. El alcance de *su pueblo* incluye a todos los salvos. Éstos y sólo éstos, son el pueblo de Dios (1 P. 2:9), sus hijos (Jn. 1:12), miembros de su casa y familia (Ef. 2:19) y herederos de todo en Cristo (Ro. 8:17). Aunque la salvación es provista para todos, sólo los que aceptan la obra divina y creen en el enviado por Dios, son salvos (Jn. 17:3).

Este Salvador *“nos libra de la ira venidera”*. ¿A qué manifestación de la ira de Dios se está refiriendo? Algunos exégetas se centran en la ira divina que vendrá un día, al final de los tiempos, sobre los pecadores que no han creído y que serán arrojados al lago de fuego (Ap. 20:15). El Salvador por Su obra redentora y sustitutoria salva al creyente de esa ira venidera consecuente con la culpa del pecado. En el momento de la salvación ya no hay ira para los que están en Cristo, de otro modo, *“no hay condenación para los que estamos en Cristo Jesús”* (Ro. 8:1). A causa de la vida en el pecado, el creyente vivía haciendo la voluntad de la carne y por consiguiente era hijo de ira como todos (Ef. 2:2-3). Ahora bien, la obra de Cristo libra a la Iglesia de una ira determinada sobre el mundo a la que Pablo se refiere en este texto. El apóstol Juan se refiere a lo mismo cuando escribe a la iglesia en Filadelfia: *“Por cuanto has guardado la palabra de mi paciencia, yo también te guardaré de la hora de la prueba que ha de venir sobre el mundo entero, para probar a los que moran sobre la tierra”* (Ap. 3:10). El Señor promete que los creyentes serían guardados de un tiempo de prueba que vendrá sobre el mundo entero. Sus palabras son concretas y claras: *“Te guardaré”*. El verbo en futuro indica una acción que se realizará más adelante, pero siempre, en el tiempo histórico de la iglesia. En esa acción de Cristo, quien guarda es Él, y quienes son guardados son los creyentes. La acción tiene que ver con un *salir*, de un período histórico llamado aquí *“la ira venidera”* es decir, el Señor promete *sacar* a los suyos de ese tiempo. La preposición griega *εἰκ*, que Pablo utiliza aquí indica un *salir de*, y, por tanto, expresa la idea de sacar a los creyentes fuera del tiempo de la ira. Será, por tanto, necesario entender el significado de la expresión, *“ira venidera”*. El contexto exige entender que es un tiempo especialmente duro que Dios envía sobre todo el mundo y que corresponde a los acontecimientos propios del *“día de Dios”*, el *“día de*

Yahwe”, tantas veces mencionado en el Antiguo Testamento. Según lo que se desprende del estudio del “*día de Yahwe*” en el Antiguo Testamento, se aprecia que ese tiempo tendrá una serie de características que expresan angustia por la acción judicial de Dios, de modo que será: a) un tiempo de angustia (cf. Jer. 30:7; Dn. 12:1; Sof. 1:14-15); b) un tiempo en que la ira de Dios a causa del pecado descenderá sobre los moradores de la tierra (Sof. 1:15, 18); complementado también por la revelación del Nuevo Testamento (1 Ts. 1:10; 5:9; Ap. 6:16-17; 11:18; 14:10, 19; 15:1, 7; 16:1, 9); c) será también un tiempo de juicio e indignación divinos, ya que Dios intervendrá judicialmente para castigar a los hombres en justicia por sus maldades, pero orientado a que reconozcan donde están y retornen a Dios (Is. 26:20-21; 34:1-3), complementado especialmente en el desarrollo del Apocalipsis (Ap. 14:7; 15:4; 16:5, 7; 19:2); d) según las palabras del Señor a la iglesia en Filadelfia, será un tiempo de prueba; e) “*la hora de la prueba*”, será un período de angustia a causa de los juicios de Dios (Jer. 30:7; Dn. 12:1; Sof. 1:14-15); f) la Revelación enseña que también será un tiempo de destrucción (Jl. 1:15; 1 Ts. 5:3); g) dada la intensidad de la acción de Dios, se dice que esa época en la historia humana será de tinieblas y desolación (Dn. 9:27; Jl. 2:2; Am. 5:18; Sof. 1:14-18); h) por tanto será también un tiempo de trastorno y castigo (Is. 24:1-4, 19-21). Será una acción divina que hace descender sobre el mundo la ira de Dios sobre los rebeldes y transgresores (Is. 24:1; 26:21; Jl. 1:5; Sof. 1:18; Ap. 6:16-17; 11:18; 14:7, 10, 19; 15:4, 7; 16:1, 7, 19; 19:1, 2). El Señor advierte del alcance o de la extensión de la prueba: “*que ha de venir sobre el mundo entero*”. La expresión *mundo*, es literalmente *tierra habitada*, entendiéndolo como la humanidad que vive en la tierra, las gentes que moran en la tierra durante el tiempo en que se produzca la intervención divina. El sustantivo *mundo, tierra habitada*, tiene carácter de universalidad en las quince veces que aparece en el Nuevo Testamento (Mt. 24:14; Lc. 2:1; 4:5; 21:26; Hch. 11:28; 17:6, 31; 19:27; 24:5; Ro. 10:18; He. 1:6; 2:5; Ap. 3:10; 12:9; 16:14). Ese tiempo es futuro, el apóstol le llama *ira venidera*, es decir que “*está a punto de venir*” o también “*está preparado para venir*”. El Día del Señor se presenta en toda la profecía con carácter inminente para estimular a la vigilancia del creyente sobre su modo de vida. Quiere decir el Señor que Dios intervendrá en el futuro sobre el mundo y los hombres que vivan en él. La acción judicial de Dios se descargará sobre los impíos pero no sobre los creyentes de la iglesia. Es necesario apreciar ya esta distinción en el mismo pasaje antes de recurrir a otros que lo confirman. La ira de Dios se descargará sobre los *terrenales*, los que son de este mundo, mientras que no alcanzará a los que son *celestiales*, por condición y ciudadanía (Fil. 3:20). Esta idea y expresión aparece varias veces en el Apocalipsis y siempre con este

mismo alcance (cf. 6:10; 8:13; 11:10; 12:12; 14:6). El Señor afirma en promesa que la iglesia, representada aquí por la de Filadelfia pero en extensión general a toda ella, será protegida por Él mismo. Aquí las diferencias interpretativas son evidentes. Para algunos la iglesia estará en ese tiempo de tribulación y recibirá una protección especial de Dios en ese tiempo, de este modo escribe Ladd:

“Aquí hay una clara referencia escatológica a los ‘ayes mesiánicos’ que han de preceder al regreso del Señor. Juan vio las tribulaciones que la iglesia sufrirá en el futuro cercano ante este fondo de consumación del mal y el tiempo de terrible tribulación al fin. Este período aparece otras veces en la Biblia en Daniel 12:2; Marcos 13:14 y paralelos; 2 Tesalonicenses 2:1-12. Este tiempo de gran tribulación (Mt. 24:21) envolverá dos aspectos: la persecución de la iglesia por el Anticristo (Ap. 13:7, 8) y el derramamiento de juicios divinos sobre una civilización rebelde y apóstata. El peligro de martirio no es algo que la iglesia debe temer. Jesús dijo que cuando sus discípulos sean odiados y llevados a la muerte, ‘ni un cabello de vuestra cabeza perecerá’ (Lc. 21:18). La muerte física, aun el martirio, no tiene significado eterno; ciertamente, en el tiempo del Anticristo, el martirio de los santos probará su salvación. En el mismo acto del martirio, ellos conquistarán a la bestia (Ap. 15:2)”¹⁵.

En este sentido, quienes interpretan de este modo, entienden que lo que el Señor promete es *proteger* a través del tiempo de ira o mientras dure el mismo. Es bastante complejo entender como los creyentes estarán presentes en un tiempo en que la ira de Dios descenderá sobre todos los pecadores no arrepentidos en la tierra.

Otros entienden que la Iglesia estará presente hasta la mitad del tiempo de la tribulación. Hasta que el Señor tome directamente una acción judicial sobre el mundo, derramando Él mismo su ira sobre toda la tierra. Esta interpretación exige que se produzca una remoción de la Iglesia en ese tiempo que pase a la presencia del Señor saliendo del mundo. El texto enseña que la iglesia no será librada en medio de la prueba, sino de la misma hora de ella, es decir, no estará durante la prueba que Dios enviará sobre el mundo.

Debe llegarse a la conclusión que mejor se ajuste a la enseñanza general de la Palabra. Jesús pidió al Padre que los creyentes fuesen librados por Su poder, no de la prueba, sino del maligno (Jn. 17:15). De la misma manera advirtió a los cristianos que durante el tiempo de la

¹⁵ G. Eldon Ladd. *Apocalipsis*, pág. 56.

presencia de la Iglesia en el mundo, sufriría tribulación, aflicciones, persecuciones, etc. (Jn. 16:33). Nunca la Iglesia estuvo ausente de la tribulación, pero ésta siempre se lleva a cabo en el tiempo presente de la historia de la Iglesia, es decir, en cualquier tiempo en que la Iglesia esté en el mundo. Sin embargo, el apóstol Pablo hace una afirmación precisa a los tesalonicenses: “*Y esperar de los cielos a su Hijo, al cual resucitó de los muertos, a Jesús, quien nos libra de la ira venidera*”. La venida del Hijo de Dios, nuestro Señor y Salvador Jesús, para trasladar la Iglesia a Su presencia traerá como consecuencia la *liberación* de la ira venidera. El mismo apóstol define su pensamiento cuando más adelante, en la misma carta, dice: “*Porque no nos ha puesto Dios para ira, sino para alcanzar salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo*” (5:9). El creyente está llamado a esperar a Jesucristo que viene de los cielos (Jn. 14:1-4) y esa venida del Señor para recoger a los suyos traerá liberación de la ira venidera. Cristo ha librado al creyente de la ira eterna de Dios, al extinguir para Él toda responsabilidad penal por el pecado, en el momento de la salvación (Ro. 8:1; Ef. 2:4, 5). En su venida a recoger a la Iglesia, la libraré de una ira específica, temporal, determinada, sujeta a un tiempo concreto que está determinado sobre el mundo entero (Mt. 24:30; Ap. 19:11-15). Por tanto la liberación consistirá en el traslado de la Iglesia antes del periodo de la tribulación. El cristiano no está puesto en el mundo para la ira de Dios, sino que será removido del mundo en que se producirá el impacto de la ira divina, antes de que esta llegue (4:17). La salvación en el texto de Pablo (5:9) no se refiere al perdón de pecados y recepción de vida eterna que ya posee desde la conversión (Ef. 2:8), sino a la salvación final y futura, la redención y glorificación del cuerpo. Pablo alienta desde el principio de la *Epístola* a los tesalonicenses en el gozo de saber que en la gran ira que vendrá sobre el mundo entero, no estarán presentes, sino que serán preservados de ella por una *salida* fuera del mundo en que tendrá lugar.

Una simple reflexión seleccionando una aplicación personal de lo que ha sido el tema general del capítulo. La Iglesia, conforme al pensamiento de Pablo en el pasaje tiene cuatro características: Es un cuerpo de creyentes que vive esperando a Cristo. La inminente aparición del Señor para cumplir Sus promesas y llevarnos para estar para siempre con Él, debe despertar no solo en profundo aliento, sino también una concreta forma de vida, expresada en un compromiso de santidad a causa de que el encuentro con el Señor puede producirse en cualquier momento. Además los creyentes que esperan a Jesús, viven una relación personal con el Señor, en la que no sólo hablan de Él, sino que viven Su propia vida en ellos (Gá. 2:20). La iglesia no puede dejar a un lado el compromiso con la evangelización, llevando el mensaje a todos los lugares que le sea posible alcanzar (v. 8). Además la iglesia

que está en esta dimensión espiritual desarrolla su actividad en servicio a Dios (v. 9). No se puede hablar de salvación sin hablar de servicio.

En este estilo de vida, el poder de Dios se manifiesta, de modo que el compromiso, el amor, el testimonio y la esperanza sea el resultado de esa operación divina. Debe tenerse en cuenta que *“Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad”* (Fil. 2:13).

